This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

M
1895

~~274. b. 14.~~
~~274 b. 26.~~
Vet. Sbo III. A. 27

EL HOMBRE FELIZ,

INDEPENDIENTE DEL MUNDO

Y DE LA FORTUNA,

Ó ARTE DE VIVIR CONTENTO

EN TODOS LOS TRABAJOS

DE LA VIDA.

OBRA ESCRITA EN PORTUGUES

POR EL P. D. TEODORO DE ALMEYDA,
DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO,
Y DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
DE LISBOA, ETC. ETC.

NUEVA TRADUCCION

MEJORADA EN EL ESTILO Y EN LOS VERSOS

POR

EL P. D. FRANCISCO VAZQUEZ,
CLÉRIGO REGLAR.

Con las notas del Autor, y adornada con 25 estampas.

TOMO IV.

MADRID
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1806.

SUMARIO

DEL LIBRO DÉCIMONONO.

Las Furias infernales celebran la victoria de haber separado al Conde de Miseno. El Cielo envia á favor de este el Angel protector de Polonia. Una ilusion nocturna persuade al Emperador que Miseno iba á quitarle la corona. Se informa el Emperador de quienes eran Miseno y Aymar, y les pone centinelas de vista. Llegan á Nicea noticias de que se arma el Sultan de Iconio: culpan á Miseno; y el Emperador y su esposa exâminan separadamente á los presos. Habla el Emperador con malicia, y Miseno con sinceridad. Neucasis va á Nicea para hacer á Miseno y Aymar sospechosos al Emperador: finge una carta del Conde para apoyar sus mentiras. Los presentan al Emperador cargados de cadenas, y Miseno se ofrece á sufrir la muerte; pero confunde á Neucasis: queriendo éste huir le detiene la guardia. Entra de repente Helena, y postrándose á los pies de la Emperatriz declara los enredos del Conde y de Neucasis, y se descubre la verdad.

EL FELIZ.

LIBRO DÉCIMONONO.

Aplaudia á las Furias el Príncipe de las tinieblas; pero ellas engolfadas en el gusto de vencer á un enemigo tan fuerte, no desistian hasta ver su total ruina. Como lobos carniceros, que si logran entrar de noche en el corral del pastor descuidado, van con los pelos herizados y la boca abierta, con los dientes ensangrentados, y anhelantes fauces, llevando por todas partes la muerte y el estrago, y quanta mas sangre derraman, mas se enciende la sed de verter otra de nuevo; así estaban aquellos infernales monstruos sin omitir diligencia alguna para perder á Miseno.

2. Por entónces se estaba determinando en el supremo Consejo de la Providencia, que descendiese el Angel tutelar de Polonia con un escudo impenetrable á defender aquel Príncipe, para que ninguna de las infernales saetas le hiriesen. Con efecto sentia Miseno violentos y repetidos golpes, pero no sentia que hiciesen herida en su corazon, y mucho menos le hallaba envene-

nado como veia el de los otros que andaban á su lado furiosos y perdidos.

3. Estaba el corazon del Emperador, que no cabia ya en sí de susto, turbacion y rabia. Habia oido con tranquilidad lo que le dixo la Emperatriz acerca de los servicios que Miseno tenia hechos á su padre y abuelo, y se habia inclinado á favorecerle y honrarle; pero una vision nocturna le desconcertó el interior, y encendió tal fuego en su alma que le deboraba enteramente. Descansa (le dixo un espectro horrible) descansa sobre tu ruina, que presto verán tus ojos el trono de Nicea como viste al de Constantinopla. El mismo que fue el instrumento de tu perdicion en Europa, viene á serlo ahora en el Asia. No ignoras qne por sus abominables consejos pasó el trono de tus mayores á las manos del Conde de Flandes. Ya vendrá otro Conde á arrancarte el cetro de las manos: ese cetro, digo, que fugitivo de tus propios Estados apenas le

pudiste empuñar en Nicea. Si tanto daño te hizo ese hombre abominable quando no tenia motivo para el ódio, ¿qué hará ahora que está justamente resentido de tu padre y de tu abuelo? Bien sabes que por ellos estuvo largo tiempo en la carcel, y que despues que se vieron en el trono le dexaron indignamente en ella; pero ya viene á vengar en los hijos las ingratitudes de sus padres, deseando quitar del mundo hasta la memoria de Isaac Lange. Despierta pues, abre los ojos, informate del Piloto y de los compañeros de su naufragio, y verás lo que arriesgas, si no aseguras la corona y la vida, dando con ese tu enemigo en la region de los muertos. Si una Helena de Constantinopla hizo triunfar la Religion en el Asia, puede ser que ahora otra Helena sea la causa de tu ruina. Así habló el espíritu del *Error* al Emperador dormido.

4. No parte con mas prontitud el ciervo, herido con alguna penetrante saeta, que salió impetuoso

el Emperador á exâminar la verdad de aquel sueño. Todo lo halló pronto, todo se ofreció á sus pasos, parecia que todo prevenia sus deseos: el Piloto y los dos Marineros estaban paseándose en la plaza real tomando el fresco de la mañana: el Ministro habia ido á palacio para otro negocio muy diferente. A todos los hizo venir la afligida Emperatriz á su presencia para disuadirle de aquella ilusion nocturna. Teodoro quiso exâminar por sí mismo el caso delante de la Emperatriz y de su confidente. Para esto aparentando la mayor serenidad delante del Piloto y de los marineros, prometió premios á los que le descubriesen la verdad, y preguntó que quiénes eran los dos pasageros que habian naufragado en su navío. Ignoramos, respondiéron, su nacimiento y carácter; mas por la conversacion que entre sí han tenido en cinco dias de viage colegimos que el mas mozo de estos pasageros partió de Asia y fue á París encargado de importantes nego-

cios, que segun parece dexa concluidos; y por las palabras que se le escapáron ha de venir un caballero de Europa á ocupar un trono acá en Asia. El mas anciano debe ser su Consejero ó como primer Ministro de Estado. Faltan otros pasageros que con ellos venian y habrán naturalmente perecido en una lancha, en la que se iban divirtiendo con el Capitan pescando tortugas. No sabemos quiénes son ni á qué vienen; pero nuestro Capitan los respetaba como á personas muy distinguidas: éste puede ser que fuese el sabedor de sus secretos.

5. ¿Qué título tenia ese caballero que viene á reynar en ageno imperio? (preguntó el Emperador enfadado). Muchas veces le nombraban, y siempre con el título de Conde (respondió el Piloto). Ya con esto le faltaba poco al Emperador para desmayarse al ver que el sueño se iba en todo verificando. Entónces prosiguió el confidente en la averiguacion, preguntando por

los nombres y títulos de los dos pasageros que faltaban. A la señora, dixeron, la llamaban Helena, y al caballero le nombraban tambien con el título de Conde. Aquí perdió el Emperador los sentidos, la Emperatriz se desmayó, el confidente se vió confuso, y en todo el palacio se sentia la turbacion y el desórden. Recobrado que fue el Monarca del desmayo que el susto le ocasionó, envió postillones por todas las costas y ciudades marítimas, ordenando al mismo tiempo que Aymar y Miseno fuesen custodiados en palacio con la mayor atencion y cautela, y siempre con centinelas de vista.

6. En el mismo dia llegaron noticias ciertas al Emperador de que Soliman de Rovadin, Sultan de Iconio (1), no muy distante de Nicea, hacia grandes preparativos bélicos, sin que se advirtiese quál seria el objeto de sus armas. Era el caso que Raymundo, Conde de Trí-

(1) Esta ciudad se llama hoy *Konieh*.

poli habia pedido ocultamente á Soliman socorro contra Leon, Rey intruso de la Armenia menor; mas esta pretension no se sabia, y así ninguno podia adivinar la causa de aquellos preparativos que se hacian en Bitinia para esta guerra importante. Ménos bastaria para atormentar á un corazon ya perturbado con el susto de perder el trono; porque el ánimo que se halla preocupado de alguna funesta idea, todo lo dispone de modo que quanto oye le confirma mas en ella.

7. Al dia siguiente llegó otro mensagero con la noticia de que Helena y el Conde habian escapado de la furia de las olas, y que desde Esmirna habian enviado el equipage del navío con muchas cartas á la República de Venecia, tomando ellos el camino por tierra á Iconio, en donde se hallaban protegidos y estimados del Sultan. Ya nada faltaba para que uniendo todos estos sucesos hiciesen á Miseno autor de una conjuracion horrible.

8. Como un mastin rabioso, al

qual cada vez que respira, le despedaza el corazon el veneno roedor y mortal, y corriendo sin tino á todas partes, á todo embiste, lo muerde y despedaza, y con la boca abierta y la lengua colgando, ya se precipita á los valles, ya se le ve en los altos cerros, ó ya atraviesa los montes, siendo al mismo tiempo terror de las ovejas que solia guardar, y de los lobos sus enemigos, no conoce pastor, ni zagal, y exhala y comunica por donde va el mismo contagio que le devora: así estaba el Emperador Teodoro. Su misma esposa temblaba: se retiraban los confidentes, le veian demudado el semblante, pálido, triste y feroz; y así inconstante, inflexible, ayrado, iba dexando el horror y miedo por donde pasaba: entra y sale, sube y baxa, todo lo hace con ímpetu, y en todo manifiesta el furor: unas veces corre por los campos como loco: otras se encierra en su gabinete, y entónces se oian fuera los sentidos ayes, y unos suspiros que

parecian ahullidos. No admitia consejo, y á ninguno escuchaba; ántes bien tomando un puñal salia furioso á quitar la vida á Miseno, como á quien miraba como orígen de todos sus cuidados.

9. Abre con ímpetu la puérta, se encuentra con la Emperatriz, la que viéndole tan resuelto, aunque no le reprimió, le dixo con la mayor prudencia: si Miseno ha cometido tan enorme delito, no merece menos que la muerte; pero ni esto basta, porque ántes que muera conviene saber quiénes son los cómplices de tan detestable conjuracion, pues como él no sospecha nuestra desconfianza, será facil convencerle en las preguntas. No conviene que se dilate este exámen, ni que se encargue á otro, córtese la cabeza de la hidra, ántes que acabe de formarse otra, porque sino nacerán muchas cabezas de su cuerpo despedazado. Sepárense, pues, los dos compañeros, exámine cada uno de nosotros el suyo, sin que sepa el uno lo que se hace con el otro.

Por este medio en la indispensable contradiccion hallarémos la prueba de su crímen, y yo quiero ayudaros al castigo, porque debe executarse sin demora. Dadme esa arma, que es propia para ocultarla una muger, pues vos teneis en la espada instrumento suficiente para la venganza merecida. Elegid á qual de los dos quereis exâminar, que yo me encargo de preguntar al otro. Y para mayor diferencia llamaré yo á uno de los dos á mi gabinete, en donde le recibiré con benignidad: vos podeis fingir, que os encontrais con el otro casualmente, y vereis en un instante averiguado el delito, y el peligro evitado.

10. Aprobó el Emperador el consejo, sosegó un poco su ira, y mandó que traxesen al punto á Miseno á su gabinete: la Emperatriz se hizo encontradiza con el Embaxador. Así que se presentó Miseno, se sintió de nuevo irritado el Emperador; pero ahogando como pudo dentro de su pecho la ira, le habló así:

11. Ya sé, caballero, los servicios que habeis hecho á la corona de Constantinopla, que tuviéron mis mayores; mas no sé quál sea la recompensa digna, ni cómo podré purificar á mis antepasados de la nota de ingratos. Ignoro vuestro nacimiento y estado, vuestras intenciones y deseos; y solo esto me impide el dar testimonio de mi estimacion á una persona tan benemérita. Decidme, pues, de donde venis, á dónde se dirigen vuestros pasos, y qué quereis de mí; porque os juro delante de los Cielos, que no tardaré un instante en daros lo que mereceis. Aquí, á pesar del disimulo, percibió Miseno que el Emperador tenia el corazon alterado, y que las palabras honoríficas, que le habia dicho, ocultaban un ánimo dañado; pero haciendo la reverencia debida al trono, y á la persona, respondió con noble libertad y despejo.

12. Mi nacimiento, Señor, solo por mis acciones le podreis saber; porque desde que me gobier-

no por la razon, y la sacrifiqué las pasiones de la mocedad, mis obras son mis únicos progenitores. Quiero que me estimen, no por la sangre, que vivifica esta masa de tierra que llevó con trabajo, sino por los sentimientos de mi alma. Tal vez si supieseis quienes fuéron mis padres, no me hallariais indigno de vuestra estimacion; pero yo desprecio lo que á ciegas me dió la naturaleza, y solo hago caso de lo que yo la puedo dar á ella, honrando con mis acciones mi sangre. En trage de cazador me halló en la Silesia vuestro padre el Príncipe Alexo: me ocupó y le serví, y este servicio me costó un calabozo: en él tuve el gusto de consolar á vuestro abuelo, y en esto hice lo que debia con un Príncipe reducido á estado tan deplorable. El haberme dexado en la cárcel, despues de haber sido ambos exâltados al trono por mis servicios, fué disposicion de la suprema Providencia que procura curar nuestros defectos con los trabajos de la vida: no penseis

que el olvido fué ingratitud en unos Príncipes tan beneméritos. Yo obré sin la menor idea de recompensa, y así no me arrepentí de lo que hice, ni me admiré de lo que no hicieron; porque el estado feliz á que aspiro de nadie depende, sino de Dios y de mí. Haga yo lo que debo á Dios, á mí y á los hombres, con quienes vivo; pues sé muy bien que mi felicidad me vendrá por obrar bien, y no por su agradecimiento.

13. Siguiendo yo estas máximas, ví que necesitaba de mi asistencia un infeliz; y considerando que podia contribuir á su felicidad, no quise negarme. El Conde de Moravia, á quien amo como á hijo, me suplicó que le acompañase en la jornada que hacia á Palestina, por haberse obligado con voto á ofrecer su vida por sacar del poder de los bárbaros el sepulcro del Salvador. Lo pensé, dudé, reflexioné, y al fin condescendí. Nos embarcamos, y hallamos casualmente en la embarcacion al Embaxador

que de parte de la nueva Reyna de Jerusalen venia de pedir á Filipo Augusto un esposo digno de aquella corona, y capaz de asegurarla en su cabeza. Le acompañaba su muger Helena, Señora de Cesaréa; y ésta con el Conde de Moravia, el Capitan y la mayor parte del equipage del navío baxáron á la lancha para divertirse en la pesca de tortugas. Una molesta calma, que á la sazon reynaba, adormeció á nuestro Piloto, y á los pocos marineros que nos habian quedado: sobrevino la noche, la tormenta y la confusion; y no los hemos vuelto á ver. Dió nuestro navío en la costa, y ahora solo deseamos saber si por las playas de vuestros Estados hay vestigios del naufragio ó noticia de sus vidas, para determinar qué hemos de hacer. Si han muerto, el Embaxador irá por tierra á dar á la Reyna la noticia de que el esposo escogido es el Conde de Flandes, Juan de Briena, y que vendrá presto con una poderosa armada á San Juan de Acre; y yo

me retiraré á Polonia para acabar mis dias en paz; pero si viven, proseguirémos nuestro primer destino. Aquí teneis, Señor, la respuesta á todas vuestras preguntas.

14. No se aclara tan presto el nublado que con sus negras nubes amenazaba estragos y muertes quando el benigno céfiro sopla sereno y constante por el Norte, como se sosegó el ánimo del Emperador, habiendo hablado Miseno.

15. Al mismo tiempo (como armoniosa cítara que corresponde á las voces de otra, si está acorde) estaba Aymar respondiendo lo mismo á la Emperatriz, bien que en diferente estilo. Fué, pues, volando á decir admirada á su esposo lo que habia pasado, y el Emperador, confuso con la sinceridad de Miseno, no le supo responder sino con palabras inciertas; y retirándose con la Emperatriz, uno y otro se suspendiéron de ver que en nada habian discrepado. Pero como la sospecha habia labrado, y el susto habia echado profunda

raiz en los corazones de los Monarcas, determináron que Miseno y Aymar fuesen custodiados en palacio con tratamiento de amigos, y cautela de enemigos, hasta que en llegando los otros compañeros que estaban en Iconio, se aclarase la verdad, y se le diese á Miseno el premio que merecia. No podia ocultarse esta desconfianza á los que la habian observado en las preguntas y semblantes de los dos Monarcas. El Embaxador se afligia infinito, no pudiendo sobrellevar tan porfiada persecucion de los hados, como él decia: Miseno procuraba sosegarle probando que nada sucedia sin causa, y que el supremo Gobernador del mundo todo lo permitia, por razon muy justa y digna de su bondad. Añadia que el mal solo les podria venir de lo que hiciesen ellos por su propia voluntad, mas no de las disposiciones de la bondad Divina, sin haberla ellos irritado. Con estos y otros semejantes discursos le entretenia Miseno.

16. Al mismo tiempo Helena,

el Conde y Neucasis se hallaban en Iconio, protegidos del Sultan, pero inciertos de la vida de Miseno, y la del Embaxador. Aunque las circunstancias todas persuadian que habian naufragado, siempre conservaba Helena alguna esperanza en que Dios protegia á Miseno, y que su esposo gozaba de su compañía. En medio de sus lágrimas y suspiros, rompia como un relámpago la alegre idea de que estaban vivos; pero al punto se la desvanecia el Conde, persuadiéndola que no habia que dudar de su naufragio. Por momentos crecia en él la esperanza de llegar al trono de Jerusalen, y por obligar á Helena á cooperar en la mentira no habia servicio que no la hiciese. Queria ganarla el corazon, con seguridad de que conquistado éste llegaria á mandar en su entendimiento, y conseguiria su aprobacion aun para los mayores absurdos, hasta empeñarla en hacer creer á la Reyna que él era el Príncipe destinado por el Rey de Francia para ser su

esposo, y que pereciendo todo el resto del equipage en un general naufragio, la suprema proteccion que el Cielo dispensa á los Soberanos habia conservado su vida.

17. Estos proyectos ideaban en la fantasía el Conde y Neucasis; y contando con el naufragio de los dos compañeros, nada les parecia mas fácil que la execucion de su elevado pensamiento. Con esta idea fingiéron que habia llegado una embarcacion que venia de Constantinopla, y aseguraba haber encontrado pedazos de un navío Veneciano, segun todas las señales, y el emblema de la República que se leia en la popa; por lo qual no admitia duda la desgracia de sus compañeros.

18. Esta funesta noticia embargó los discursos del entendimiento de Helena, y absorta en el sentimiento pedia con lágrimas al Conde que como noble caballero no la desamparase en paises extraños; y pues la Providencia le habia conservado en su compañia, no la dexase,

olvidando la nobleza de su sangre, expuesta á ser juguete de los hados.

19. Mucho ménos bastaría para animar grandes esperanzas en el corazon del Conde. Oficioso, diligente y amante habia llegado con la Embaxatriz á Iconio, con ánimo de seguir el camino á Cesaréa (1); pero quando disponian la partida llegó un enviado del Emperador de Nicea, y pidiendo audiencia al Sultan dixo:

20. Nada, Señor, importa tanto á los Soberanos como conservar entre sí la amistad recíproca, que principalmente entre vecinos es la basa de la felicidad de sus Estados. El Emperador, mi amo, está seguro de que por vuestra parte no hay la menor inconstancia ni injusticia, para romper la dulce armonía de la paz en que habeis vivido; pero rezela que algun espíritu revoltoso siembre sin su noticia al-

(1) Esta Cesaréa está situada en la Siria sobre la costa del mar Mediterráneo entre Jafa y San Juan de Acre, á corta distancia de Jerusalen.

guna discordia, cuyos daños mejor es prevenirlos que remediarlos. Sabiendo que haceis grandes preparativos de guerra, ignorando el destino, me envia á aseguraros de su amistad, y suplicaros que le asegureis de la vuestra con la regia palabra, ó si quereis romper con él, le declareis el motivo: solo os pide que en prueba de vuestra amistad le envieis ciertos naufragantes que saliéron de Akerman en embarcacion Veneciana, y se hallan por casualidad refugiados en esta Corte. Empeña su palabra imperial en el salvo conducto de sus personas, y si éstas quieren, el Emperador os las restituirá sanas y salvas: me manda que si fuere necesario, lo firme yo de su parte por escrito en vuestra presencia y en la de los mismos naufragantes.

21. Oyó el Sultan la embaxada, y confuso de oir lo que el Emperador le pedia, mandó que llegasen á su presencia el Conde y Neucasis, para informarse sobre si temian ir á Nicea, pues aquel Mo-

narca se los pedia, ofreciendo salvo conducto: respondiendo ellos que nada rezelaban, ordenó el Sultan que partiesen con el Enviado, afirmando de nuevo al Emperador que jamas habia pensado romper los fueros de la amistad que recíprocamente se habian prometido.

29. Obedeciéron el Conde y Neucaris, quedándose Helena en Iconio, pues por su sexô estaba dispensada de semejantes órdenes; pero se quedó confusa y revolviendo en su imaginacion mil pensamientos, que desapareciendo al punto como vapores vagos, servian de ofuscarla la razon para no poder fixar el discurso, ni consultar al entendimiento. Absorta en la triste idea de la muerte de su esposo, no la habia quedado otro alivio que el amparo del Conde, que por la nobleza de su sangre y su amable índole, se habia ofrecido generoso á acompañarla hasta dexarla en su destino: todo lo consideraba perdido, pues quedaba en tierras extrañas, y aun de bárbaros. Ya la

pasion del amor habia empezado á disparar contra sus castos pensamientos doradas saetas, que con imperceptibles heridas la iban comunicando un dulce contagio, que labrando ocultamente no se dexaba conocer, ni de la misma enferma que le padecia. Con este veneno crecia mas su pena, y la iba disponiendo á seguir sin resistencia los consejos del Conde; pero esta era la grande empresa de las Furias infernales.

23. La misma inquietud reynaba en el corazon del Conde, el qual caminando siempre pensativo, preguntó á Teobaldo, el Enviado del Emperador, quál era el motivo de aquella resolucion con tales instancias, que no pudiendo el Enviado ocultársele, le dixo: que deseaba el Emperador saber su deposicion y la de Neucasis para conocer la verdad, ó la malicia de dos presos que tenia en palacio, con el fin de que pagasen sus mentiras con la muerte, ó de premiar con honras y favores sus méritos y virtudes. Muy

confuso se vió el Conde con esta noticia, y aunque procuraba disimular la turbacion que le causaba, no pudo. Neucasis, observador continuo de los interiores movimientos del Conde, llegó á saber la causa de su cuidado, y no fué menor su turbacion.

24. Como el edificio, que temerariamente levantado sobre altas y débiles columnas, parece que sube hasta las nubes, y con un huracan se ve reducido á un triste monton de ruinas; así cayéron las elevadas ideas del Conde, quando supo que aun vivian Miseno y el Embaxador. Neucasis previendo que su fortuna perdia solo de la del Conde, sin que le detuviese el horror del delito, se determinó á perder á Miseno y al Embaxador, pintando con los mas vivos colores y pincel artificioso, que si ellos no perecian, era inminente la ruina del Conde. Le ponderaba qual seria el ódio de Helena, si llegase á conocer la malicia de haberla engañado con la falsa noticia

de la muerte de su esposo; y valiéndose de las mentiras y de los artificios de la lisonja, le queria disuadir de la jornada de Nicea, obligándole á tomar la violenta resolucion de retirarse con Helena, y dexar perecer á los dos presos por las desconfianzas del Emperador.

25. Al mismo tiempo el espíritu del *Engaño*, sirviéndose de los pensamientos y de la lengua del astuto Veneciano, le decia al Conde: de aquí en adelante sereis el horror de Helena, quando ya empezabais á ser todo su consuelo, y aun esperabais ser su esposo. ¿Cómo os pondreis delante de Aymar, al que sin duda comunicará su esposa vuestros proyectos? Creed que ya no los desaprobaba del todo, y solo la detenia la dificultad de salir bien de la empresa: ya no despreciaba mis ideas, como en el navío: tanta mudanza hace el amor. Sabed que ayer llegó á confesarme que la naturaleza os habia favorecido mucho mas que al Conde de Briena, y que si la Reyna hu-

biese de elegir por sí misma, os daria sin duda la preferencia; y concluyó diciendo friamente, que el remedio era bueno para deseado; pero que era ya imposible. No os he comunicado este secreto hasta ahora, porque le reservaba hasta que concluida mi negociacion os pudiese dar respuesta mas feliz y gustosa. Ved quanto se pierde por una circunstancia no prevista. Si en la noche precedente hubieramos salido para ir á Cesarea, no nos hallaria Teobaldo; y el Emperador, lleno de confusiones y desconfianzas, nunca daria libertad á los dos presos, y así llegaria á verificarse lo que diximos con mentira, y se cumplirian sin dificultad nuestros deseos.

26. Reflexionad, señor, lo que haceis, porque vais á perderos por socorrer á otros. Si proseguis en la deliberacion de ir á Nicea y en decir la verdad, bien podeis volveros á Europa, pues en el Asia sereis generalmente despreciado. Aymar, la Reyna y el Conde de

Briena, son bastantes para perderos del todo. ¡Qué desgracia! quando pudierais triunfar de ellos, y tal vez subir al trono; pues para esto seria suficiente que la pasion de Helena se declarase á vuestro favor. Nadie se ha visto en mas favorable coyuntura para empuñar el cetro, como la que la fortuna os ofrece, ¿y querreis ahora despreciarla, prefiriendo vuestra misma ruina? Si yo, señor, os pudiese aconsejar, diria que al punto os retiraseis, y llevando á Helena en vuestra compañia, partieseis á Cesarea, diciendo al Sultan que por razones muy poderosas no podiais ir á Nicea; y que el Emperador no tenia sobre vos autoridad para llamaros á su presencia, y mucho ménos á juicio: que ya por carta le habiais respondido sobre el punto que os queria consultar: en este caso iré yo solo á Nicea con el Enviado, y hablaré de modo que conozcais que soy vuestro amigo. Esto dixo Neucasis, y no hubo bálsamo tan suave para

una herida inflamada, como lo fué este consejo para el corazon del Conde.

27. Infinitamente le agradaba un pensamiento que favorecia á sus pasiones; pero allá sentia cierto horror de ser causa de la muerte de un hombre como Miseno. Neucasis viéndole titubear, esforzó mas la eloqüencia de su política; y como el astuto cazador, que teniendo la presa en el lazo, ántes que le rompa y se le escape, á repetidos golpes la rinde del todo; así Neucasis pintaba al Conde la insolencia de Miseno, y la esclavitud en que le traia, diciendo que era indecente á su persona andar con pedagogo, como si fuera un pupilo. Que su austera filosofia era propia para consolar en el retiro de los bosques á algun desgraciado, y de miserable fortuna; no para un caballero á quien la real sangre, la florida edad y los dotes de la naturaleza hacian acreedor á las mayores honras y delicias del mundo. Que no tenia que hacer

escrúpulo de desamparar á Miseno en la carcel, pues él hallaba su paraiso en todas partes. En quanto al Embaxador, decia que era un hombre á quien el Conde no debia obligacion alguna; y que le parecia muy duro sacrificarse á sí mismo por su respeto.

28. ¿Quándo habeis visto, añadia, que para alcanzar un cetro obren los Príncipes con esa delicadeza? Los mas honrados y humanos, al punto que la fortuna se les señaló á lo lejos, no dudáron por subir al trono, en atropellar la justicia, la sangre, y aun la misma humanidad. ¿Quántas veces hemos visto por solo esta causa teñidos los rios de sangre, y los campos inundados de cadáveres, avivándose los incendios de la guerra entre hermanos contra hermanas, y padres contra hijos? Si la patria padece, la justicia se queja, mueren los inocentes y clama la razon: todo esto es nada quando se trata de ceñir una corona. ¿Pues qué comparacion puede tener el mal

particular de dos hombres, de uno que hace poca falta en el mundo, y de otro que hace blason de despreciarle? Ademas de que ya os hallais en una terrible circunstancia, en la que un paso ya dado, obliga á continuar el camino, porque no se puede retroceder sin deshonra; y no hallo otra mayor que la que os amenaza si flaqueais en medio de la empresa; pues, ó habeis de pasar por indigno embustero, ó aceptar las esperanzas del trono que os señala la fortuna. Ved lo que elegis, y mirad bien si os conviene ir á Nicea para sacrificaros, ó partir á Cesarea en pretension de una corona. De este modo, habló la Furia infernal por boca de Neucasis.

29. ¿Con qué podré yo pagaros, amigo Neucasis (dixo el Conde) tan relevante servicio? Ya estoy resuelto: voy á buscar á Helena para trasladarme con ella á Cesarea, y de allí á San Juan de Acre. Vos ireis con el Enviado á la presencia del Emperador; y ved

cómo podeis, sin perjuicio de nadie, favorecer mis intentos. Sabed que yo siendo Conde soy vuestro amigo; pero si me protege la fortuna, se alegrarán muchos de poderlo ser vuestros. Decid al Enviado lo mismo que me aconsejasteis para el Sultan de Iconio, y servirá la misma política para satisfacer á los dos; pero es justo que yo os espere en la Corte del Sultan para llevaros en mi compañía.

30. Parte veloz el ave que se ve libre de la red en que la habian cogido: con poco menor velocidad volvia el Conde á Iconio, dándose el parabien de haber escapado del peligro en que los hados le habian puesto.

31. Quedó Neucasis encargado de sosegar al Enviado del Emperador quando supiese la retirada del Conde, el qual la hizo en secreto y al amanecer; y confirmándose el Veneciano en sus pensamientos, se decia á sí mismo: perezcan enhorabuena Miseno y el Embaxador, porque sino se pierde el Con-

de, y yo me veré envuelto en su ruina. No puedo volver á Venecia, porque los Marineros serán testigos de que el navío se perdió por mi culpa, y entónces pereció mi hacienda, reputacion y libertad. No me resta otro asilo que la proteccion del Conde; pero si se descubre su intencion, yo seré el blanco del ódio de todos, por ser el autor de este pensamiento. Esto es lo que yo tengo que evitar á toda costa; pero si consigo que estos hombres se queden en poder del Emperador, morirán sin duda de pena y sentimiento, y triunfarán mis proyectos. Ahora bien, ¿qué puede haber mas puesto en razon, que pues uno de dos ha de perderse, sea él y no yo el desgraciado? De qualquier modo, yo debo poner en salvo mi vida y procurar por mi honor. Con este pensamiento fingió Neucasis una carta del Conde para el Emperador, en la que con varios pretextos se excusaba de hacer aquel viage, y se la entregó al Enviado á tiempo

que iba éste á continuar su camino el dia siguiente: así se vió con solo Neucasis, el qual le consoló con diferentes razones, y le acompañó hasta Nicea.

32. No sabian Miseno, ni el Embaxador la causa de tanta demora, y decian: jamas se han visto presos tratados con tanto honor, decencia y regalo: la Emperatriz nos saluda risueña quando nos encuentra en los jardines: el Emperador ya ha dexado aquel semblante feroz é inquieto que mostraba; pero las centinelas no nos pierden de vista: los dias van pasando, y no se nos da audiencia. Aymar, sobre afligirse por tanta detencion, vivia en la cruel incertidumbre de la vida de su esposa, y esto le quitaba el sueño y la paciencia: no hallaba consuelo ni descanso sino en las máximas de Miseno.

33. En esto que se muda de repente toda la escena, y los llevaron de noche á unos calabozos de la mas obscura cárcel, sin que á ninguno de los dos se les declarase

el motivo de este procedimiento. No obstante, el Embaxador consiguió á fuerza de donativos, que uno de los guardas se le dixese en secreto.

34. Esta tarde, les dixo, ha llegado un Veneciano llamado Neucasis, conducido por Teobaldo, Capitan de la guardia del Emperador, y puesto en su presencia le alabó sumamente la cautela de teneros presos, pues lo juzgaba indispensable para la seguridad de la corona; porque Miseno (decia el Veneciano) es hombre de grandes empresas, capaz de revolver medio mundo: tiene unas máximas extraordinarias, nada resiste á sus pretensiones; y yo no sé lo que pretende en el Asia. Sé que tiene grande inteligencia con muchos Príncipes de Europa, y con Aymar, Embaxador de algun Soberano; bien que yo ignoro sus secretos: lo que digo es que vuestro juicio es de bastante penetracion, y vuestro corazon es fiel, y no hay cautela que sobre en materia tan importante. Si no teneis, Señor,

mas que mandar, permitireis que me retire.

35. Os retirareis (dixo el Emperador) en descansando de la fatiga, para que yo os agradezca el oficio en que me servis. Ahora sea ese anillo la memoria de que mi agradecimiento será perpetuo; y si quereis quedaros en mi Corte, conocereis que soy vuestro amigo. Esto es lo que oimos las guardias, y vimos que Neucasis se retiró bien premiado, y que el Emperador enfurecido mandó traeros á este calabozo: yo siento executarlo, pero debo obedecer al Monarca.

36. Esta noticia que dió el guardia á Aymar y á Miseno, dexó al Embaxador en la mayor consternacion. Veia que sin duda habia perecido su esposa, porque solo habia venido Neucasis, el qual como marino pudiera mejor que una señora haber escapado del naufragio, y se veia al mismo tiempo en el riesgo de perder la vida y la honra por una traicion manifiesta: todo esto casi le quitaba el juicio.

Miseno, olvidado de su propio daño, aplicaba todos sus esfuerzos á sostener en peso el corazon del Embaxador, que iba por momentos á caer en la última desesperacion. Sea Neucasis, decia, el hombre mas perverso del mundo, nada podrá, amigo mio, hacernos infelices. Aquel supremo Ser, que á todo preside, ¿cómo podrá disgustarse de nosotros porque sufrimos la alevosía de los otros? ¿Acaso tomará el tono que quiere darle un malvado, ó nos perseguirá como él sin causa? Quanto mas triunfe la mentira, mas bien aquella Verdad, que es superior á todos los sucesos, sabrá cómo ha de triunfar del engaño: de lo contrario quedaria el Dios de la verdad vencido del autor de la mentira. No temais, suceda con nosotros lo que suceda; porque si nos conservamos firmes en la respetuosa sumision á los divinos decretos, no podemos ser infelices. Un Dios que por esencia es *bueno*, con *bondad* intrínseca, con innata é in-

finita *bondad*, ¿ podrá por ventura hacer infeliz al que se entrega á todo quanto quiera disponer, y á quien, sin atreverse á levantar los ojos ni á preguntarle la razon de cosa alguna, obedece sin réplica á sus profundos consejos? Esto no puede ser. Primero se confundirán los cielos con los abismos, y se reducirá la tierra al caos de que fue sacada, que Dios mude de naturaleza, ó se olvide de nosotros.

37. Se sosegaba Aymar por poco tiempo; pero luego volvia á su primera inquietud, y no acababa de ponderar la maldad de Neucasis, y la increible pasion del *Interes* que le consumia. Este hombre, decia, ha vendido nuestra vida, libertad y honor, porque el Emperador le regalase. Librémonos, respondió Miseno, librémonos de la *Codicia*, pues si nos dexamos arrastrar de esta abominable pasion, caerémos en mayores excesos: creed, amigo, que lo primero que hace el oro, es cegarnos. Rara vez brilla este infeliz metal

sin deslumbrar al que le mira de cerca; pero ánimo, pues por la misma razon que la Providencia abandona á estos yerros, á quien se entrega á las pasiones, llevará á los aciertos al que las reprime. Dios, que nos ha traido aquí sin culpa nuestra, nos librará si le dexamos obrar sin murmurar de sus disposiciones. ¿No es ya grande favor suyo que conozcamos á los hombres, para no fiarnos de ellos?

38. Esta serenidad de ánimo admiraba al Embaxador, el qual iba ya aprendiendo á discurrir como Miseno; pero siendo aprendiz de esta nueva filosofia, se veia cortado á cada paso. Era tan grande el tumulto y confusion de las pasiones rebeldes, que ni le convencian discursos, ni le doblaban ruegos, y muchas veces se queria furioso quitar la vida. Miseno, afligido con el mal ageno, levantaba los ojos y el corazon á Dios, y con la firme idea que tenia de su providencia, quanto mas cerradas veia las puertas del socorro humano, con

mas firmeza esperaba el divino.

39. Entretanto Teodoro luchaba consigo mismo indeciso é inquieto: unas veces el candor de Miseno, y la uniformidad en la deposicion de los dos presos, juntamente con la palabra del Sultan de Iconio, le aseguraban que nada tenia que temer de los preparativos de guerra. Otras veces, la resistencia del Conde de Moravia en venir á Nicea, y las palabras confusas de Neucasis, que aprobando su cautela, le habia dicho que debia recelarse de Miseno, por ser hombre singular en máximas y proyectos, le hacian entrar en mayor sospecha. Por otro lado no podia creer la Emperatriz que fuese Miseno capaz de atrocidad semejante, y retiraba al Emperador de todo pensamiento siniestro; bien que de quando en quando concordaba con él. Como los frondosos y elevados álamos que en la eminencia de una montaña, expuestos al furioso viento son impelidos y se inclinan á uno y otro lado; ya

se encuentran mutuamente, y ya van conformes ácia la misma parte: así estaban los Emperadores en la agitacion de sus pensamientos. Para conocer la verdad, resolviéron decir á los presos que su enormidad estaba conocida, sus delitos descubiertos y su condenacion indispensable; por ver si la conciencia los perturbaba, ó su propia lengua los confundia.

40. Entretanto Neucasis, que estaba viendo la puerta patente para su fortuna si persuadia al Emperador la conjuracion imaginada, fingió otra carta del Conde de Moravia, en la que con términos confusos le daba á entender que Miseno era sospechoso, y el Embaxador, su confidente, poco fiel. Nada detenia el vuelo de su ambicion, con la que habia resuelto perder á toda costa á los dos presos para triunfar de los hados, que tanto le habian perseguido.

41. Al dia siguiente los presentaron al Tribunal cargados de cadenas y con esposas: todo el apa-

rato era de una pronta execucion. Entró el Emperador con toda pompa de magestad, con severidad de juez y cólera de ofendido: la antigua llaga de los zelos, pronta á renovarse, le daba un ayre feroz y un semblante terrible: todos en su presencia tiemblan, y sola su vista amenaza. Fueron llamados Neucasis, el piloto y los marineros: tambien asistió Teobaldo, y los principales Señores de la Corte. Delante de todos habló así el Emperador:

42. Justo es que todo el mundo sepa á dónde llegan los peligros de un Monarca y la malicia de los hombres: no es razon que se ignore el motivo de las mas rigurosas demostraciones de mi justicia; pues los Reyes somos responsables al público de lo que hacemos, porque nuestras acciones son juzgadas en el tribunal de todo el universo.

43. Este primer reo que veis, no contento con haber maquinado todas las revoluciones de Constantinopla, por las que he visto yo

la corona de mis padres en manos de los extraños : despues de haber causado su ruina, viene á perseguirme en el Asia y en todo mi imperio. Pero gracias á Dios que ha sido descubierta su malicia, y para su mayor confusion la manifestaré en su misma presencia. Aquí están estos extrangeros, hombres de honor y probidad, que á pesar del amor de compatriotas, no pudiendo sufrir el horror de su atentado, han depuesto contra él. El Conde de Moravia, que venia á dar testimonio de esta oculta conjuracion, huyó temeroso. *¿Y está viva Helena?* exclamó Aymar, fuera de sí, reviviendo en él con esta noticia del Conde las esperanzas casi muertas de que su esposa hubiese escapado del naufragio. Esta intempestiva pregunta admiró al Emperador y á los circunstantes; y el Embaxador, pidiendo perdon de su imprudencia, dexó continuar al Príncipe, el qual mandó que dixese Neucasis lo que sabia

contra Miseno. Sean, dixo el Emperador, dos veces castigados con la confusion y con los tormentos: verá el mundo con quánta prudencia obro, y que yo sé moderar los impulsos de la ira mas justa y mas irritada. Neucasis, haciendo la debida reverencia al Monarca, dixo, bien que con voz trémula y semblante perturbado:

44. Nada, Señor, hay en el mundo, que tan sagrado sea, como la vida y la seguridad de los Soberanos. Son los Vice-Dioses en la tierra, y todo, hasta la mayor amistad, debe sacrificarse por ellos. No lo juzgó así el Conde de Moravia, que venia á satisfacer á vuestros deseos, y la pusilánime reflexion detuvo sus pasos. No le permitia su honra mentir, ni la amistad de Miseno decir la verdad; y no teniendo otro medio de evitar los dos delitos, se retiró dexándome esta carta, que no os he presentado hasta ahora, por haberme pedido que solo la entre-

gase en el último aprieto : tanto le detenia el amor á Miseno y el temor de perderle. Pero como vuestrás órdenes son para mí como divinas, nada puedo ocultaros. Se alegró el Príncipe, y mandó á Teobaldo que recibiese la carta y la leyese en público. Decia ésta:

45. »Razones muy urgentes me »obligaron, Soberano Príncipe, á »suspender el viage de Nicea; pe»ro los pasos que ya habia dado, »son prueba de mi sincera volun»tad de obedeceros. Sabiendo pues »que el fin de esta jornada era úni»camente exâminar quienes son »los dos presos que teneis en vues»tro poder, declaro: que solamén»te los conozco por el casual en»cuentro en un navío, en que »todos peligramos. Sé que Mise»no es hombre de entendimiento »grande, cuyas máximas son para »estimadas y para temidas. La po»lítica de Aymar es muy fina y »astuta: yo me hallo muy gusto»so sin la compañía de los dos,

»porque pudiera serme peligrosa. »Vuestra prudencia pesará en la »mas exâcta balanza quanto vale »la seguridad de una corona, con »los motivos de vuestra justa des»confianza y las circunstancias pre»sentes. Creo que teniendo sospe»chas tan bien fundadas, no se »podrá ocultar á vuestra perspi»cacia el delito de alguna disi»mulada conjuracion; pero sabed, »que ninguno desea vuestra seguri»dad mas que el Conde de Mora»via, &c." Calló Teobaldo, y se oyó en toda la asamblea un susurro, semejante al que se levanta en un frondoso bosque con algun viento repentino. En el semblante del Emperador se veian al mismo tiempo la ira y el júbilo, por ver descubierto el delito. A Neucasis le rebosaba el gozo, por haber salido bien con su mentira. La Emperatriz afligida y triste pidió que se le permitiese á Miseno hablar: se lo concedió el Emperador para que su misma confusion probase el crímen con la mayor evidencia; pe-

ro fué precisa toda la autoridad del Soberano, para imponer silencio, mandando que atendiesen á lo que Miseno iba á decir.

46. Como una roca inmoble, que quanto mas furiosas la combaten las olas, tanto mas triunfa inalterable á sus impulsos, así estaba el rostro de Miseno; y ya que le permitiéron hablar, dixo:

47. Si los Monarcas, Señor, son responsables al público de sus acciones, yo tambien lo soy; y no solo al público, sino tambien á mí mismo y á aquel Ser supremo que preside á todo lo criado, y con madurez, justicia y verdad distribuye, ó niega á los mortales la sólida felicidad á que todos aspiran. No me importa el juicio de los hombres, nada podrá ser útil, ni nocivo para mis intentos, porque si obro mal, tengo que temer á mi propio juicio, que siempre me condenará, y al juicio de la eterna Verdad, que no pende de los hombres; pero si obro bien, nada temo, ni en el cielo, ni en

la tierra, ni en los abismos. Supuesta esta verdad, digo: que no he incurrido, Señor, en crímen alguno contra vos; y si la tierra se niega, séame testigo el cielo, de que jamas me ha ocurrido la idea detestable de atentar á vuestra corona. Trabajé, é hice todos mis esfuerzos por ponerla en la cabeza de vuestro padre político, lo conseguí, y quedé satisfecho. Yo hice pasar á Isaac Lange de la cárcel al trono; pero aquellos Príncipes no tanto me lo debiéron á mí, como á la suprema Providencia: nunca pido yo, ni espero de los hombres recompensa alguna de lo que he hecho en mi vida. Si vuestros padres baxáron del trono, no dependió de mí su desgracia, pues quando ellos cayéron, estaba yo en un calabozo muy léjos de sus Estados. Vos fuisteis testigo de esto, y á vos mismo cito ahora.

48. Pues os he declarado los fines de mi viage, y sabeis que este mi compañero es el Embaxador de la Reyna de Jerusalen, en-

viado á Filipo Augusto, que vuelve ya con la noticia de que el Conde Juan de Briena vendrá á ser esposo de la nueva Reyna; sabed tambien que el Conde de Moravia, á quien yo acompañé como padre, venia en cumplimiento de su voto á la conquista de los Santos Lugares, y que él y Helena, esposa de mi compañero Aymar, se separáron de nosotros por desgracia de los vientos; y en fin que impelidos del naufragio y roto el vagel, fuimos arrojados á estas costas, y que solamente os hemos pedido vuestra proteccion para saber si nuestros compañeros eran muertos ó vivos: si Neucasis, si el Conde, si el piloto y todo el mundo dice que os engaño, creed lo que os parezca, y haced la justicia que fuere de vuestro agrado, que para mí lo mismo es perder esta vida, que conservarla. Mil veces la he expuesto, y ahora ni temo ni deseo la muerte: solamente detesto la falsedad y el delito; y si éste viéndole en los mismos que amaba co-

mo á hijos, triunfar de la inocencia, dexaré gustoso un mundo, en donde domina la mentira. Saldré por las puertas de la muerte alegre y siguiendo á la verdad, ya que ésta ha huido de este mundo: consentiré de buena voluntad que los que en él se quedan triunfen á su salvo de mis huesos casi secos, y de mis miembros consumidos á fuerza de trabajos, en fin de estos despojos despreciables de mi alma feliz. Consentiré, digo, que triunfen, segun se lo persuaden la ambicion y el error; porque estoy cierto de que, ó el Dios de la verdad ha de mentir, ó ha de hacer algun dia sólidamente dichoso al que viviendo y muriendo abrazó siempre la verdad. Esto lo dixo Miseno con un ayre al mismo tiempo tan noble, sereno y dulce, que todos se quedáron confusos.

49. Quedó el Emperador por un rato suspenso: Neucasis pálido y temblando, se quiso retirar; pero le detuvo la guardia: el Emperador, sofocando en su pecho los

movimientos del alma, le dixo con imperio: no saldreis de aquí sin responder á lo que Miseno ha dicho.

50. Quiso Neucasis hablar; pero la misma confusion de su espíritu le embarazaba la lengua; y solo pudo decir, que se referia á la deposicion que habia dado.

51. Fluctuaba el Emperador, ya temiendo la conjuracion, ya la malevolencia y el engaño. Se observaba notable oposicion en los semblantes de Neucasis, Aymar y Miseno: Neucasis, que era el acusador, estaba pálido, trémulo y vacilante: Aymar, lleno de cólera, apenas podia reprimir la ira y la venganza. Pero Miseno con un ayre sosegado, alegre y superior á todo, viendo á su compañero tan alterado, le dixo con el espíritu de un héroe mayor que todos los acontecimientos de la fortuna:

52. No penseis, amigo, que este tribunal en que somos juzgados es supremo, ni que su sentencia tiene efecto irrevocable. No pende nuestra felicidad de la sen-

tencia de los hombres. Todo quanto cabe en su poder es la vida, que vale muy poco, ó la reputacion que para con hombres embusteros nada vale. Suframos, pues, con paciencia, y apelemos al tribunal de la verdad, en el que con sentencia eterna é inmutable será juzgado el heroismo con que sufrimos la atrocidad de estos falsos amigos. Mas pierden ellos que nosotros; y nuestros mayores amigos no podrian hacernos mayor favor. Ninguno, si bien lo reflexionamos, hace tanto para nuestra felicidad como el que nos da ocasion para un mérito tan relevante. Es verdad que la causa de todo nuestro bien es el Supremo distribuidor de todos los bienes, dándonos fortaleza y luz celestial para triunfar de las pasiones y dominarlas; pero nuestros enemigos nos ponen en la ocasion del triunfo: ved ya quanto les debemos. No pueden ellos hacernos mal alguno: ¿por ventura podrán robarnos la inocencia, ni quitarnos los eternos loores que nos da-

rá el Dios de la verdad? ¿Qué mal, pues, nos podrán hacer? Además de esto, si dariais gustoso la vida por la gloria vana de las armas, que siempre está sujeta al capricho de los hombres, dadla por la virtud y la inocencia: compadeceos de los que por su ceguera se precipitan en los yerros que veis. Ea, valor; y volviéndose al Emperador, le dixo:

53. Podeis, Señor, disponer muy á vuestro gusto de nuestra vida: en vuestras manos estamos sin resistencia alguna. No confesaremos el delito mas leve, porque apelamos al tribunal de la verdad; y padeceremos la última pena con todo valor. Pero si la incertidumbre en que os veo admite un arbitrio, comprad en hora buena con mi muerte vuestra paz, y aquietaos con enviar con todo resguardo mi compañero á Cesarea; pues sobre ser Señor de aquel Estado, goza de los sagrados fueros de Embaxador de una testa coronada. En esto nada arriesgais, pues

no tendreis que temer de un muerto, ni de un hombre á quien no habreis ofendido, y estará de vos muy distante.

54. En este mismo punto entra Helena de repente en el tribunal, y se arroja á los pies de la Emperatriz, pidiendo audiencia. Ya habia llegado á desconfiar en Iconio de las palabras equívocas del Conde, y de la ausencia intempestiva de Neucasis; y sabiendo del Sultan lo suficiente para entrar en sospecha de que aun vivia su esposo habia venido con toda priesa. Allí en presencia de todos declaró el enredo del Conde y de Neucasis. Todos se pasmáron llenos de horror. A la vista de Helena cayó Neucasis desmayado: Aymar, aunque cargado de cadenas, se apresuró á abrazarla á los pies de la Princesa. Solo Miseno no se mueve; pero alaba al cielo por la vida de Helena y la de Aymar, y se compadece triste del horrible delito que acababa de oir: por último,

toda la asamblea se quedó como extática.

55. Viendo esto el Emperador, se llenó tanto de cólera, que no hallaba voces suficientes para afear la malicia de Neucasis. Este, sepultado en su confusion, y balbuciente, apénas acertaba á disculparse con la malicia del Conde. Le cargáron de cadenas por órden del Emperador, y le lleváron á un obscuro calabozo. Miseno en los brazos del Emperador, juntamente con Helena y Aymar, fue conducido á su gabinete, y todos tres fuéron tratados como merecia su vírtud.

EL FELIZ.

LIBRO VIGESIMO.

SUMARIO

DEL LIBRO VIGESIMO.

Descubierta la maldad del Conde y de Neucasis, piden los Embaxadores la venganza, y Miseno los contiene. Pero reflexionando sobre la traicion que le habian hecho, siente que se turba su corazon, y empieza á parecerle bien que mueran los culpados. Sube al último punto la cólera en Helena y su esposo contra el Conde y Neucasis; pero Miseno habla en favor de los delinqüentes con tan poderosas razones, que no teniendo que responderle, parten á San Juan de Acre. Entrega el Emperador los dos reos á Miseno, y éste los sentencia á darles libertad. Resuelve el Emperador que mueran, porque no es razon que se falte á la atencion debida á los Soberanos. Toma esta expresion Miseno, y descubriendo quien es, manda que los reos besen la mano al Emperador: éste les concede la vida, y consulta con la Emperatriz qué agradecimiento darán á Miseno. Pero el Héroe solo admite el de seguir sus máximas; y vuelve de nuevo á sufrir al Conde y á Neucasis.

A ruegos de Miseno perdona el Emperador al Conde y a Neucasis la traicion.

J. B. Navia. sc.

LIBRO XX.

1. No sabia el Emperador cómo mostrar á Miseno quanto le estimaba. Aymar y Helena no hallaban expresiones suficientes para manifestar su agradecimiento. Recibia Miseno los elogios con la misma serenidad que los pasados ultrages, resistiendo á la elevacion de la fortuna para no sentir tanto los golpes de los futuros abatimientos; porque conociendo la inconstancia del mundo, siempre los preveia. El Embaxador sumamente irritado contra el Conde y Neucasis, por lo que Helena le contaba, pedia venganza al Emperador. Fomentaba Helena esta pasion, pintando con tan vivos colores la alevosía, la perfidia y los depravados intentos del Conde, que podria encender en cólera al corazon mas helado. Estas razones inflamaban tambien al Emperador, ya irrita-

do contra el malévolo y disimulado Neucasis; y por estar el Conde en Iconio, determinaba vengar en Neucasis el delito de los dos: aconsejaba á Aymar que con el derecho de esposo y el esfuerzo de agraviado, le buscase personalmente para vengar su afrenta.

2. Al mismo tiempo luchaba Miseno con las pasiones de todos, haciendo quanto podia por impedir la ruina de sus enemigos; pero todas las razones que oia ponderar de dia, se las avivaban las Furias del infierno en el sosiego de la noche, empeñadas en sublevar en el héroe las naturales pasiones que ya tenia refrenadas con el mayor cuidado.

3. La primera que llegó á acometer al corazon de Miseno, fué la *Venganza*, la qual para que no se previniese contra los venenosos golpes que le preparaba, se vistió con las insignias de la virtud de la *Justicia*. Cubrió las furiosas culebras de su cabeza con un yelmo de metal simple y sin adorno, pa-

ra que en el metal se viese la firmeza de sus juicios, y en la sencillez la rectitud. Ocultó los dragones que cria en su pecho con una falsa luz como del Sol, símbolo de la luz de la razon, que es la que debe animar á la justicia. De su arco vengativo y de las saetas envenenadas, que ocultamente dispara contra los descuidados, formó una falsa balanza, sosteniéndola con la mano izquierda, y empuñando en el seco y descarnado brazo la espada, que es la insignia de la Justicia. En esta figura se apareció á Miseno entre sueños, y le dixo:

4. Miseno, ya me conoces: ningun mortal me ha tenido tan puro amor como tú; porque tú siempre has separado, con la luz de la *Razon*, los fueros de la *Justicia* de las secretas intrigas de la *Venganza:* Mira no degeneres en el vicio contrario, que es la *Floxedad*, haciéndote protector de las maldades, y fautor de los delitos. Ninguno mejor que tú conoce la malevolencia

del Conde y la de Neucasis; pues á tu presencia los hizo el cielo caer en el mismo lazo que te armaban: ya que el Ser supremo así lo executó, te declaro que le desagradarás sumamente, contradiciendo por tu parte á sus disposiciones. Tan detestable te hará á sus ojos proteger á los delinqüentes, como perseguir á la virtud. Sabe que está escrito en los Decretos supremos que muera Neucasis: que pague el Conde con la muerte infame, que se le prepara, sus detestables desordenes; y que tú goces en paz del descanso que te ofrece el Emperador en su Corte, para que le sirvas de guia y hagas la felicidad de sus pueblos. Así paga Dios á quien le busca, y procura que triunfe su divina Providencia de la malicia infernal: para un feliz que pretendias hacer en el Conde, vendrás á ser el instrumento para que sean felices todos los pueblos que Teodoro gobierna. Dios manda, por medio de la luz de la *Razon*, que á cada uno se

le dé lo que merece ; quiero decir, que al Emperador se le dé gusto; y al Conde y á Neucasis castigo: tambien manda que se libre al mundo y á los que en él quedan del peligroso contagio que causaria la vida de estos dos monstruos, sino se les castigara con el último suplicio. Ya has visto que el mal exemplo de Neucasis bastó para pervertir al Conde: reflexiona pues qué daños podrán temerse, si uno y otro quedasen vivos. No atiendas á lo sensible de tu corazon; porque debes mirar á la justicia, y procurar la satisfaccion de Aymar y Helena, que estan ofendidos: debes evitar la ruina del público, viendo el exemplo de ella en tus compañeros. Ya está Neucasis en la cárcel, y presto vendrá tambien el Conde á ponerse en manos del Emperador: en esto verás que el mismo Cielo se empeña en que se haga justicia: pues el Conde no tomó tus consejos para ser feliz, pague con una muerte desgraciada su loca rebeldía. En-

tónces el Cielo verá, y la tierra será testigo de que eres hombre recto que abrazas en tí la virtud, y en los otros detestas el vicio y castigas el error. No seas tan débil que te doblen las lágrimas indignas, ó los ruegos de un traydor: cierra tus oidos á esa desordenada floxedad de tu corazon falsamente benévolo. No, Miseno: á los buenos protégelos hasta dar la vida; pero á los malos, persíguelos hasta tus últimos alientos: purifica el mundo de este contagio abominable, y envia á los infiernos á los que con sus crímenes tienen bien merecido vivir allí.

5. Oyendo Miseno lo que le habló la Furia infernal, aunque en sueños, se sintió conmovido y agitado con una inquietud extraordinaria. Se le representaban como en pintura las ingratitudes del Conde, puestas en paralelo con los beneficios que le habia hecho. Le hervia la sangre en el pecho, le palpitaba el corazon, y decia: esto ya no es venganza, sino amor

á la justicia. Aunque yo no estuviese ofendido, sentiria el mismo horror contra tan enorme delito, porque si la razon le detesta, y Dios le abomina, ¿podré yo acaso obrar mejor que Dios? Si el Cielo los tiene á los dos condenados á muerte, no puedo yo, sin ofenderle, dexar de contribuir á la execucion de su sentencia. Bueno seria que el Conde estuviese con Neucasis cargado de cadenas en la cárcel en donde nosotros estuvimos, y que ambos fuesen castigados como á nosotros pretendian castigar, porque la pena del talion siempre fue justa.

6. Así hablaba Miseno perturbado por las pasiones: ya no se conocia á sí mismo, ni hallaba en su corazon la paz de que ordinariamente gozaba: una espesa niebla le ofuscaba el juicio, y los ojos de su entendimiento lo veian todo de modo muy diferente. Estando en esta confusion llegó Aymar alborozado á decirle que el Conde habia venido, y que el Empe-

rador le habia mandado encarcelar en una oculta prision, destinándole para ser el objeto digno de su justa venganza. Supo el Conde la partida precipitada de Helena; y procurando, aunque en vano, alcanzarla en el camino para atajar los daños que recelaba, lisonjeándose con que todo se remediaria, mediante la astucia de Neucasis, habia llegado con este pensamiento á Nicea.

7. Aquí fue quando subió al último punto la cólera del Embaxador que habia sabido toda la intriga del Conde por la conversacion de Helena. Como un incendio, el que quando pega en un almacen de materiales combustibles, todo lo abrasa y derriba, levantando furioso, entre nubes de espeso humo, horribles llamaradas que amenazan á los Cielos, sin que haya fuerzas que puedan atajarle los pasos, así sucedia en el corazon del Embaxador. Jura por lo mas sagrado de los Cielos y la tierra, que se habia de vengar del Conde y de Neu-

casis. Daba Helena mayor esfuerzo á su cólera, y las Furias infernales por todas partes soplaban ódio y venganza, por ver si en el corazon de Miseno, que ya tenian dispuesto y preparado, pegaba el incendio que avivaban en los dos Embaxadores.

8. Veia en ellos Miseno, como en un espejo, todos los movimientos que empezaba á sentir en su propio corazon, y reportándose, se esforzaba por retirarse del precipicio, á cuya orilla se hallaba: pidió por un instante licencia, y recostando pensativo su cabeza sobre la mano derecha, recurrió al Cielo, diciéndose á sí mismo: ¿en dónde está aquella dulce paz que ha gozado mi alma tantos años? ¿en dónde aquella clara luz de mi entendimiento, y aquella serenidad con que sobrellevaba todo quanto me sucedia? ¿Qué es esto que me acontece, ó qué he perdido hasta ahora? Miéntras yo conserve la paz, el buen uso de mi razon y el dominio de mis pasiones, podré

decir qne nada he perdido; pues no me veré privado de mi felicidad, aunque viva el Conde, y viva con él Neucasis. ¿Para qué, pues, me inquieto y me perturbo, si estoy como antes estaba? Ellos me quisieron hacer mal, mas no lo consiguiéron; y pues su delito no pasó de un vano deseo, no es justo que sea mi venganza real y verdadera. ¿Pretendo por ventura excederlos en malignidad, ó hacerles por un mal que no se efectuó, un verdadero mal irremediable? Eso no: se levanta pues, y habla á los Embaxadores á favor del Conde y de Neucasis, como si estos fueran sus mayores amigos.

9. Ya esos dos miserables, decia, todo lo tienen perdido, reputacion, virtud y honor; y aun perdieron la amistad y proteccion del Gobernador del Universo, que es el único que podia hacerlos felices. ¿Para qué pues, servirá añadirles otro mal al que ellos mismos se han hecho, quando les basta su infelicidad? Ellos son miembros del

mismo cuerpo que nosotros; y así el vengarnos seria despedazar nuestro propio cuerpo. ¿Pareceria bien que si mi mano izquierda hiriese á la derecha, me vengase yo con herirla tambien á ella? Todos me tendrian por loco, y mi necia venganza pararia en mi propia pérdida. En este mismo caso nos hallamos: todos somos hermanos, é hijos de un mismo padre, que es la cabeza que nos vivifica y nos gobierna. Este toma por su cuenta el castigo de todos los delitos y la correccion de todos sus hijos. Este como justo juez, sabe pesar las culpas sin pasion, castigarlas sin exceso, y remediar el daño sin el menor inconveniente; lo que ninguno de nosotros puede hacer quando es la parte ofendida; porque siempre con el resentimiento se ciega el juicio, falsea la balanza y se tuerce la espada de la justicia.

10. Ademas de que el vengarse lo haria qualquier bruto ó qualquier fiera; y si el hombre no obra de otro modo, ¿en qué se distin-

gue de ellos? Parecerá que no seria *Venganza*, sino *Justicia*; pero á la justicia que cada uno se hace á sí mismo y por propia autoridad, ¿qué nombre se dá sino el de venganza? Si la buena *Razon* los detesta á ellos, yo tambien seria detestable, si haciendo como ellos siguiera el ímpetu ciego de mi pasion. ¿Por ventura no es la venganza una pasion tan fea, como todas las que reprueba mi entendimiento? Por qualquier lado que yo salga de los límites de la razon, siempre me precipito y me pierdo. Quiero pues vencer ahora al mal con el bien, que esto es lo que se llama triunfo. No salí yo de mi patria para dexarme arrastrar de las pasiones que veo en las heces de la ínfima plebe: salí para aprender por la experiencia á domarlas, y exercitarme en los encuentros para vencer todas las dificultades. Y así, amigos, desde este momento me determino, no solo á suspender qualquier movimiento de venganza, sino á amparar

á estos dos infelices, como su miseria merece. La luz de la razon me dicta, que no haga mal á mis semejantes, y no puedo errar en esto. Si alguno me agravia, él es quien pierde, porque yo nunca seré peor por el delito ageno; y mas que por todas las persecuciones posibles, perderia con la vil pasion de la venganza.

11. Oia Helena este discurso, y de absorta no podia condescender ni resistir: para ella, y para Aymar, era tan nueva esta filosofia que su maravillosa luz los pasmaba, y su novedad los suspendia. Bien como, si de las nubes del Cielo baxa una refulgente Divinidad, se suspende la lengua y el entendimiento; y sumergidos los ojos en pasmo y admiracion, es imposible dar principio al discurso, y no queda otra explicacion que el silencio: así se hallaba Helena suspensa con la respuesta que habia de dar á Miseno; y tomando á su esposo de la mano, le persuadió á que al punto se retirasen á Cesa-

réa para ir despues á San Juan de Acre, que era el lugar de su destino; dexando á Miseno y al Emperador la satisfaccion que habian pedido. Aymar se resistia; pero al fin aprobó su resolucion, y con recíprocas demostraciones de amistad, se despidiéron de los Príncipes, y de Miseno para emprender su viage.

12. No amenazan con tantos rayos las negras y espesas nubes, quando cubierto el Cielo amenaza con su cólera á los mortales, como el semblante del Emperador anunciaba el exemplar castigo que pensaba executar en Neucasis y en el Conde. Encerrados estos en distintas cárceles, á cada paso se contradecian y se condenaban; y el Monarca irritado por haberle mentido en su misma presencia pensaba en hacer las mayores demostraciones de su furor, como parte ofendida, y como juez que tenia que dar satisfaccion al agravio que habian hecho á Miseno y á los Embaxadores; y haciéndolos traer ma-

niatados á su presencia, le dixo á Miseno: vos sois ahora el juez de estos enemigos vuestros: en vuestras manos os los entrego para que tomeis la justa venganza. Con su sangre derramada debe castigarse su delito; bien que no le podrán expiar, ni dar la satisfaccion correspondiente al agravio de mi persona, ni á la atrocidad de su malevolencia. Dexo á vuestra eleccion qual ha de ser el género de muerte con todas sus circunstancias; para que veais que deseo desagraviaros en quanto me es posible.

13. Miseno, agradeciendo al Príncipe la honra que recibia, hizo una profunda reverencia, y dixo: intencion tenia, Soberano Monarca, de pediros la gracia que liberal me concedeis; porque conviene castigar delito tan feo, y hacer que vea el mundo todo su horror; y pues me dexais á mi arbitrio su muerte y su castigo, quiero que sea el mas cruel y prolongado que se pueda imaginar: pero no me

atrevo á declararle sin estar bien cierto de que vuestra decision confirmará mi sentencia. Mostró el Soberano que se admiraba de esta duda de Miseno; y disimulando quanto pudo su sensibilidad, le protestó que la Real palabra no necesitaba de confirmacion para dar mas firme confianza al que la tenia por basa incontrastable.

14. Sean pues, dixo Miseno, castigados por toda su vida con la perpetua vista de su delito; y para que vean todo su horror, tengan continuamente un espejo que á cada respiracion les manifieste quién es el Príncipe á quien ofendiéron, y el amigo á quien pretendiéron quitar la vida. Este espejo ha de ser la plena libertad, que yo para ellos os pido; y con este beneficio os conocerán á vos y á mí. Este seria para mi alma un tormento tan cruel que no podria sufrirme á mí mismo, en tanto grado que no me seria la muerte tan pesada como semejante vida: el heroismo de la agena beneficencia seria el mas cla-

ro espejo de mi torpe ingratitud. Ya que vuestra real palabra me asegura el buen despacho de esta súplica, débaos yo que para su eterna confusion se execute al punto esta sentencia.

15. Suspenso se quedó el Emperador con esta propuesta no esperada; y así como una peña desgajada de algun elevado monte cae rodando sin parar por el ímpetu que ha tomado; así el corazon del Emperador, que enfurecido habia determinado vengarse con el último suplicio, dexando solamente á Miseno la eleccion del género de muerte, mas no el perdon, trocandose su admiracion en ira, extrañó la imprudencia de Miseno que pretendia dexar sin castigo la ofensa de su real persona, y le dixo con cólera: vos podeis por estoica generosidad perdonar vuestro agravio si quereis; pero los Soberanos tienen otros fueros mas sagrados, á los quales no es lícito desatender.

16. Se aprovechó Miseno de

dole en sus brazos, le llevó al trono del Emperador, y arrasándosele los ojos dixo: agradeced al Cielo el haber caido en manos de tan benigno Príncipe, y no abuseis en adelante de mi amistad; porque la divina justicia pesa los delitos en la balanza de los favores.

18. Ya el Emperador tenia á los dos en sus brazos, y pasado el rato en que solas las lágrimas hablaban, dixo á Miseno: nunca esperé deber á los Cielos un favor tan singular como el de conoceros y teneros en mi Corte. Muy dichoso me considero ahora que veo entre mis brazos un héroe qual jamas le tuvo el mundo, y qual no pensaba yo que Dios se le concediese á los hombres: permitidme, Uladislao, que este ósculo afectuoso hable por mi corazon suspenso. Pasado un largo intervalo, en que lloraba toda aquella concurrencia enternecida, miró el Emperador al Conde, que de confuso no osaba levantar los ojos, y le dixo ayrado: ¿cómo es posible que vos, con-

ciendo la real persona de vuestro amigo, hayais tenido valor para urdir enredo tan feo, y maldad tan abominable?

19. Señor (exclamó el Conde) dadme primero la muerte, que el tormento de hacerme esa pregunta. A tí infame (decia volviéndose á Neucasis) á tí y á tus detestables consejos debo este delito tan torpe, y cuya memoria me horroriza mas que los tormentos mas atroces. Miéntras esto decia arrojaba fuego por los ojos, y se le abrasaba de confusion el rostro: sus labios trémulos y todos sus miembros convulsos daban indicios de la rabia y cólera interior que le devoraba. Miseno entónces, en el mismo tono que ántes, y tirándole del brazo le dixo: acordaos, hijo mio, de vos mismo, y olvidad los crimenes agenos. Besad al Emperador la mano, y procurad lavar en adelante con vuestros procederes la mancha de lo que ya ha pasado. Ahora conocereis quanto importa seguir los dictámenes de la razon, y reprimir las

pasiones que os arrastran.

20. Recobrado ya el Conde de su turbacion, y postrándose de nuevo á los pies del Emperador, habló así: Señor, jamas habeis visto en vuestra presencia reo mas indigno de vuestra piedad que el infeliz Conde de Moravia. Yo, que siempre he sido ludibrio de mis pasiones, llegué al extremo de serlo tambien de las agenas. Mi desgracia, que me llevaba arrastrando por la tierra en seguimiento de mis locas ideas, me obscureció la luz de la razon precipitándome en las mayores abominaciones; y ahora esta misma luz se me presenta toda de un golpe para castigarme con la misma enormidad de mi delito. No puedo, Señor, no puedo sufrir tan horrible objeto, y así os pido como un beneficio particular, que me concedais la muerte; porque no podré ya ver á Miseno (debo observar su precepto de llamarle con este nombre) no podré verle sin que en el espejo de su virtud se me represente el horror de mi delito,

y esto será morir en cada momento de mi triste vida. Bien sé que este es el castigo que corresponde á mi crimen, pero no puede sufrirle la flaqueza de mi corazon: la demasiada carga de mis delitos no me dexa fuerzas para el heroismo de sobrellevar, sin desfallecer, esta pena. El Cielo me mira con horror, la tierra me parece que se abre, los buenos me detestan, los mas perversos se escandalizan, y mi propia sangre me condena; y en fin, sola la muerte es la que me puede aliviar de lo que padezco, y no una muerte forzosa, que es incapaz de lavar la culpa del infeliz que la resiste, sino la que voluntariamente os pido de justicia; y vos, Soberano Príncipe, no me la podeis negar sin agravio, pues la merezco mas que otro alguno: goce enhorabuena Neucasis de una vida infame, porque la vileza de su espíritu se la hará gustosa, pero escóndame yo en las sombras del abismo huyendo del Cielo, de los hombres, y de ese Sol que ha vis-

to mi delito: no os pido gracia, Señor, pido de justicia la muerte; y si no me la dais, yo me la daré á mí mismo.

21. Pronunció el Conde este discurso mas con el alma que con las voces. Su gentil y agradable persona, sus ojos llenos de fuego, y juntamente de confusion, y su voz trémula daban tal energía á sus palabras, que moderando aquel prudente Soberano los afectos de su corazon le dixo: no es la muerte el castigo proporcionado á vuestra culpa: solamente la confusion puede igualarla; y pues la vida os es mas penosa que la muerte, vivid en pena de vuestro crímen. Dios os libre de intentar despreciar esta mi sentencia, y de haceros el juez de vuestra culpa siendo el reo. Entónces volviéndose á Miseno, le dió un ternísimo abrazo, y le llevó á su gabinete para honrarle como á Soberano; y con estas demostraciones se vió en la precision de revelar al Emperador todos los misterios de su vida. En-

tretanto pusieron á Neucasis en libertad, y conduxéron al Conde al quarto destinado para Miseno.

22. Temia Neucasis la indignacion de los moradores de Nicea, para quienes era manifiesto su delito; y buscando la proteccion de Miseno se determinó á seguirle, esperando todavía que con su astucia y mafia conquistaria otra vez el corazon del Conde. Pero Miseno los llamó en particular para hacerles ver á qué exceso los habian arrastrado sus pasiones; convenciéndolos sobre que habia un supremo tribunal, en el que la mentira no tiene lugar, ni las pasiones desordenadas asilo: un tribunal en donde triunfa siempre la razon, y siempre se manifiesta la verdad por medios fáciles y claros para la suprema Inteligencia. Sucede muchas veces que muere el inocente; pero tarde ó temprano se ha de ver el delinqüente descubierto. Bien puede la luz del Sol ocultarse entre sombras que suelen tal vez durar hasta que llega mas allá de su ocaso;

pero jamás dexarán las tinieblas de ser conocidas: bien podrá el mérito heroyco estar oculto, pero un grande crimen nunca podrá esconderse para siempre: desde el centro de la tierra vereis salir los gloriosos resplandores de los huesos de los héroes que allí estan enterrados, aun quando hayan caido en la sepultura cargados de oprobrios: por el contrario los mausoleos erigidos á los indignos estarán todos los siglos venideros provocando á los vituperios y á la irrision del público, que siempre pregona las verdaderas faltas á proporcion de los elogios que injustamente les han dado.

23. ¿Es posible, hijos mios, que no consulteis sino á la razon, á vuestro amor propio ántes de determinaros á alguna accion de importancia? ¿De qué os hubiera servido salir bien con vuestras quiméricas ideas? Supongamos que con fraudes y engaños lograbais el cetro de Jerusalen, repeliendo á todos quantos se opusiesen: ¿por ventu-

ra gozariais en paz el fruto de vuestras iniquidades? Una de dos, ó pensais que vuestra alma perece con el cuerpo, como la de los brutos, ó esperais encontrar despues de la muerte con un Dios tan ruin que premia la abominacion y la mentira. ¿A qué vais á Jerusalen? ¿Vais á pelear por los dioses de la gentilidad, que en todo lo que es vicio fuéron héroes, ó por el Dios de la verdad, que aborrece y detesta la mentira? Si os anima el deseo de gloria, de interes ó de grandeza, seguid enhorabuena esos deseos de codicia, ó de mayor elevacion; pero sabed buscar los medios legítimos, y sírvaos el yerro cometido de importante doctrina.

24. Así habló Miseno; y el Conde enmudecido recibia con la mayor docilidad todos sus dictámenes; y semejante á una ligera caña, alta y frágil, que cede á qualquier viento, se dexaba fácilmente convencer ó de las razones de Miseno, ó de las pasiones de Neucasis.

25. En este punto llegáron los

Emperadores á la habitacion de Miseno para honrarle con su visita: trabada la conversacion sobre los sucesos que les habia contado, no hallaban expresiones con que explicar su admiracion de verle tan sosegado y contento. Les persuadia el héroe que no habia medio mas fácil y mas eficaz para ser en esta vida feliz, que moderar de tal modo las pasiones, que nunca se le permitiese al corazon desear lo que depende de otros. Desde que me entregué á esta filosofia, les dixo, nunca puse mi fin en que los demas se acomodasen á mis intentos, y solo aspiro á lo que tengo con seguridad en mí mismo, y á lo que está depositado en los tesoros de la Verdad, de la Providencia, y de la Bondad eterna; porque esto no me puede faltar. Admiraban los Emperadores la solidez de sus principios, y la claridad de sus razones, á las quales tambien ellos juntaban las suyas; y despues de mil reflexiones de una y otra parte, les dixo Miseno:

26. Vi en una ocasion un quadro de tan singular diseño, que nunca le he podido olvidar. Representaba una larga costa de rocas y escollos, unos mas altos que otros; los quales viéndose insultados de las olas del mar, parecia que las amenazaban, por estar casi desprendidos, y como esperando el momento destinado para caer sobre ellas. Parecia tambien que las ondas ya se retiraban temerosas, ó ya los embestian de nuevo, burlándose de su paciencia inmoble. Se veian en alta mar varios navíos, unos grandes, y otros pequeños, siguiendo cada uno su rumbo, ya con viento contrario, ya con favorable. Estaban en lo alto de las rocas diferentes hombres en muy contrarias posturas ó actitudes, pero los mas de ellos forcejeando quanto podian para gobernar desde la tierra los navíos que iban libremente muy distantes. El empeño era ridículo, y lo mostraba la pintura con tal propiedad, que parecia se estaban viendo los esfuerzos que

inútilmente hacian. El uno afirmando los pies contra un peñasco, y echando el cuerpo ácia atrás tiraba de un poderoso navío que á banderas desplegadas iba siguiendo su rumbo: el cable le lastimaba, y escapándose de sus manos le dexaba castigado y afligido. Otro se veia al lado de este que por haber sido mas tenaz en la empresa se precipitaba de las rocas despedazándose en las peñas ántes de llegar al golfo. A alguna distancia estaba otro saltando de roca en roca, y de peña en peña, hasta que por último dexaba el cable, lamentándose de su inútil fatiga.

27. Solamente uno estaba muy tranquilo y sosegado sentado en un peñasco, que le servia de trono, y éste dexaba á los navíos que siguiesen cada uno su rumbo: manifestaba burlarse de los ridículos y vanos esfuerzos de sus compañeros. Bien conociéron los Emperadores que esta pintura del quadro era alegórica; pero ignoraban lo que en ella queria enseñar el profesor. En-

tónces Miseno les dixo, que era un retrato de la locura de aquellos hombres que desean con empeño lo que pende de los otros; porque esto es como querer traer á sí en el mar de este mundo los demas hombres, y gobernarlos desde la tierra quando ellos van siguendo con todas las velas el norte de sus intentos, ó trabajando á fuerza de remo por conseguirlos con obstinada diligencia. Si nosotros, decia, tiramos ácia un lado, y ellos navegan ácia otro, ¿qué podrá resultar sino fatigas, afliccion ó ruina? ¿En qué peligro no se han visto el Conde y Neucasis por su injusta pretension? Yo vivo burlándome de semejante locura, y contento con lo que Dios quiso darme, y con lo que me promete, no consiento que mis deseos se dirijan sino á lo que depende de mí y de Dios. En todo me conformo con los decretos del Cielo, y solamente confio en la divina palabra. Deseo con esperanza, y espero con seguridad, dexando al corazon volar libre á las

moradas eternas: allí quiero que se recree y deleyte con las dulces esperanzas; y como no temo que me engañe la verdad infinita, ni que Dios falte á su palabra, vivo con tranquilidad.

28. Ya no me admiro, dixo el Emperador, de la constancia é igualdad de ánimo que tanto me pasmaba quando estabais á punto de perder la vida, siendo inocente. La *Religion* y la *Razon* sostenian con ámbas manos vuestro corazon constante, y se necesitaba toda su fuerza para no ceder á los furiosos impulsos con que le combatian la malicia y la desgracia. Ahora mas que nunca siento que vuestro sistema no os permita vivir en mi Corte. Estimo infinito el conoceros, y siento lo mismo que estimo, pues si no os conociera bien, puede ser que lograse gozar de vuestra compañía. Mas ya que sois superior á quanto en obsequio vuestro puede hacer un Emperador de Oriente, no seais insensible al amor de un amigo verdadero. En-

tónces le abrazó tiernamente, y se retiró bañados sus ojos en lágrimas.

29. La Emperatriz, que no podia separarse de Miseno, le suplicó la diese alguna instruccion particular sobre aquella admirable filosofia que pone tan patente la puerta de la verdadera felicidad; y Miseno gustoso de poder hacerla un servicio tan importante la dixo: dexaos guiar en todo por la voz divina que se manifiesta en la luz de la Razon y la Religion: nunca sigais el ímpetu de la pasion quando ésta se propasa, y de este modo sereis verdaderamente feliz. Ya teneis aquí una regla fácil de retenerse en la memoria; pero que comprehende mucha doctrina. Os la voy á explicar y probar.

30. No puede Dios guiarnos al mal por su propia eleccion: este es un principio evidentísimo. Ahora bien, la voz de la *Razon* es participacion de la ley eterna: es voz con que Dios nos habla; y para explicarnos mas esta voz del Cielo, añadió la de la Religion, re-

velada: con esta especialísima luz conocemos mejor el camino de la felicidad: consultad pues las luces divinas que os guian á ella, sin dexaros arrastrar de las pasiones, y sin duda la conseguireis. Yo os confieso que á esto no alcanzan las fuerzas de la naturaleza, porque el humano brazo herido del contagio general quedó floxo, y aun inerte: no puede el hombre por sí solo vencer las pasiones rebeldes; pero Dios que os habla, no os dexa, y el que entre las tinieblas os guia no os desampara en ellas: sabed pues que nos asiste el Reparador de la naturaleza perdida. Es preciso esforzaros; y ántes de obrar domad vuestro corazon, detestando toda precipitacion, y aquella importuna priesa con que quiere que obreis: miéntras experimenteis esto desconfiad de vos misma, porque quando el corazon inquieto se quiere salir del pecho para determinarse á la obra con ansia y con fuego, da señal de que desea huir de la luz de la *Razon*; porque si

ésta se presenta, conocerá el alma que no hace bien, semejante al astuto mercader, que recoge ligero la pieza defectuosa ántes que vean las manchas. Señora, todo fuego trae humo, y el humo necesariamente ciega. No os guieis por lo que otros hacen, sino por lo que debieran hacer: quien sigue á los muchos no puede ser feliz, porque los felices son pocos.

31. Estas y otras máximas daba Miseno á la Emperatriz; y queriendo despedirse para proseguir su destino á la Tierra Santa, no le permitió salir hasta el dia siguiente para que fuese con la decencia correspondiente á su persona. No cesaba el Emperador de hablar con su esposa sobre las admirables virtudes de Miseno, porque su noble empresa le parecia mas gloriosa que las de quantos héroes celebraba la fama. Si las cosas se consideran como son en sí, la decia, ¿qué tiene que ver un héroe aunque despedace monstruos, conquiste imperios, y venza Monarcas, con el que

llega á triunfar de sus pasiones? El que esforzado con los auxilios del Cielo llega á conseguir esto, se hace superior á la fortuna y la desgracia, se burla de la muerte y las injurias, y es un Soberano absoluto independiente de quanto la suerte y el mundo pueden hacer con él. En este estado no conoce pena ni tristeza, soberbia ni vanidad, susto ni temor, y sin que le arrastre pasion alguna, todo lo que no es virtud lo mira como si fuese una vil paja, y desde el trono de su equidad con los ojos en el Cielo, como otro Job, no cede á la tribulacion ni al vicio. Yo hallo, que solo este héroe es el que merece un nombre tan honorífico.

32. Mucho tiempo ha (dixo la Emperatriz) que yo acá para mí misma despreciaba todos esos hombres famosos que emplean los clarines de la fama; pero como el discurso de una muger en materias de valor y de proezas no merece crédito, no me atrevia á declarar

mis pensamientos; mas ya que os hallo de acuerdo conmigo, os diré lo que juzgo, pidiendoos que me corrijais si me excedo.

33. ¿A qué se reduce quanto celebran los poetas ó los historiadores de sus famosos héroes? ¿No es á decirnos que tuviéron fuerza para despedazar á sus enemigos, manejar enormes mazas, y derribar de un solo golpe gigantes? Pero un leon, un oso vil, y un toro hace comunmente otro tanto. *Qual tigre desesperado* (nos dicen los poetas en el mayor calor de los hipérboles) *qual tigre desesperado, ó leon enfurecido, llevaba la muerte y el estrago, por donde quiera que iba, &c.* ¿No es locura querer exâltar á un grande hombre, comparándole con los brutos?

34. ¿Qué mas alaban en esos héroes? ¿Es por ventura el ánimo y furor con que se entregan á los peligros? Esas proezas tambien las hacen los famosos ladrones, y los mas viles hombres de la plebe, quando la cólera los ciega. Las he-

ridas de un General son objetos de las grandes recompensas, promesas y elogios; pero un soldado raso se expone por bien corto sueldo á mas peligros que un grande General, porque á éste le defienden mil brazos, y no se hace caso ni memoria de un soldado, con cuyo cadáver se sepulta tambien su nombre. Hablemos de batallas singulares, ó de hombre á hombre, que tanto se celebran: si la cota de malla fué penetrable al hierro, si el caballo no obedeció al freno tan pronto, si una saeta perdida acertó á entrarle por los ojos, desapareció como un sueño todo el heroismo del combatiente; y vencido, preso y despreciado le atan al carro triunfal de su enemigo; ó tal vez le hacen tirar como bruto de la carroza del famoso Sesostris. Pero quando la victoria se consigue por no haber sucedido alguna de estas desgracias, se le celebra al héroe por todo el mundo como si fuera un semidios en la tierra. Ahora bien, ¿no es pueril-

dad y locura poner el heroismo en una casualidad, ó en lo que depende de un bruto? ¡Es posible que la vileza de un hombre ó su grandeza consistan en un caballo!

35. Vengan acá esos famosos héroes: quitadles las fuerzas extraordinarias, las quales son una prenda que se halla en la ínfima plebe: no me hableis del furor, rabia y desesperacion en medio de los combates, que es una cosa bien comun: dexemos á parte la temeridad y la fortuna, pues la primera es defecto, y la segunda no es mérito: ¿que es lo que les queda á esos héroes para que hagan tanta figura en el mundo?

36. Todavía les queda (dixo el Emperador) aquel valor inalterable con que se presentan en los peligros, como si no se viesen en ellos: aquella prudencia con que todo lo disponen, y á todo atienden como si se hallaran en el sosiego de la paz: aquel juicio con que preveen los sucesos, como si ya los tuvieran presentes: les queda por últi-

mo la grandeza de corazon con que desprecian la muerte, triunfando del mismo horror que la naturaleza nos inspira á todos.

37. Pintadme de ese modo los héroes (dixo la Emperatriz) y confesareis conmigo, que *el verdadero heroismo está en domar las pasiones*, y *perfeccionar el discurso*: en esto sí que veo al héroe, por ser estas propiedades de solos los hombres, y aun de hombres muy raros. Si domar el susto es prueba de heroismo, mucho mayor triunfo será domar, como decia Uladislao, la *Ambicion* y la *Codicia*, ó el *Amor* y el *Odio*, y domar todo lo que la suprema *Razon* condena; pero esto rara vez lo hallareis en los que los poetas celebran como á héroes: juzgo pues que este Príncipe ha tomado la única empresa que conduce al templo del heroismo: á este Príncipe debieran seguir todos los que desean llegar á la verdadera grandeza. Pero esta es crítica de mugeres, y merece poca atencion. Quédese a-

quí sepultado este discurso entre estas paredes, y pensemos ahora en la recompensa que hemos de dar á Miseno, por los beneficios que hizo á mi padre y abuelo. Si hasta aquí le estimabamos como amigo y bienhechor, ya esta obligacion se duplica y realza con la calidad de su persona.

38. ¿Qué podrémos hacer (dixo con sentimiento el Emperador) si su sistema le ha hecho superior á quanto queremos executar? En él tèneis un Soberano que acredita de pobres á los mas opulentos Monarcas del universo: que los dexa pequeños y de poco poder, y aun los pone en la precision de parecer ingratos, por mas que se esfuercen á manifestarse agradecidos. Aunque le ofreciéramos la corona quitándola de nuestra cabeza, ¿qué caso hará él de la agena, habiendo despreciado la propia? Aunque le pusiéramos en la mano las riquezas de Creso, los deleytes del mundo y sus honras, para él todo esto es nada. ¿Que podrémos pues darle en testimo-

nio de nuestro reconocimiento? ¡Nuevo y singular método es el suyo para triunfar de los Soberanos! En eso mismo se ve, dixo la Emperatriz, que no se ha visto héroe que hasta ahora haya subido á tan alto grado en la carrera de sus proezas. ¿Quándo se ha leido en las historias, que ni la corona ni los cetros, ni las riquezas y joyas, ni la hermosura y amor, ni la gloria y vanidad pudiesen sujetar el corazon de un héroe? Y nosotros lo estamos viendo en Uladislao. No obstante, una joya tenemos que él estimará mucho, y os aseguro de que la acepte y la guarde con el mayor aprecio: es una joya que le podemos dar con honra nuestra, y con infinito interes. Quedóse el Emperador absorto, y prometió que en nada se detendria de quanto le señalase. Démosle (prosiguió la Emperatriz) démosle palabra de seguir en lo posible su doctrina, de abrazar sus máximas, y de imitar su heroyca virtud.

39. Venid conmigo (dixo el

Emperador) á buscar á Miseno; y hallándole en su quarto le refirió, á presencia del Conde y de Neucasis, la dificultad en que se hallaban, y la resolucion de la Emperatriz; y los dos con la sinceridad mas grande y con la mas sólida palabra prometiéron seguir su exemplo en quanto les fuese posible imitarle, y domar sus pasiones, siguiendo en todo la luz de la *Razon*. Esta oferta la agradeció mucho Miseno, la admitió y la alabó, asegurándoles las mayores felicidades en su cumplimiento. Así se despidió de aquellos Príncipes para ir á Iconio acompañado del Conde.

40. Neucasis, que se veia sin arrimo ni fortuna, seguia siempre al astro que mas brillaba, y así como al principio todas sus atenciones eran al Conde, ahora ya dirigia sus humildes obsequios á Miseno, semejante en esto á una maliciosa serpiente, que enroscándose debaxo de los pies como para besarlos, entónces es mas peligro-

sa quando es mas lisongera. Bien conocia Miseno su genio falso y astuto; y no obstante, previendo que le pondria en la ocasion de reiterar continuamente la victoria sobre sus pasiones, que era lo que deseaba, le sufrió en su compañía recibiendo con urbanidad sus falsos obsequios.

41. Como un poderoso guerrero que para exercitar sus tropas con los continuos asaltos de los vecinos rebeldes, los tolera con la esperanza de sacar mayor utilidad de las repetidas victorias que de quedarse ocioso, si del todo los venciese: así Miseno, aunque podia deshacerse de una vez de la peligrosa compañía de un hombre que le habia de dar mil disgustos, permitió que le siguiese; bien que procuraba con prudentes consejos prevenir al Conde contra sus engaños, haciéndole ver con la experiencia quán peligroso le era Neucasis.

42. Se deshacia el Conde en afectuosas promesas á Miseno, y

su alma llena de confusion, no hallaba términos para explicarse como queria. Amoroso por caracter, político por educacion, agradecido á los beneficios, y pendiente de Miseno para lo futuro, por todos los motivos tenia que contemplarle, como que era todo su bien: desenvolviéndose entónces todas las pasiones á su favor casi llegaban al opuesto exceso, queriendo remediar un defecto con otro contrario. Qual balanza que teniendo el fiel muy pesado ya cae toda á un extremo, y ya va enteramente al otro sin hallar el punto de equilibrio (1); así era el Conde en todos sus movimientos. Pero Miseno prudente aceptaba unas veces sus obsequios, y otras se los reprimia, advirtiéndole que todo lo que era exceso degenera-

(1) El defecto de estas balanzas está en tener el fiel muy pesado, ó de no tener el contrapeso que se requiere en la parte opuesta, para que el centro de gravedad caiga mas abaxo que el centro del movimiento.

SUMARIO

DEL LIBRO VIGESIMOPRIMO.

Efigenia, disfrazada de soldado, disparó contra el Conde una saeta, y éste sienta plaza, con el fin de acompañarla. Se alegran las Furias infernales, y pretende la Tristeza *apoderarse de Miseno: encuentro de éste con el Conde y Neucasis. Reprueba el Héroe que se hubiese alistado en un exército extrangero sin saber que iba á una guerra justa: conoce la aficion del Conde á Efigenia. Refiere Mustafá los motivos de la guerra, y Miseno los deshace por insuficientes. Discurso del Héroe sobre la ceguedad de las pasiones. Se despide el Conde con insolencia. Parte Mustafá con las tropas, y huye el Conde con Efigenia y Neucasis. Miseno se queda solo, y piensa en acabar sus dias en la Tierra Santa.*

Enamorado el Conde de Efigenia se despide con insolencia de Miseno.

N. Cobo sc.

LIBRO XXI.

1. Ya tenian las tropas del Sultan el aviso para partir á la Armenia menor, y se veian los campos cubiertos de hermosas tiendas: ya por los dos lados del camino que Miseno seguia, se exercitaban los soldados de á caballo en justas y torneos y los flecheros y fundibularios, que entre sí competian, se proponian premios para el que sobresaliese en el exercicio, y diese á conocer su mérito. He aquí que en estas escaramuzas hirió al Conde una saeta perdida: parte al punto como un rayo á vengarse del atrevido que de léjos le habia ultrajado: huyó el que parecia delinqüente fingiendo delito y miedo: quanto mas éste se retiraba, le perseguia mas furioso el Conde con la espada desenvaynada colérico y arrojando espuma de rabia. Sigue, corre, vuela, hasta que alcanza por

tud y destierro de la patria ; pero puesta ya en movimiento para volver á esta no podia sosegar su inquieto corazon. Se vistió pues en trage de hombre, se acostumbró al manejo de la saeta y de la honda, y pretendia con el disfraz de soldado y la confusion de la guerra, volver á su pais ; y este dia fué en el que quando ménos lo esperaba vió al Conde, y como astuta y amante, quebrando la punta á una saeta para que no le molestase, la despidió con el arco.

4. Apénas la reconoció el Conde, quando se inflamó de nuevo su corazon, y se olvidó de Miseno. Al momento desaparecen como un sueño la filosofia y la luz de la razon : envayna pronto la espada para responder como amante á su adorada belleza. Protesta que la ha de acompañar y seguir hasta el último cabo del mundo, si le permite la honra de servirla de escudero. Invoca la tierra y los cielos por testigos de que no habrá ley, ni dificultad que le detenga en la pron-

ta execucion de quanto le mande. Entónces le pidió Efigenia que para salir bien de la empresa de restituirse á su patria, entrase el Conde á servir al Sultan en aquella expedicion de Armenia, pues de este modo podria sin dificultad acompañarla hasta dexarla en el seno de su familia. En el exército, dixo, todos me tienen por hombre, atribuyendo á la tierna edad, delicada educacion, y gentil aspecto esta figura femenil: yo me disfrazo quanto puedo con las insignias de la guerra; y con el nombre de *Algazar* paso por soldado voluntario: sabed que solo á vos he confiado secreto tan importante. Le dió Efigenia al Conde una señal con la que se habian de distinguir en medio de todo el exército, y fué un penacho encarnado de los que llevaba por adorno en su capacete. El Conde se presentó sin detencion al Sultan, ofreciéndole su espada y su vida para qualquiera empresa que su exército intentase. Aceptó el Sultan gustoso su oferta, y le

dió con generosidad una espada que lisongeó mucho al Conde, por ser de un precio correspondiente á la Real mano que la daba; y así se retiró con el proyecto de no separarse jamas de las tropas á que se habia agregado.

5. Ya Miseno se admiraba de la detencion del Conde, y no podia acertar quál fuese el motivo. Neucasis se ofreció á ir á saberlo, miéntras Miseno continuaba su viage á Iconio, en donde los debia esperar. Apénas avistó el Conde á Neucasis, que venia apresurado á buscarle, le recibió con el agrado antiguo, considerándole como el instrumento mas proporcionado para dar satisfaccion á sus pasiones. Neucasis con esta ocasion de hacerle olvidar los disgustos que en el enredo de Nicea le habia dado, no sabia como ofrecerle su vida, su industria y todas sus fuerzas para servirle.

6. Ahora es tiempo, le dixo el Conde, de que yo vea quanto me estimais, y si teneis poder para

darme el auxilio que necesito. Yo he dado palabra al Sultan de servir en sus tropas que marchan contra la menor Armenia. Bien sé que Misèno desaprobará mis intentos, y querrá obligarme á cumplir el voto de ir á la Tierra Santa; pero yo tengo motivo particular que no me permite separarme del exército. Vos me ayudareis á persuadirle que me consienta ir á esta empresa; y si no quiere, espero que fielmente me sigais con preferencia á un viejo, cuyas máximas son mas para un hermitaño anciano, que para un caballero de mi edad, y criado en las Cortes. No resistió Neucasis, y el Conde poco á poco le fué descubriendo su pecho haciéndole confidente de sus secretos. Todo quanto decia el Conde lo aprobó Neucasis, y fuéron los dos á encontrarse con Miseno, el que despues de esperarlos mucho tiempo, caminaba derecho á Iconio.

7. Ya las Furias infernales celebraban la victoria que esperaban conseguir de Miseno, pues aunque

á él no le habian postrado, le habian quitado por lo ménos la presa del Conde, inutilizando su filosofia, y haciendo su doctrina infructuosa. Pero la suprema Providencia le llevaba de peligro en peligro, y de batalla en batalla para multiplicar sus trofeos, y sembrar en diferentes corazones la doctrina que no fructificaba en el del Conde, ni en Neucasis. Con esta idea, saliendo de los abismos el espíritu de la *Tristeza*, y envuelto en una negra y espantosa nube, llegó á combatirle, miéntras el *Amor*, la *Ambicion* y la *Política* disparaban sus saetas contra el Conde y Neucasis; para que atacado el héroe por todas partes, y acometiéndole juntas las pasiones mas poderosas, por último se rindiese.

8. Apénas apareció en la atmósfera esta Furia, el ayre quedó sombrío, se cubrió el cielo, se escondió el Sol, y todos los elementos estaban como aprisionados: cesó el viento, la naturaleza estaba como entorpecida, y en todo

el emisferio se observaba un silencio triste; y disparando la *Tristeza* una saeta invisible contra Miseno, sintió éste su corazon tan abatido y melancólico que no se conocia á sí mismo: todo quanto veia su entendimiento era fúnebre, y como si estuviera estúpido, no sabia discurrir ni reflexionar. Todo era en Miseno obscuras tinieblas, y allá en el fondo de su alma empezaba á sentir movimientos del monstruo de la desesperacion, el que no atreviéndose á declararse del todo, revolvia en el héroe las ideas mas importunas, con el fin de atormentarle. Su fiel corazon palpitaba con golpes no acostumbrados, le hervia la sangre en el pecho, y su ánimo se quejaba: se le pintaba el Conde en la imaginacion con los mas horribles colores.

9. Quando el héroe se hallaba en esta disposicion tan funesta, llegó el Conde con Neucasis; pero muy mudado, pues venia alegre, risueño, y lleno de satisfaccion. Como un General triunfante,

que acabando de conseguir una victoria no esperada, no puede reprimir el gozo en que su corazon rebosa, y afable y contento no cabe en sí mismo; así venia el Conde. Queria decir á Miseno la causa de su detencion, y no acertaba á explicarse: se le veia ligero en sus movimientos, inquieto é inconstante en sus discursos: reia sin causa, hablaba despropósitos, y á cada instante mudaba de pensamiento: Neucasis era el eco de sus voces, y el espejo de sus acciones; todo lo aprobaba, aun lo que el Conde no habia acabado de decir: tan enagenado parecia el uno como el otro. Aunque estaba Miseno experimentando estos efectos, ignoraba la causa; bien que sospechaba algun enredo nuevo que no percibian sus ojos. Ya por último, despues de varias y reiteradas preguntas, le dixo el Conde:

10. No extrañeis esta alegría al ver que se llega el tiempo de cumplirse mis ansias de militar en la guerra de Palestina: este movi-

miento de armas que ha hecho el Sultan, ha excitado en mi ánimo aquel marcial ardor que me inspira mi sangre: ya me parece que me veo en medio de los combates, atropellando enemigos, y executando acciones dignas de mi valor; y para no hallarme visoño en una guerra en que voy á tener sobre mí los ojos de todos los Príncipes que en ella han de militar con el nuevo Rey de Jerusalen, he dado al Sultan mi palabra de acompañarle en esta expedicion de Armenia, para que quando llegue á presentarme en San Juan de Acre sea ya soldado veterano, y pueda sin deshonrar mi sangre manejar la lanza, y pelear con el enemigo. Hacia Neucasis á cada periodo tantas y tales demostraciones de aprobacion, que el hombre mas sufrido no podria tolerar una tan clara y excesiva adulacion.

11. Bien advertia Miseno que algun motivo oculto los tenia tan unidos despues de enemistad tan declarada; y su corazon cansado

de tan ingrata alternativa, queria romper del todo y castigar á los dos, dexándolos seguir sus locas ideas, y retirarse á Europa. Este pensamiento le inspiraba la *Tristeza*, y al mismo tiempo se hallaba él muy turbado, y no sentia el sosiego de que comunmente gozaba. Entónces, temiéndose á sí mismo, por ser aquel momento el de la pasion, procuró distraerse, huyendo de quanto pudiera ofuscar su razon, ó turbarle el entendimiento; pero su corazon saltaba, y sujetándole con violencia, empezó á hablar con serenidad, conversando con el Conde sobre el campamento de las tropas, procurando informarse del motivo de aquella guerra.

12. No sabia el Conde darle razon alguna; y extrañó mucho Miseno que quisiese entrar en una guerra sin haberse informado sobre si era justa. Si fuerais, le decia, vasallo del Sultan, debiais obedecer á vuestro Príncipe, ofrecer por él la vida, y no haceros

de modo alguno juez de vuestro Soberano, exâminando si eran justificados los motivos; porque la ley de la razon ordena que el inferior no sea juez del superior, ni llame al tribunal de su entendimiento las acciones de su Monarca, para condenarlas definitivamente, ó aprobarlas á su parecer: esta es la ley de los vasallos. Pero siendo vos un extrangero, ¿por qué exponeis vuestra vida por lo que tal vez será una iniquidad? ¿Os parece bien ir como los asesinos á matar á sangre fria á vuestros semejantes, solo porque los pagan, ó porque así se lo piden? ¿Qué diferencia hallais entre matar en una calle á un inocente que jamas os ha ofendido, ó quitar la vida en una batalla á muchos que no hacen otra cosa que defenderse á sí mismos, sus tierras y su derecho? ¿Por ventura es el hombre en una batalla ménos hombre que en su casa, ó dexa de ser vuestro semejante quando defiende lo que es suyo? ¿Porqué pues os alistais en ese exér-

cito, haciéndoos enemigo de quien nunca os ha ofendido, sin saber ántes si os autoriza la justicia y el derecho de las gentes? Es muy justo que pretendais exercitaros en la guerra; pero no os faltarán encuentros en la Palestina, en donde la religion y la justicia lo aprueban, y donde el honor y la palabra os obligan. No podía el Conde sufrir esta advertencia de Miseno, y aunque no respondia palabra, en el modo de callar decia mucho.

13. A este tiempo llegó Efigenia acompañando á Mustafá, Comandante de un destacamento, en que servia este fingido soldado. Venia Mustafá á cumplimentar al Conde, por la honra que le resultaba de tenerle en sus tropas: era un Turco de buen juicio, pero presuntuoso; y así gustaba con tal exceso de que le alabasen, que por la lisonja le llevarian á donde quisiesen. Le habia Efigenia ganado tanto la voluntad, que nada de quanto le pedia la negaba. Aunque ignoraba quien era aquel gentil sol-

dado, no obstante, su agrado, cortesía, atencion y la presteza con que executaba sus deseos, la habian merecido su amistad. En el modo de responder el Conde á Efigenia disfrazada, conoció Miseno que habia intriga: advirtió que le alteraba la presencia de aquel soldado, y que por mas que pretendia disimular sus afectos, le hacia traicion el corazon; porque las palabras se dirigian á Mustafá, pero los ojos se encaminaban al que parecia soldado raso: hablaba con tan poco concierto como quando se mueve una máquina con el muelle desconcertado: se paraba, repetia, y no tenia el despejo y desembarazo que le era natural, siguiendo el alma (principio de los discursos) la ligereza precipitada del corazon; y así á la lengua que hablaba con el Comandante, la faltaba el gobierno. Efigenia ó *Algazar*, procuraba encubrir las faltas del Conde; y de tal modo aturdia á Mustafá con los elogios de ambos, que no le daba lugar á reparar en la falta

de órden, ni en la frialdad de los discursos del Conde.

14. Todo lo estaba observando Miseno con grande silencio: veia la alegría del Conde, el alborozo de sus ojos y todos sus movimientos; pero todo lo guardaba en su pecho, diciéndose á sí mismo: cada vez voy conociendo mas los hombres, y cada dia podré gobernarme mejor, pues este es el fruto que debe sacarse del conocimiento de los otros. Inútil cosa es fatigar el entendimiento en hacer severa crítica de los defectos humanos, y disponer bellos sistemas, formando ideas fabulosas, ó repúblicas platónicas; porque todo su bien aparente solo sirve de hacer mas insoportables los verdaderos males que en el mundo nos cercan: el mundo siempre será mundo, y los hombres han de ser hombres; mas si la felicidad debe ser el fin de nuestras acciones, razon será que saquemos sabios dictámenes del conocimiento de los defectos agenos para evitar los nuestros; porque el

ápice de la verdadera filosofia es sacar bien del mal.

15. Observó Mustafá el silencio de Miseno, y tanto le interesáron su figura y su prudencia, que le vino la curiosidad de tratarle; y entró en conversacion con él. Miseno le fué llevando de una materia en otra, hasta llegar á preguntarle quál era el motivo de aquella guerra en que inopinadamente veia interesado al Conde.

16. No hizo Mustafá misterio de lo que ya era público, y así le respondió: para instruiros en los motivos de esta importante guerra, es preciso llegar hasta su orígen, y éste viene de muy léjos. No penseis que Soliman de Rovadin, mi Señor, y Sultan de Iconio, guarda el menor resentimiento contra los Christianos; no obstante que tiene muy presentes los estragos que hizo en sus dominios Federico I. Emperador de Alemania. No ignoraïs que quando éste iba á la guerra de Palestina, donde se esperaban á Felipe Augusto, Rey

de Francia, y Ricardo I. Rey de Inglaterra, reduxo el Emperador á la última ruina los Estados de Iconio. Tambien sabeis que el Cielo vengador no sufriendo tanta iniquidad, le quitó la vida con las saetas vengadoras de la Omnipotencia, que son las enfermedades; pero con su muerte se acabó el sentimiento del Sultan, al ver que su hijo el Duque de Suavia evacuando los Estados de Iconio, llevó el rayo de la guerra á San Juan de Acre.

17. Ahora quiere Rovadin que sepan los mortales quanto es superior á sí mismo; pues toma las armas para defender á un Príncipe Christiano, que es el Conde de Trípoli, el qual padece injustas vexaciones de Leon, ó Livron, Rey de la menor Armenia: ahora os diré el orígen de toda esta qüestion.

18. Teodoro, Rey de la Armenia menor, vecina á la Siria, no tenia hijos, y su hermano Melier era Templario. Deseaba Teo-

doro dar sucesor á su corona, y por haberse consagrado su hermano con solemne voto de castidad, dió su hermana en matrimonio á un Caballero Latino, nombrando á Tomas, hijo de éste, por sucesor de Armenia, el que con efecto empuñó el cetro por muerte de su tio Teodoro. Brillaba tanto la corona de Tomas en los ojos de Melier, que por tenerla tan cerca se los deslumbraba. Por los mismos ojos le entró el mal hasta el corazon; y tambien éste cegó de tal suerte, que no podia mirar al Cielo, ni á la tierra, porque siempre estaba viendo delante de sí el cetro y la corona; por lo qual se determinó á ponerla en su cabeza á toda costa. Bien veia que clamaba la justicia ofendida, que se lo impedia la sangre y se lo prohibia la religion; pero nada de esto le detuvo, porque le arrastraba la pasion y el deseo de reynar. Por último renegó de su religion, y perjuró contra el Cielo; y traidor á su propia sangre, detestado de las

mas sagradas leyes, y hecho el escándalo del mundo, hizo guerra á su sobrino para arrojarle del trono.

19. Entónces Saladino, Sultan de Egipto, que no hacia escrúpulo de manchar su gloria con la mas indigna empresa; aquel Saladino que no tenia mas ley que su ambicion, ni mas justicia que la fuerza, ni otra regla derecha para juzgar sino los arcos de sus flechas, dió auxilio á Melier, y derribó del trono á Tomas. Añadiendo á una iniquidad otra mayor, entró con la misma injusticia por Antioquía, hasta llegar á las puertas de Jerusalen. Entónces fué preciso que saliesen á refrenar sus ímpetus Amalárico, Rey de Jerusalen, y Bohemundo III., Príncipe de Antioquía. En este tiempo alivió el Cielo á la tierra de un monstruo que la deshonraba, y murió Melier; mas no acabó con él la semilla de las turbulencias que esta accion indigna introduxo en el Oriente; porque Bohemundo, Sobrino de Guillermo, último Conde de Poitiers

y de Auvergne, Duque de Aquitania, era Príncipe que sentia mucho las injurias, y las depositaba en su corazon, hasta el tiempo oportuno.

20. Sucedió pues que por muerte del tirano Melier, entrasen otros dos á mandar en Armenia, porque los males son como aquellos árboles viciosos, en los que quando les cortan una rama retoñan otras muchas. Los dos que se apoderáron de Armenia fuéron Rupin y Leon. Rupin como hermano mayor se ciñó la corona, y Leon se contentó por entónces con esperar conseguirla. Quiso Bohemundo vengar en estos tiranos la insolencia de su antecesor; y llamando á Rupin, con pretexto de amistad, así que entró en los Estados de Antioquía, le encerró en una triste cárcel. Sintió Leon esta falsedad de Bohemundo, y la injuria hecha á su hermano; pero sin mucha pesadumbre tomó el gobierno de Armenia en calidad de Regente, miéntras su hermano estaba preso.

21. Empezó á tratar de condiciones sobre soltar á su hermano para no romper en una guerra declarada; y por no ser conveniente fiarse de Embaxadores, convidó á Bohemundo á avistarse con él acompañado de una decente escolta, en donde mejor le pareciese. Convino en esto Bohemundo; pero Leon jugando con destreza las mismas armas de que él se habia valido, le sorprehendió á pesar de su escolta, y le puso en una cárcel bien asegurado, como lo pedia semejante preso. A esto se siguió que Bohemundo ofreciese desde la cárcel libertad por libertad, esto es, la de Rupin por la suya; pero Leon que no miraba tanto á vengar el delito, quanto á procurar sus intereses, despreció la oferta, y solo convino en ella con las condiciones siguientes:

22. 1.ª Que Bohemundo casaria á su hijo, heredero de sus Estados, con Alix, hija única de Rupin, Rey de Armenia. 2.ª Que este Príncipe y sus descendientes se

contentarian con los Estados paternos de Antioquía y Trípoli, renunciando sus derechos á los Estados de Armenia.

23. Todo se abraza con facilidad quando la necesidad obliga. Bohemundo, que no podia comprar su libertad por precio menor, en nada puso duda, y firmó este contrato con toda solemnidad. Salieron pues de la prision ámbos Reyes, y aunque Leon dexó el gobierno á su hermano Rupin, todavía se consideraba Soberano de Armenia; porque despues de su muerte nadie le podia disputar aquel Estado. Muerto Rupin, quiso Leon entrar en la posesion de Armenia; pero Bohemundo reconoció su yerro, y la injusticia de haber privado á su hijo y sus nietos de los Estados de Armenia, que les pertenecian de derecho, por ser Alix heredera de todos ellos. Arrepentido pues del contrato quiso retroceder, y para esto dió á Raymundo, su segundo hijo, el Condado de Trípoli: de este modo se

vió el hijo mayor en la precision de buscar su patrimonio en los Estados de Armenia, y Raymundo en la de poner en posesion á su hermano para gozar en paz del Condado de Trípoli, que sin esto no podia conseguir. Por este medio acomodó á los dos hijos, y aseguró en los dos hermanos una duplicada fuerza para mantener en la Armenia á Bohemundo IV. su hijo, del qual y de Alix, sobrina de Leon, habia nacido Rupin II.

24. No eran estas disposiciones conformes á las ideas de Leon, que siempre habia suspirado por la hora en que habia de empuñar el cetro, y así determinó excluir con las armas á Bohemundo IV y á su hijo Rupin II. En este conflicto, el Conde de Trípoli sosteniendo la causa de Bohemundo su hermano, y la de su sobrino, solicitó la proteccion de Soliman mi Señor; el que enterado de la justicia de la causa, nada ha omitido por darle un poderoso socorro. Con este proyecto pues voy á asolar la Armenia

para enseñarle á Leon que no son lo mismo la ambicion de reynar y el derecho á la corona. Así concluyó Mustafá su respuesta.

25. Miseno, cuyo juicio era superior al de los otros, como el alto cedro respecto de los humildes arbustos que le rodean, miraba aquellas razones por una cara en que no reparan los entendimientos vulgares, y con grande cortesía le dixo: muy buenas parecen, amigo, esas razones, y el amor de vuestro Soberano os obliga á aprobar quanto él hace, y á mirar como cosa sagrada sus reales órdenes; pero si me dais licencia, quisiera yo reflexionar sobre los motivos de esta guerra para saber si vos, Conde, obrareis con prudencia, ofreciendo por ellos vuestra vida, que es una vida preciosa, y no se debe exponer por cosas vanas. Dexadme pues pesar con balanza indiferente estas razones: pondré por una parte las que habeis alegado, y por otra las que á mí se me ofrecen.

26. Bohemundo III., como no ignorais, fué el primer agresor en esta pendencia: él prendió con falsedad al Rey de Armenia, que nunca le habia injuriado: sobre este delito, faltó viéndose libre á su regia palabra, y á un contrato solemne firmado con el real sello. ¿En dónde está aquí la honra? ¿En dónde la fe pública que se funda en ella? Si llega un Rey á mentir y á ser perjuro, engañando al que de él se fia, ¿en quién hemos de fiar? La palabra de un Rey debe ser tan sagrada, que de ningun modo se la ultrage. Si un Monarca faltára á sus promesas solemnes, ¿quién le cumpliria las propias? Ya veis aquí violado el derecho de las gentes, que es la firme y sólida basa de toda sociedad.

27. Pasemos adelante. Si los hombres no guardan su palabra, no habrá quien se fie de ellos, y quitando del mundo la confianza que debe un hombre tener en otro hombre, vereis la ruina universal. Si Bohemundo no pensaba en cum-

plin lo que prometia, fué perjuro en prometerlo, porque quando él firmó el contrato sabia muy bien lo que firmaba. No me digais que prometió cosa ilícita, la que no es justo cumplir; porque todo, bien entendido, consistia en recibir por esposa de su primogénito á Alix, hija de Rupin, sin que llevase dote alguno. Bohemundo lo quiso así, así lo firmó, y este fué el precio de su libertad, y el castigo de su delito. Decidme pues, ¿con qué justicia pudo faltar á su honor, á su palabra, al Cielo que tomó por testigo, y á la tierra que oyó su juramento? Luego fué falso y perjuro quando dió á Raymundo el Condado de Trípoli, y dexó á su primogénito en la necesidad de pretender los Estados de Armenia.

28. Vos condenais la ambicion de Leon, yo tambien la condeno. Ambos Soberanos jugáron con armas iguales, y ámbos faltáron á la justicia y al derecho de las gentes. ¿Pero acaso podrá la maldad de Leon justificar la de Bohemundo?

¿Quién podrá dar por inocente á un hombre malo, porque su contrario es perverso? ¿Es por ventura cosa nueva que los que luchan en la palestra pasen ácia una y otra parte de la línea recta que les divide el terreno? Amigos, entre los hombres es un error muy comun quererse cada uno justificar con los delitos de su contrario, como si los suyos propios no le hicieran culpado. Leon es ambicioso, pero ántes lo era Bohemundo. Leon fué falso y traidor, pero Bohemundo le habia dado el exemplo. Leon fué injusto, porque privó á su sobrino Rupin II. de los Estados de Armenia que le pertenecian; pero tambien lo fué Bohemundo en privar al mismo Príncipe de los Estados de Trípoli, que desmembró de la corona injustamente para dárselos á Raymundo.

29. Ya parece que la balanza no está muy en equilibrio, y que carga ácia Bohemundo: añadid ahora que Bohemundo fué el pri-

mero que le insultó: que fué perjuro al Cielo y á la tierra: que violó la ley mas sagrada entre los Soberanos, que es la palabra real: nada de esto hizo Leon: reparad bien, amigos, ácia donde se inclina la balanza. Vēd ya el efecto de las pasiones, la ceguedad del entendimiento humano, y quán dificil es conocer la verdad quando se interesa en contrario el corazon.

30. Al modo que el Sol con la luz de sus rayos disipa por una parte la espesa niebla, y por otra al mismo tiempo levanta con su calor nuevos vapores, que forman las nubes y la tronada; así lo hizo con su respuesta Miseno. Mustafá quedó admirado de su prudente inteligencia, su entendimiento se aclaró, y vió la verdad; pero en Efigenia y en el Conde se conocia una turbacion que no podian disimular: Neucasis aumentaba la tempestad con el viento de sus lisonjas. Era preciso que el corazon del Conde en esta lucha y confusion de afectos descubriese en parte su corazon, por-

do lo oia Mustafá con grande gusto, y atraido de la suave conversacion de Miseno, le convidó con su tienda hasta el tiempo de partir á Armenia.

32. Entretanto Efigenia, el Conde y Neucasis forxaban una rebelion, temiendo que los discursos de Miseno frustrasen sus ideas; y como tres hogueras que ardiendo cada una con soberbio furor, si mútuamente se acercan y se comunican sus llamas, es doble su furia, y no hay quien pueda medir el atrevimiento de sus llamaradas; así le sucedió al Conde juntándose con Neucasis y Efigenia. Fué pues con alentados y libres pasos, con modo insolente y frase altiva, y llegándose á Miseno le dixo á presencia de Mustafá y de todos: yo voy á la guerra de Armenia, sea ó no sea justa, porque tengo fuertes razones para hacer esta campaña; y ya que el Cielo me ha dado mi libertad, á ninguno tengo que dar cuenta de mis acciones. Los consejos quando se

dan al que los pide, son prueba de la mas sólida amistad; pero ofrecidos al que no los solicita, son rusticidad intolerable é importuna. Ya estoy cansado de sufrir el austerísimo yugo de vuestra compañía, y ni yo necesito de ayo, ni vos, Miseno, teneis algun interes en gobernar pupilos. Os pido que de aquí adelante dexeis de criticar mis acciones; porque, sean éstas buenas ó malas, yo soy dueño de mi albedrío: quando yo tenga la osadía de condenar las vuestras, entónces tendreis derecho para reformar las mias.

33. Oyó Miseno la reprehension del Conde quando menos la esperaba: al principio se turbó un poco, y aquel rostro venerable se puso colorado; pero haciendo violencia á su corazon conmovido, se fué serenando poco á poco; y con ayre sosegado, semblante alegre y palabras pausadas, le dixo: amigo, si en vuestro tribunal se tiene por delito amaros verdaderamente, si es injuria hacer las posibles dili-

gencias por vuestro bien, hasta exponer la vida repetidas veces, yo me confieso culpable; pero no me arrepiento de esta culpa, ni prometo enmendarme. No solamente sois señor de vuestras acciones, sino tambien de vuestro corazon; por lo qual podeis aborrecerme y aun detestarme quanto quisiereis. Yo tambien soy señor de mi corazon, y á pesar de vuestra resistencia os puedo amar con el afecto constante que os prometí. Por amaros me desterré de mi sosiego: me suplicasteis que así lo hiciese para aconsejaros el modo de conseguir la verdadera felicidad, y os satisfice. Me negué á quien me buscaba para las honras, y me arrojé á las aguas sin mas fin que acompañaros en los trabajos. Os he seguido por mar y por tierra, y bien sabeis que ninguna de vuestras acciones me ha entibiado este amor. En Nicea pretendisteis darme la muerte, y yo os pagué con conservaros una vida que teniais perdida por vuestro delito; pero ninguna ofensa vuestra

fué capaz de retirarme del obsequio principiado. Ahora me cerrais la puerta á los nuevos testimonios que os ofrecia de mi sólida amistad, mas no importa: yo me contentaré con amaros generosamente, y hacer en vuestra ausencia por vos todo lo posible para que seais feliz. Quiero obrar de aquí adelante por solo el impulso de mi amistad, sin el agradable atractivo de vuestra correspondencia. Yo, hijo mio, sé que servir á un amigo es deuda, y amar á quien me ama es comercio; pero servir á quien me ofende, y amar á quien me detesta es practicar lo que Dios hace, y obedecer á la Suprema ley que así lo ordena: grande consuelo es poder obrar de este modo. Sabed que aun ahora os disculpo, porque vuestras pasiones os ciegan, y en esto mismo veo lo que yo hice contra el que me crió. Quando yo llevado de mis pasiones le insultaba, me enviaba los rayos de su Sol, y me bañaba con la deliciosa lluvia de sus beneficios: esta

lluvia ablandó poco á poco la dureza de mi corazon, y éste se acabó de derretir con el suave calor del Sol divino. Así lo hizo conmigo el que formó mi alma, y ahora es razon que ésta imite al que la crió: lo mismo haré yo con vos. Hijo mio, no os pido que me ameis, que aun sin eso os amaré yo como hasta aquí. Esteis cerca, ó esteis léjos, siempre os seguirá mi alma, y á fuerza de ruegos obligaré al Cielo á que me oiga. Trabajaré por hacer feliz á un desgraciado, y seré muy venturoso si lo consigo, y aun quando no lo consiga, seré muy dichoso en proseguir en la empresa con constancia, porque mi felicidad no pende de la vuestra sólamente, pende de los auxîlios del Cielo y de mis acciones. Permitidme este abrazo, y me retiro.

34. Se derrite con el fuego el duro metal, y á proporcion se endurece el barro blando; tal fué el efecto que las palabras de Miseno hiciéron en los oyentes. El Conde, aunque de genio dócil, por estar

corrompido con la pasion, se endureció, y entró en furia: Efigenia se quedó cortada y suspensa. Mustafá se enternecia admirando un corazon tan noble, y de modo de pensar tan generoso. Miseno no podia reprimir las lágrimas quando iba á abrazar al Conde: se le salia el alma por los ojos; pero el Conde altivo, duro y descortes le recibió mas frio que el yelo, y se retiró con Efigenia. Viendo esto Mustafá lo extrañó mucho, y empezó á suplicar, á instar y á importunar á Miseno sobre que le dixese quién era; mas él le respondió con urbanidad y sonriéndose: yo soy un hombre de bien, que salió por el mundo á aprender á serlo á costa de experiencias y trabajos: no me admiro del modo con que me trata el Conde, porque estoy acostumbrado á esto: me compadezco de verle arrastrado de sus pasiones, y estoy previendo algun fin desastrado. No me escandalizo; pues si yo tuviera tan fogosas las pasiones, y tan poca experiencia como él, puede ser que

cayese en los mismos desaciertos: por temor de que se pierda le acompañé, y si él no necesitara de mis auxilios, no hubiera yo emprendido esta jornada. Aquí es donde mas se admiraba el Turco, viendo que así en la ausencia del Conde, como en su presencia hablaba Miseno con la misma ternura y el mismo amor, y de aquí inferia quán superior á los demas era aquel hombre, que de tal modo habia domado sus pasiones, como si no las tuviese. Queria continuar la conversacion con él, pero oyendo la señal de que las tropas se pusiesen en movimiento, le fue preciso retirarse, y se quedó Miseno solo, entregado á sí mismo, y en pais desconocido y bárbaro.

35. Parte el Conde con Efigenia á seguir su destino: el Sultan le tenia siempre á su lado, y se servia de él con estimacion particular. Su gentil presencia, su modo agradable, su actividad para todo, y aquel ardor militar que brillaba en su rostro y en sus conversaciones, tenian encantado al So-

berano. Le servia Neucasis de escudero; y como tal servia tambien á Efigenia, la que disfrazada con el nombre y trage de soldado, nada desmerecia en la estimacion de sus capitanes. Poco á poco fué Neucasis, como confidente de los secretos, entrando en la estimacion de esta dama, porque tenia arte singular para observar el flaco de cada uno, y para introducirse en el corazon sin sentirle. Quando hablaba Efigenia, la elogiaba con cierta fingida reserva, dando á entender que no decia todo lo que conocia; y encareciéndola las prendas del Conde se lamentaba de que no fuesen tantas como ella merecia. A cada paso fingia mil peligros, en que ya estaban para descubrir su disfraz; pero que él la habia librado con su industria. Esto lo executaba con tal arte y maña, que llegó á cautivar tanto á Efigenia, que ésta para corresponder á Neucasis le fiaba todos sus secretos. Son los zelos hijos del amor; y á proporcion que Efigenia se dexaba llevar de su pasion

al Conde, la devoraban las entrañas los negros zelos y temores, de que distraxese al Conde de su amor lo mucho que le estimaba el Sultan. Neucasis no perdia carta con que pudiese ganar baza, y así avivaba los zelos de Efigenia, en vez de disiparlos, y lo mismo hacia con el Conde: de este modo iba poco á poco, y con industria debilitando en ella la fidelidad con que le amaba. Al Conde le decia: observad y vereis que el deseo de volver á su patria la obliga mas á este disfraz que vuestro amor; y temo que apénas vea ella sus Estados se olvidará de vos, y os dexará. En estos y otros enredos se ocupaban todos tres, marchando á paso lento con las tropas.

36. Miseno se veia solo y agitado de todas las pasiones, en cuya sujecion trabajaba siempre: tomó el camino de la Tierra Santa, por ver si en aquellos lugares, que la religion venera, hallaba alguna soledad en donde acabar sus dias.

EL FELIZ.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

SUMARIO

DEL LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

Se descubre el delito de Efigenia, y puesta en la cárcel reconoce que su trabajo es castigo del Cielo por haber apostatado. Va Miseno á consolar al Conde, y éste le despoja de sus vestidos, y sale disfrazado, dexándole en la prision. Miéntras consuela el Héroe á Efigenia, van tres falsos testigos á acusarlos. Los llevan al suplicio, y quando ya está para executarse, conoce el Sultan la inocencia de Miseno, y perdona á Efigenia. Vuelve el Conde á la gracia de Miseno, y éste hace una descripcion de la luz de la razon. El Angel protector de Polonia con los principales Santos de este reyno, hacen presentes los votos de los Polacos delante de Dios, y salen bien despachados. Va el Rey de Ungria á la Tierra Santa, y Miseno instruye á Efigenia en las santas máximas.

Generosa constancia de Miseno y Efigenia á la vista del Suplicio.

N. Cobo sc.

LIBRO XXII.

1. Luchaba consigo mismo Miseno, caminando solo y pensativo: su entendimiento, su honor y su corazon delicado repugnaban á las repetidas injurias que le habia hecho el Conde. No obstante, levantando sus pensamientos al Cielo, y pidiendo auxilio al Omnipotente, se hallaba señor de sí mismo; y se animaba á combatir con todas sus pasiones, hasta lograr perfecto dominio sobre ellas, que era la circunstancia indispensable para su completa felicidad.

2. Si yo, decia él, pudiere librar al Conde del precipicio á que va caminando, todavía seré mas dichoso, por impedir la agena infelicidad. A lo ménos podré con mi diligencia disminuirla ó retardarla, y así no trabajo inútilmente. Es verdad que no puedo todo lo que quiero, ni mi brazo es igual á mi

corazon; pero al fin debo obrar segun las fuerzas con que me asiste la mano Soberana, y lo poco ó mucho que yo hiciere será bastante para cumplir la ley de Dios, que me manda tratar al Conde como á hermano, y como á miembro del mismo cuerpo, á que yo tambien pertenezco. Haga él lo que hiciere, nunca dexa de ser hombre é hijo de Dios como yo; y quanto él sea mas inconstante, y mas se dexe arrastrar de sus pasiones, tanto mas necesita de socorro, y así no debo negársele. ¿Por ventura consentiré yo que en este combate, que ha mucho tiempo principiamos, triunfe él de mí por mi cobardía, flaqueza ó cansancio? Esto no es decente, y aun quando yo no salga victorioso reduciéndole al buen camino, por lo ménos no huiré de la batalla. Así se animaba Miseno encendido de la llama celestial, que siempre le abrasaba las entrañas desde aquel momento feliz en que hallando las santas Escrituras habia be-

bido en ellas unas máximas que nunca supo enseñar la mundana filosofia. Méntras él así pensaba se hallaban muy satisfechos Efigenia y el Conde, siguiendo el camino de Armenia, con ánimo de apartase de él en parage oportuno, porque tenian dispuesto huir del exército, para ir á los Estados de Efigenia.

3. No pudo esconderse al Sultan la ausencia de su esclava, hallándola de ménos: al cuidado se siguió la diligencia, y á ésta el conocimiento de su disfraz. En conseqüencia de esto la persiguen los Ministros de Soliman hasta llegar á reconocerla vestida de soldado en la Compañía de Mustafá; y atribuyendo al Conde el delito de haberla persuadido, lleváron á los dos con esposas á Iconio. Qual viento furioso, que al principio se siente sordamente á lo léjos, hasta que poco á poco se declara en uracan furioso; así el rumor de este delito alborotó en un instante toda la Corte. Soliman no acertaba á imaginar tormentos con que vengar su

afrenta: las demas esclavas ó concubinas miraban como injuria comun la infidelidad de Efigenia; tanto que para merecer mas la gracia del Príncipe, le exâgeraban el horror que las causaba aquel atentado, y pedian con instancias que se las permitiese castigar por sí mismas el delito de la compañera.

4. El Conde estaba incapaz de consejo; y se desesperaba en la prision contra Efigenia, como causa de su desgracia. No ignoraba que se le preparaban los tormentos mas horribles, y en vez de animarse, se abandonaba á las pasiones mas indignas de un hombre de bien, quales son, el miedo, la rabia, y el deseo de escapar de la muerte, aunque fuese por el medio mas indigno.

5. Efigenia, por el contrario, reconocia el manifiesto castigo del Cielo por haber renegado de la fe, dexando el christianismo por la ley de Mahoma. Habia preferido agradar mas al Sultan, que al Ser supremo que la habia criado, y vién-

dose ya perdida queria penetrada de dolor lavar su culpa á lo ménos con sus lágrimas: levantaba en silencio los ojos al Cielo, y al punto los baxaba confusa por no atreverse á mirar al Señor que habia ofendido; pero esta confusion le agradaba mucho á Dios, y sus voces reconcentradas en el corazon subian en secreto al trono de la Divinidad. Hacian los dos presos un admirable contraste; porque el Conde todo era cólera y furor, y Efigenia toda compuncion y paciencia. Blasfemaba el Conde contra el Cielo, y queria quitarse la vida: Efigenia se resignaba enteramente como víctima de la justicia Divina: el Conde acusaba al Cielo de injusto; y Efigenia solo á sí misma se condenaba.

6. Acudió Miseno por haber oido el suceso: va á la prision, pide, insta, y compra de los guardas con dádivas el permiso de entrar en la cárcel. No iba con ánimo de dar en rostro al Conde con el orígen de su desgracia, por no

ser razon afligir al afligido: solamente queria animarle á sufrir la muerte con valor, en caso de no poder evitarla: al mismo tiempo se ofreció á practicar con el Sultan quanto le fuese posible. Quedó el Conde algo sosegado, y salió Miseno á trabajar en la empresa.

7. Entónces, de lo profundo de los abismos salió por decision de las Furias el espíritu de la *Mentira*, el que inspiró á Neucasis el pensamiento mas horrible que se puede imaginar. Llegó á hablar al Conde, y le aconsejó que despojando á Miseno de sus vestidos escapase disfrazado con su trage engañando á los guardas. Dudaba el Conde dexar á Miseno expuesto al castigo que él merecia; mas al fin ya no pareció tan horrible esta traicion á su corazon corrompido. Prevaleciéron en él el amor á la vida, el temor de los tormentos, y la persuasion de Neucasis: esperó á que volviese Miseno, repitiendo los oficios de amigo, para executar con él la mas abominable ingratitud. En-

tra pues Miseno; y el Conde le estuvo escuchando triste y silencioso, hasta que resuelto se levantó como una furia, y le despojó con violencia de los vestidos. No resistió Miseno, ni dió voces, por no ser causa de perder al Conde, y solo le dixo con ánimo sosegado, miéntras le despojaba: no es ésta, hijo mio, la primera vez que me expongo á la muerte por salvar vuestra vida; y á lo ménos si con esta fineza os merezco que tomeis mis consejos, moriré contento. Al ver Efigenia este lance cayó desfallecida, asombrada igualmente con el horror del delito, y la heroicidad de la virtud.

8. Por último el Conde echó por tierra á Miseno, y salió de la cárcel al abrigo del engaño: no tuvo Miseno otro remedio que el de cubrirse con los vestidos del Conde. Entónces á vista de semejante caso miró Efigenia á Miseno, y le confesó compungida su culpa, reconociendo que la mano de Dios la castigaba por su infidelidad. Declaró

fielmente toda su intriga desde el principio con el Conde, y quáles eran sus intentos, pidiendo al mismo tiempo consejo para aplacar la ira divina en órden á que á la infelicidad temporal no se siguiese la eterna. Hablaba Efigenia mas con lágrimas del corazon que con palabras: Miseno compadecido, sentia mas la aflíccion agena que el peligro propio; y viéndola con tan sincero arrepentimiento de su delito, la animó de este modo:

19. Tened ánimo, señora; porque vuestra causa está en manos del mejor Señor que pudierais desear, si os pusierais á fingirle. El que os ha de juzgar es el Dios de la verdad; y la misma Razon eterna que le hace detestar vuestra culpa, no le consiente despreciar vuestro arrepentimiento. Efigenia infiel, es en su divino tribunal un objeto horrible; pero Efigenia contrita y postrada delante de Dios pidiéndole perdon de su pecado, es un objeto agradable en sumo grado. Dios, señora, es inmutable, y

ve las cosas como ellas son, y quando una criatura se convierte, su misma inmutabilidad le hace trocar la indignacion de su ira en amoroso agrado; porque es imposible que le agrade lo malo, ó que desprecie lo que es bueno. Ya no sois lo mismo que ántes erais, y por consiguiente no es Dios para con vos el que ántes era. Quando le ultrajabais, estimando á los hombres mas que á él, era Dios vuestro enemigo; pero ahora que os postrais á sus pies con un corazon arrepentido, ya es vuestro Padre amoroso. Confesad de corazon la fe del bautismo, y el Cielo recibirá vuestra muerte, si es caso que la padezcais, como una satisfaccion por vuestras culpas, y así sereis eternamente feliz. A estos discursos iba Miseno añadiendo otros muchos con los que Efigenia inflamada en amor divino juró á los Cielos que jamas faltaria á la palabra que daba á su Dios, y que sufriria contenta los mayores tormentos si el Señor los quisiese recibir

en satisfaccion de su infidelidad pasada, y se dignase volver ácia ella su agradable y amoroso rostro.

10. El pérfido Conde para que no le buscasen, añadió á la primera maldad otra mas atroz y abominable. Se fué á ver con el Sultan, que aun ignoraba quien era el compañero de Efigenia en su delito. Empezó su razonamiento al Príncipe por las mas finas expresiones del afecto que le profesaba, por haber recibido de él tan singulares favores, y continuó diciendo, que con el mayor sigilo le iba á confiar la noticia mas importante; y dixo el pérfido: Miseno, señor, por aquel espíritu de fanatismo, en que le tiene su rígida filosofía, sabiendo que Efigenia habia sido de su misma religion, y que por vuestras gracias la habia abandonado, se horrorizó tanto de esta resolucion que la persuadió á que huyese disfrazada en trage de soldado, y me suplicó que la acompañase miéntras él, tomando otro camino, la iba á esperar á Palesti-

na para entregarla á sus parientes. Yo, que no pude aprobar semejante infidelidad, traté con sequedad á Miseno: buen testigo es Mustafá, que como ignorante del motivo sé que se escandalizó de mi grosería, porque yo no me atreví á descubrir la causa de mi enojo, por ser tan fea en sí misma, y ántes elegí cargarme con la nota de desatento, que manifestar el delito de mi amigo. Miéntras marchaba el exército hice quanto pude por persuadir á Efigenia que volviese á vuestros brazos, mas no fué posible: tan fuerte fué la persuasion de Miseno, que siempre insistia tenaz en el sistema de volverse á su Religion. Apénas supo él que estaba Efigenia presa, fué á la cárcel á confirmarla en su propósito: allí los dexé yo, y vengo con bastante sentimiento á delataros el mayor amigo que he tenido en mi vida; porque para mí es mas sagrado el respeto y amor que os debo, y lo que se merece la verdad.

11. Se acordó entónces el Prín-

cipe de que Mustafá le habia hablado del Conde con desagrado por el modo áspero con que habia tratado á Miseno, y con esto se confirmó en lo que el mismo Conde le habia dicho. Le agradeció pues la fineza de sacrificar á su regia amistad la persona mas amada, y le prometió usar de la noticia de tal modo, que nadie llegase á sospechar quien habia sido el delator de Miseno y Efigenia. No bien salió el Conde, quando por su disposicion entran tres testigos de la mayor autoridad, afirmando que los dos presos no tenian otra conversacion que la de conservar su religion primitiva, aun á costa de los mayores tormentos, despreciando igualmente las caricias ó las amenazas del Soberano.

12. No rompe con mayor estrépito la mina quando llega el fuego, como salió furioso el Sultan con la noticia que le daban. Manda traer á su presencia los dos delinqüentes, y que entretanto se les preparase el suplicio acostumbrado

contra las concubinas infieles al Sultan, y los violadores de la honra del Soberano. Se encendió la hoguera; pero mayor fuego ardia en todo el Serrallo, porque las concubinas de Soliman miraban como afrenta propia la infidelidad de Efigenia. Cada una tomó su cántaro, como que todas por su órden y antigüedad habian de vaciar agua hirviendo sobre la cabeza de Efigenia, estando ésta enterrada hasta la cintura en la plaza pública. A un lado estaba el patíbulo para quemar á Miseno á fuego lento. Formáronse las tropas que se habian quedado en Iconio para acompañar al Sultan, el qual debia ponerse en marcha al dia siguiente: no se oian por todas partes sino clamores contra Miseno, como principal autor de aquella desgracia. Todos los partidarios de Efigenia, y admiradores de su hermosura, se mordian de rabia contra el instrumento iníqüo de su infelicidad. Ya por último presentan los guardas á Miseno y á Efigenia,

presos y con esposas en las manos.

13. Entretanto estaba el Conde al lado del Sultan; pero al ver los dos presos se le mudó el color, y se estremeció todo su cuerpo con el horror de su propio delito. El Sultan atribuia este efecto á la ternura con que habia amado á Miseno, y le dixo que se ausentase para no sentir tanta pena con el suplicio del amigo. Mas no salió tan apriesa que no advirtiesen Efigenia y Miseno que el Sultan le abrazaba cariñosamente al despedirse.

14. No se abate la cumbre del Olimpo quando en la falda de este monte se amotinan las tronadas, ni la blanda vid se mueve arrimada al vigoroso roble: así estaban Miseno y Efigenia, no obstante la alevosía del Conde. Caminaban los dos con ayre alegre, pasos sosegados, y con un semblante mas sereno que nunca; tanto, que todos se admiráron, y se pasmó el mismo Sultan. Venia Miseno, como si no le perteneciese nada de lo que veia;

pero sin afectar altivez ni desprecio. Iba Efigenia con notable modestia, sin miedo, y con nuevo resplandor de hermosura, bien que sin vanidad: con cierto ayre de señora, y sin la menor soberbia. De este modo iba arrebatando los ojos y los corazones de todos.

15. Les preguntan si confiesan al Profeta, y si juran la observancia del Alcoran. Efigenia declaró, que habiendo recibido el bautismo no trocaria la honra de ser mártir, aunque fuera por el cetro y corona de todo el mundo. Quando los hombres, decia, me la ofreciesen, vergüenza me daria ponerla en balanza con otra mejor corona que espero, quanto mas preferirla. No tardeis pues, compañeras, en abrirme la puerta por donde va á salir mi alma de la cárcel en que está encerrada: la puerta por donde al instante entrará en aquella felicidad eterna, de que solo me separa este breve resto de mi vida. Y vos, Príncipe Soberano, á quien amé indignamente, olvidada de mí

misma, sabed que no podeis dárme mayor joya que esta corona, ni corresponder mejor á mi afecto, que con quitarme la vida por semejante motivo. Yo no os he sido infiel, y esto lo juro delante de los cielos y la tierra: solo á mi Dios he sido infiel, y por eso muero contenta para lavar este delito con mi sangre. En quanto á Miseno, sabed que está tan inocente en el delito de mi fuga, como vos mismo. Nunca me habia hablado hasta que hoy me habló en la cárcel: jamas puse en él los ojos hasta que los abrí para ver mi delito; ántes bien le tenia un ódio tan entrañable que me devoraba el corazon, y así le detestaba: miéntras amaba la culpa, aborrecia yo á Miseno con furia y con horror, y tanto que llegué á maquinarle la muerte; pero hoy confieso que le debo la vida, y no la temporal, sino otra mejor que espero. No os atrevais, Señor, á castigar su inocencia; y pues él no es cómplice en mi delito, os pido que ántes dobleis en mí los supli-

cios, y que sufra yo el tormento de ámbos, porque mucho mas me afligiria ver padecer un inocente por mi causa.

16. Acabó Efigenia, porque la interrumpió Miseno, diciendo con un ayre noble y sosegado: no os canseis, Señora, por lo que á mí toca; pues si yo soy verdaderamente culpado en lo que mas irrita al Príncipe, ¿por qué me quereis privar de la honra del castigo? Es cierto, Señor, que no he concurrido para la fuga de Efigenia: esta es la pura verdad; mas he empeñado mis esfuerzos por confirmarla en la resolucion de volver á su Dios, de quien ántes habia huido. Ella habia dado su corazon al Dios verdadero, y despues por darle á vos se le negó inconstante é infiel. Conocio su yerro ántes que yo la hablase, y le detestaba: yo la animé, y ahora lo hago tambien en vuestra presencia. Así, Señor, si es delito cumplir la palabra que hemos dado á Dios, confieso que merezco mil veces la muerte, y os

pido que no me la detengais, ni me ahorreis tormentos ; pues quanto mas riguroso seais conmigo, mas piadoso y liberal será aquel Soberano por quien estoy pronto á padecer. Aquí me teneis, soldados.

17. El Sultan lleno de ira, y arrojando centellas por los ojos, manda que sin detencion se execute la sentencia: que arda Miseno en fuego vivo, y para esto se traigan los materiales que animen con mas actividad las llamas, para poder desahogar las que la cólera encendia en su pecho. Dixo, y todo está pronto. Ya Efigenia se ve enterrada hasta la cintura: ya las concubinas del Sultan vienen con toda ceremonia con cántaros de agua hirviendo en la cabeza para irlos vaciando sucesivamente sobre la infiel compañera: ya Miseno está junto á la hoguera de las soberbias llamas que amenazaban á las nubes, quando un súbito temblor corrió por todos los miembros del Sultan: un susto extraordinario se apoderó de su alma: teme, sin saber lo

que teme: el horror le está dando garrote al corazon, y él mismo no se conoce. Aquellas palabras que le dixo Miseno: *si es delito cumplir la palabra que hemos dado á nuestro Dios, confieso que merezco mil veces la muerte*, le estaban hiriendo en el alma; y ésta se las repetia interiormente, sin que pudiese olvidarlas. Afligido, inquieto, y todo turbado se volvia ácia mil partes en el trono: queria levantarse, y se quedaba en su primera postura; bien se advertia que su alma padecia grande tormento: manda en fin que todo se suspenda. El pueblo se admira, y son llamados los reos otra vez delante del trono: clama el Capitan de los guardias de parte del Soberano, que si alguno tiene que decir á favor de aquellos reos, venga á su presencia á declararlo, porque no era su intencion castigar á la inocencia. Entónces salen por entre las filas de las tropas formadas, los soldados que habian llevado á Efigenia, y haciendo mil reverencias al tro-

no al uso del pais, juráron por el sepulcro del Profeta, que aquel no era el reo, sino otro de mucho menos edad, á quien ellos habian preso y llevado á la cárcel; y que jamas habian visto á Miseno en el exército, ni hablar con Efigenia. Oyendo esto el Sultan se queda suspenso, pregunta y exâmina de mil modos; pero siempre halla la misma verdad. Entónces le dixo al reo:

18. No puedo menos de creeros, Miseno; porque yo, que os juzgaba delinqüente por haberme quitado esta esclava, veo ya vuestra verdad clara como el Sol. Pero vos, Efigenia, ¿qué disculpa podeis alegar de infidelidad tan torpe? Yo os estimé y amé con preferencia á todas las demas esclavas, y hasta ahora de ninguna he recibido semejante afrenta. Miseno ha probado su inocencia; mas vuestra culpa es tan notoria, que no da esperanzas de la menor excusa: no obstante, hablad si podeis en vuestro abono. Decia el Sultan es-

tas razones con una blandura que jamas se habia advertido en sus palabras. Admirábanse todos, y aun él mismo se admiraba de sí, porque no se conocia; pero solo así sentia refrigerio en su corazon.

19. Efigenia, saludándole del modo que estaba acostumbrada, le dixo: vuestro precepto, Señor, en vez de serme favorable, me es sumamente penoso: al presente quisiera mas vuestra ira que vuestra clemencia: no lo tengais por desprecio de vuestra benignidad, sino por confusion mia, por la culpa cometida contra el Dios que adoro, y por ver que solo con vuestra venganza podria yo satisfácer el haberle sido infiel; que á vos, Señor, nunca lo he sido. Me amasteis, es verdad, y yo lo conocí; y correspondiendo á la ternura de vuestro corazon, era tanta la del mio para con vos, que me olvidé.... ¡Ay Cielos, que fuisteis testigos de mi culpa, sedlo ahora de mi arrepentimiento! Me olvidé de mi nacimiento, me olvidé de mí, y has-

ta de Dios me olvidé por estimaros: ved, Señor, si os podia estimar con mas exceso. Dios es el que ahora me debe castigar, porque fué el ultrajado por respetaros yo á vos. Pero ya volviendo en mí, quise convertirme á mi Dios, y si resolveis castigarme, ponedlo en execucion, pues solamente así podré ser feliz y venturosa. No me retardeis esta gloria, quando solamente mi sangre podrá borrar una mancha que me hace horrible á los divinos ojos y á mí misma. Dexadme pues, Señor, ir al suplicio que tengo bien merecido; y diciendo esto, procuraba con esfuerzo ir ácia donde habia de ser quemada por las compañeras.

20. Entónces mudó el Sultan de semblante, y la dixo con blandura: si habeis sido infiel á vuestro Dios, éste es el que os debe castigar, no yo; porque no nació el Sultan de Iconio para vengar las injurias del Dios que no adora. A él disteis la palabra, ántes de conocerme á mí, y debiais cumplir-

la. Si me preferisteis aun á vuestro mismo Dios, no puedo quejarme, ántes bien lo debo mirar como obsequio, aunque excesivo. Volved pues, que yo os dexo libre: volved si quereis al Dios que adorais, id en compañía de Miseno: salid ámbos de mis Estados al punto; pero salid con honra y en paz. Esto dixo el Sultan, y al retirarse dió órden de que los dos fuesen bien tratados, y conducidos con toda decencia hasta la raya de sus dominios.

21. Habian huido por el mismo camino el Conde y Neucasis, temiendo que los buscasen para castigarlos si se descubria la verdad; pero quando al dia siguiente viéron venir á Miseno con Efigenia, se quedáron como aturdidos. No sabia el Conde qué partido tomar; pero su inconstante corazon le llevó fácilmente á postrarse sin hablar palabra á los pies de Miseno, y éste dominando sobre todos los movimientos de su alma, le abrazó y le levantó cortesmente sin

decirle palabra. Todo lo observaba el malicioso Neucasis, el que, con estar algun tanto tímido, siempre esperaba salir bien á fuerza de malicia y disimulo. Dudaba quál de los tres podria ser en adelante su apoyo, y no sabia á quien tomar por norte de sus acciones. Agradar á Miseno era lo mas seguro; pero le seria muy dificil representar por mucho tiempo el papel de la virtud, sin la qual era imposible agradarle. Ya veia que el Conde no podria tener el favor de Efigenia, pues observaba que ésta no podia fixar en él los ojos, y la daba horror solo el oirle. Era Neucasis entónces qual ave de rapiña, que perdida la presa se remonta y anda por los ayres observando lo que ha de ser objeto miserable de su crueldad.

22. Caminaban los quatro casi mudos: en el Conde el empacho, en Efigenia el arrepentimiento, y en Neucasis la malicia, producian el efecto que en Miseno causaba la prudencia; hasta que por

último rompió el silencio Miseno, por ver al Conde sumamente afligido, y le dixo así: no temais, hijo mio, que yo os aborrezca, ni que me acuerde de lo pasado para desampararos. Yo debo suponer que hoy he nacido quando el Cielo me ha librado de la muerte, y para en adelante reputo esta mi vida, como si Dios me enviase de nuevo al mundo. No es razon pues que una vida de milagro empiece por una accion indigna, qual seria la de vengarme por unas ofensas cometidas contra aquel Miseno que habia de perecer; porque éste que veis ya es otro: no tengais rezelo. Apagó Dios el fuego de la ira que habian encendido contra mí en el corazon de Robadin, ¡y habia yo de avivar en mi corazon las llamas de la ira para vengarme! No, hijo mio, nunca (y mucho menos ahora) me ha parecido laudable la venganza. Vuestros yerros no podrán justificar los mios. Obrad respecto de mí como quisiereis, que yo siempre debo se-

guir el pensamiento de trabajar por haceros feliz, ó por disminuir vuestra infelicidad. Quanto mas me ofendeis, mas necesitais de mis consejos: nunca el médico es inútil porque el enfermo se enfurezca contra él con la excesiva calentura que le consume, ó la fuerza del maligno frenesí que le quita el juicio.

23. Además de que en nada habeis impedido á mi felicidad: siendo ésta el fin único á que aspiro, no debo darme por agraviado: que los hombres me sean fieles ó ingratos: que me procuren la vida ó la muerte: que me vituperen ó alaben; nada de esto ayuda, ni impide que yo consiga lo que pretendo: por esto, para mí todo es lo mismo; y aun si os he de confesar la verdad, mas habeis concurrido, hijo mio, para mi bien que para mi mal; porque allá en mi soledad estaban tan sosegadas mis pasiones, que yo pensaba haberlas enteramente domado, y sujetado al imperio de la razon; pero ahora conozco que no lo esta-

ban del todo: estaban adormecidas, mas no domadas. Estos encuentros en que me he visto, y en que me pusisteis, las despertáron, y conocí que todavía estaban rebeldes; de tal suerte, que me fué preciso hacerme grande violencia para sujetarlas, bien que cada dia siento mayores fuerzas para contenerlas, y mi brazo con la lucha tiene mas vigor; por lo qual veo que las pasiones van cayendo poco á poco, y experimento sus movimientos menos fuertes, y sus gritos menos clamorosos: ya entienden mejor la voz de la razon, y la escuchan: ya sin atreverse á rebelarse, se contentan con lamentarse mudamente allá en lo mas retirado del corazon, llorando á escondidas. Ahora bien, no hubiera yo conseguido ninguna de estas victorias, si vos no me hubieseis dado campo para la batalla.

24. Os doy pues á vos y á todo el mundo la libertad de hacer lo que quisiereis (bien que lo mismo hariais sin mi licencia); por-

que yo espero conseguir que la fortuna y la desgracia tiren igualmente del carro de mi felicidad. Los buenos me servirán de exemplo para obrar como debo, y los malos de escarmiento para evitar los peligros. El mundo será para mí un espejo, que me sirva igualmente quando vea en él mi rostro bien formado, ó quando me descubra los defectos; porque la buena filosofía de todo sabe sacar utilidad: esto es por lo que me toca á mí. Pero si miro á vuestro propio bien, no puedo menos de afligirme viendo que no acabais de refrenar unas pasiones que á cada paso os pierden y os arrastran. Si vuestra misma experiencia junta con mis consejos no las refrena, temo vuestra última infelicidad.

25. Yo, dixo el Conde, no la temo, si me recibis en el seno de vuestra amistad, que indignamente he desmerecido: de aquí adelante primero pasarán las olas sobre el Olimpo, y se llenarán de yelo las entrañas del monte Etna,

que mis pasiones dominen á la razon. Este volcan interior que en mi pecho encienden, se ha de extinguir del todo, y no se manifestará ni por el humo. Os doy mi palabra de honor, que jamas vereis en mí delito que desmerezca vuestra amistad: olvidaos de lo pasado, que yo os libraré de lo futuro. En estas y otras protestas demasiado fuertes y falsamente seguras continuaba el Conde; y Miseno le escuchaba con prudencia. Mas no quiso que se separase tanto de la idea que debia formar de sí mismo, y sonriéndose le dixo con mucha suavidad: hijo mio, no puede el hombre hablar de sí con tanta seguridad. No me atrevo yo á decir de mí otro tanto, aunque la nieve de las canas enfria las pasiones, y la experiencia corrige los yerros. Ved lo que sucede á un hombre corpulento y pesado quando en alguna baxada escabrosa dexa caer todo el peso de su cuerpo sobre el frágil baston de una caña débil: ésta se quiebra, él cae y se

precipita, y sobre esto siente su mano herida y traspasada con las astillas de la caña (1). Esto es lo que experimentará el que se fie de sí en la inclinacion de las pasiones. Efigenia, no pongais en vos la confianza, si pretèndeis evitar la ruina, y cumplirme la palabra de buscar en el seno de vuestra familia, ó en los desiertos de la Palestina, algun abrigo á vuestros años, ó la defensa de los peligros en que ya ibais naufragando.

26. Cada vez me temo mas (dixo Efigenia, sin atreverse á levantar los ojos). No imaginé jamas que pudiese yo caer en tantos desórdenes: mi misma razon no acaba de creer lo que la experiencia me obliga á confesar. Busco algun asilo en mi desconfianza, y no le hallo, ni sé en donde defenderme de mí misma: decidme, Miseno, si es posible que reciba

(1) *Ecce, confidis super baculum arundineum confractum istum, super Ægyptum: cui si innixus fuerit homo, intrabit in manum ejus & perforabit eam.* Isai. 36. 6.

yo alguna seguridad en mi justo rezelo. En vuestro mismo temor la podeis hallar, dixo Miseno; porque rara vez cae el que desconfia y teme, y freqüentemente se precipita el que camina con demasiada satisfaccion. Los prudentes temen en los peligros, y como temen, consultan la luz de la razon, reflexionan y discurren; y así conociendo el bien y el mal con las conseqüencias del uno y del otro, aciertan con el camino de la felicidad. La doctrina que voy á daros, Efigenia, es sumamente necesaria para lo que me pedis, y para conseguir la verdadera felicidad.

27. La luz de la razon es un admirable don del Cielo, y una soberana guia para acertar el camino de la felicidad: escuchadla bien, y sereis siempre feliz. Esta luz es fiel, esta voz celestial nunca nos engaña: no penseis que la razon es opinion de hombres que está sujeta al capricho, á la variedad y al error; porque es una luz divina, y un eco de la eterna Ver-

dad que resuena en el cóncavo de nuestro celebro, y así no puede engañarnos. Ya teneis experiencia de que no podemos acallar, ni apartar de nosotros esta voz interior, lo qual es prueba de su superioridad sobre toda fuerza humana. Corra enhorabuena el libertino, dando á rienda suelta satisfaccion á sus pasiones: huya, vuele; pero á qualquier parte á donde vaya le irá siempre siguiendo el clamor de la *Razon*, y quiera ó no quiera, le ha de oir. Enciérrese en lo mas recóndito de su gabinete, tápese los oidos para no escuchar los discursos que le condenan, haga mil discursos á su favor; todo esto será inútil, porque tendrá que oir claramente la sentencia de la *Razon*, que le dice: *obraste mal.* Desprecie esta voz como una preocupacion del vulgo ó fábula de ignorantes, y písela con rabia; pero ella no cesará de condenarle con libertad y franqueza: trabaje en su entendimiento buscando disculpas, sude y fatíguese, esforzando todos los sofismas, em-

peñe las astucias mas ocultas de la eloqüencia, y dé garrote con toda su fuerza á esta *Luz de la Razon*: en vano se cansará, porque ella pisada, sofocada y oprimida dará mayores gritos, y se oirán mas claramente en lo íntimo del alma, pues su sentencia siempre es la misma, siempre es incontrastable, y siempre dice: *hiciste mal.*

28. ¿No ves, Efigenia, que esta voz no es puramente humana? Aquel tono soberano con que la *Luz de la Razon* sentencia igualmente á todos, manifiesta bien que es el órgano de la voz suprema y Divina. Al Príncipe ó plebeyo, al rico ó pobre, al poderoso ó desvalido, le hace venir la voz de la razon con el mismo tono absoluto á oir su juicio; y con sentencia decisiva y sin réplica le condena ó le absuelve. ¿Quién pues sino la voz Divina podria tomar un tono tan independiente y tan formidable, aun para los mismos Soberanos? Digan enhorabuena ciertos filósofos que la voz de la razon

es voz de la naturaleza : en esto soy con ellos ; pero repito la pregunta. ¿Quién fué el que formó nuestra naturaleza, y la dió esa voz ? Por su respuesta vereis que tienen precision de confesar que Dios, como Autor Supremo, nos dió esta voz de la naturaleza, y que la misma eterna Verdad es la que nos habla por el órgano de nuestra *Razon*. Consultadla pues, hijos mios, consultadla sinceramente, y vereis el camino de la felicidad. ¡Ay Efigenia! si la hubierais consultado bien no hubierais dexado la religion, la fe y la virtud ; mas no hablemos de esto, que ya caisteis en el error : perdonadme si mortifico vuestro corazon con esta triste memoria.

29. Entretanto que pasaba esto en Bitinia (1) estaban los espíritus malignos trabajando en Europa, y forjando en las cavernas

(1) Este era entónces el nombre de aquella parte del Asia menor, que ahora se llama Natolia.

subterráneas las ideas mas conducentes para triunfar de Miseno; pero el Angel, protector de este héroe, y el que Dios tenia destinado para defender la Polonia, se oponian vivamente á sus depravados intentos.

30. Ya por este tiempo los ánimos descontentos de la Polonia habian llorado su detestable inconstancia, y no obstante la virtud de Lesko, suspiraban por la presencia de Uladislao. La respuesta que les habia llevado el Embaxador solamente habia servido para encender mas la sed de gozarle, y ya que no fuese como Rey, querian que á lo menos volviese como ciudadano, ó como consejero y padre: efecto propio es de la sólida virtud que siempre el corazon llegue á desearla á pesar de su inconstancia, sucediendo lo que con la aguja, que se vuelve ya á un lado, ya á otro; pero al fin viene á fixarse en su norte.

31. Parte el Angel protector de Polonia, como mensagero fiel

á presentar los votos de aquel reyno en la presencia del eterno Ser: rompe de un vuelo las nubes, atraviesa todas las celestes esferas, y se presenta en la Corte Suprema. Allí convoca todos los buenos Príncipes que habian ceñido la corona de Polonia, con los ciudadanos de mérito, para que todos juntos hagan mayor fuerza en órden á impetrar del Altísimo el buen despacho de su súplica. Empezáron á subir por gradas de zafiros y esmeraldas varios Príncipes, y delante de todos llegó Mieceslao I., el que habiendo nacido ciego, recibió de Dios el beneficio de la vista (1), y agradecido hizo que todos sus pueblos, que doblaban ántes la rodilla á los ídolos, en adelante solo se postrasen ante el verdadero Dios. Le acompañaba á su lado el Conductor celestial, y ofreció al Altísimo los corazones de los

(1) A los siete años de su edad, habiendo nacido ciego, consiguió la vista cortándole el cabello.

pueblos, que por mas de dos siglos le habian adorado en todo aquel vasto imperio, por el buen exemplo de aquel Rey. A la mano derecha de Mieceslao venia su esposa *Dobrava*, hija de Boleslao, Rey de Bohemia, que le habia convertido de la idolatría con su fervoroso zelo por la religion católica (1). Siguióse Boleslao I., su hijo, que fué el modelo de los que aspiraban á ser perfectos, padre de sus vasallos en el trono, rayo y terror de los enemigos en la guerra, y exemplo de devocion para los pueblos en el templo. Seguíase Casimiro I., que brillaba sobre todos, por haber sido mas resplandeciente en la virtud, la que habia conservado en el claustro (2) y en el trono, en la vida y en

(1) Esta Señora consiguió que despidiese siete concubinas, y extirpó la heregía con el auxilio de los Misioneros que la envió el Papa Juan XIII. en el año 965.

(2) Casimiro, biznieto de Mieceslao I. fué Monge en Cluni, y murió en opinion de santidad.

la muerte. En lugar del infame Boleslao II., aquel que habiendo sido el Alexandro de Europa, dando y quitando reynos; el terror de los vecinos, el encanto de los vasallos, y la admiracion de todos, se hizo despues, por entregarse á los impuros deleytes, el horror de Dios y de los hombres. En lugar, digo, de este Príncipe infeliz, venia San Estanislao, Obispo de Cracovia, á quien él martirizó por haberle reprehendido (1). Por último se seguian todos los otros Príncipes que por sus obras mereciéron el agrado del supremo Monarca, y todos pidiéron que Uladislao, que an-

(1) Boleslao II. para perder á San Estanislao, Obispo de Cracovia, hizo ponerle demanda sobre un campo que tres años ántes habia comprado, y por haber muerto el vendedor no tenia el Obispo prueba suficiente; pero confiando en Dios, citó al vendedor difunto, y éste fué siguiendo al Santo desde la sepultura á vista de todos, y confesó que él habia vendido el campo. Por dos veces mandó Boleslao asesinar al Santo, y Dios le libró milagrosamente. Por último el mismo Boleslao II. le mató á puñaladas. *Anecdot. de Polonia en* 1077.

daba peregrinando en el Asia, fuese restituido á Polonia.

32. Toda la Corte celestial acompañaba con los deseos á las súplicas de aquellos Monarcas, que puestas en tierra las coronas, con las cabezas inclinadas, y llenos del mas profundo respeto, esperaban la decision del Altísimo. Entónces un Serafin supremo les anuncia de parte del Señor que sus oraciones han sido oidas, y que presto verian cumplidos sus deseos. Resuenan en todas las bóvedas celestiales las divinas alabanzas con acciones de gracias, y sin cesar se entonaban y repetian perpetuas *Aleluyas*.

33. En este momento va una *inspiracion* del Ser supremo á despertar la floxedad del Rey de Ungría, el que prefiriendo las delicias del tálamo á la gloria de la religion, fió este cuidado al valor y virtud del Conde de Moravia, siendo éste mas proporcionado para las diversiones ociosas, que para los trabajos y peligros de la guerra. Tan fuerte remordimiento sintió, que no

pudo resistirle, aunque estaba tan entregado al regalo y las delicias. Consulta con su confidente Brancman, cuya figura habia tomado la Furia infernal para la engañosa embaxada del Conde. Calló el valido, no queriendo aconsejarle en un punto tan delicado; pero el Soberano se resolvió á partir, dexando en sus manos la Regencia del reyno (1).

34. Proseguia entretanto Miseno su camino á la Tierra Santa, no solo por acompañar al Conde, que se hallaba mas resuelto que nunca á borrar con su sangre y sus proezas la memoria de los delitos pasados, sino tambien por llevar á Efigenia al lugar de su destino, sirviéndola al mismo tiempo de guarda de su virtud, y de la decencia de su sangre. Poco á poco se iba insinuando Neucasis en el áni-

(1) Aquí se toma el autor la licencia de anticipar algunos sucesos que fuéron posteriores, como se ve practicado en otros poemas, la *Eneida*, por exemplo, y la *Jerusalen conquistada*.

mo de Efigenia, viendo que solo de ésta tenia que esperar, por ser Princesa, y caminar á sus Estados.

35. El espíritu de la *Envidia* se introducia sordamente en el corazon del Conde, no desistiendo las Furias infernales de la empresa: cada vez le parecia mas horrorosa la figura de aquel Neucasis, que habia sido su íntimo amigo; porque es propio de los corazones apasionados volverse como las veletas de las torres, segun se muda el viento de la pasion: muy al contrario de lo que sucede á los que ponen la mira en el sólido merecimiento; los quales no se mudan aun quando varíen las circunstancias, y falte la fortuna. Iba Miseno instruyendo poco á poco á Efigenia en las máximas que debia seguir para alcanzar la felicidad verdadera, y ella las combinaba con los dictámenes de la religion, hallando en todo una armonía admirable. Esto era por lo comun la materia de la conversacion de aquellos dias, miéntras caminaban á la Siria todos

quatro, bien ignorantes de lo que estaba determinado en el Libro de la Eternidad.

EL FELIZ.

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

SUMARIO

DEL LIBRO VIGESIMOTERCIO.

Zeloso el Conde porque Efigenia recibia con agrado los servicios respetuosos de Neucasis, le quita la vida en desafio. Miseno llega, aunque tarde, al lugar del desafio, y viéndole con la espada del difunto en la mano, todos le tienen por homicida: le prenden, y le llevan con tumulto. Entre tanto huye el Conde, y se encuentra con el Obispo de San Juan de Acre, tio de Efigenia. Una palomita blanca aparece sobre la cabeza de Miseno, y conocen todos su inocencia. Van el Héroe y el Obispo á ver á Efigenia, y está asombrada con la novedad se desmaya. Vuelve Miseno á Bitinia, se encuentra con el Conde y le trata con urbanidad. Explica tres géneros de amor, el de Compasion, *el de* Benevolencia, *y el de* Amistad. *Pasa el Conde á Constantinopla, y Miseno se queda en el Asia.*

Lib. XXIII.

Mata el Conde á Nerasis en desaño, y llega tarde Miseno á socorrerle.

M. Navarro sc.

LIBRO XXIII.

1. Los ojos del supremo Monarca desde el altísimo trono en que se manifiesta, se inclinaban agradables á Efigenia, que ya estaba totalmente convertida, sirviendo de basa á su heroyca resolucion la pasada infidelidad. Ya respiraba desde que se vió libre de la esclavitud en que la puso la pasion del amor; y la nobleza de su sangre la infundia espíritus generosos. Como el águila real que rompiendo el lazo en que se vió presa, se remonta mas y mas sobre las nubes, mirando con horror el lugar en que habia peligrado; así Efigenia, aunque veia mudado al Conde, no le podia ver sin íntimo desagrado de su corazon; pero al mismo tiempo admitia cortés la conversacion de Neucasis, porque le necesitaba por la delicadeza de su sexô, lo dilatado de la jornada, y la aspereza de los caminos.

2. Hervia en el pecho del Conde una sangre negra y requemada con los zelos: cada palabra que hablaba Efigenia á Neucasis era para él una lanza, y cada mirada una saeta. Empieza su entendimiento á ofuscarse, y su memoria á perderse: se olvidó de todo lo pasado: sus promesas, la doctrina de Miseno, y la experiencia propia, todo huye de su memoria. Va espesándose sensiblemente la niebla de su entendimiento hasta hacerse una nube negra, que despide relámpagos, resuena en truenos, y dispara rayos y centellas. Ya empieza á mudar de semblante, y á torcer los ojos, sus oidos adulteràban las palabras que oia, y su ánimo las daba un envenenado sentido: abierta una vez la puerta de su corazon á la Furia de los *Zelos*, todas las demas entráron de tropel, y ya su alma no era señora de sí misma. El ódio, la venganza, la ira, los engaños, las sospechas, rezelos y amor, la traian en un continuado remolino:

ya la impelen, ya la levantan, ó ya la abaten: unas veces la muerden, otras la hieren, otras la despedazan, y la pobre alma no cesa de gemir.

3. Quando los demas descansaban del trabajo de la jornada con el favor de las tinieblas, salia el Conde por los campos y bosques á dar rabiosos ahullidos entregado á la *Desesperacion* y á los *Zelos*; hasta que al fin una mañana resolvió desafiar á Neucasis para que en el duelo disputase el derecho al corazon de Efigenia, que con alevosía le habia robado. ¿Para qué quiero una vida, dixo, que me sirve de tormento? Venza yo ó quede vencido, que así se acabará este infierno: si muero cesará esta pena, y si vivo no tendré quien me la cause. Dicho esto, fué á provocar á Neucasis, sin atender al consejo que la luz de la Razon le daba como en un relámpago.

4. El favor imaginado de Efigenia tenia á Neucasis soberbio, y sobre lo astuto y vil le habia aña-

dido lo insolente; y así triunfaba con vanidad de la desgracia del Conde. Aceptó pues el desafio, y fuéron á un bosque que estaba cerca á disputar con la espada la razon que ninguno de los dos tenia. Por una parte se veia el furor, por otra la sangre fria y la destreza. Era el Conde la viva imágen de Marte: quando paraba era su brazo una roca, quando partia era un rayo. Neucasis ligero, pronto y astuto leia en los ojos del Conde quanto éste premeditaba para guardarle el golpe: hacian en un instante mil movimientos, y era inevitable el peligro por una y otra parte. La horrorosa *Muerte* con sus alas de murciélago andaba volando por el campo del combate, indecisa sobre quál de los dos habia de ser el blanco de su tiro, porque á los dos combatientes amenazaba su fatal guadaña: por un lado la impelian la *Cólera* y el *Valor*: por otro la *Astucia* y la *Destreza*. El Conde ciego y furioso no veia su propia sangre, ni sentia las

heridas: Neucasis atendia mas á evitar las suyas. Se recreaba la Muerte con una lucha que la estaba preparando la presa; y al fin con aquella fuerza inevitable, á la que no hay brazo que resista, arrojó sobre Neucasis el fatal instrumento: quando mas engañado estaba de sus pensamientos, al correr la espada erró el golpe, y se clavó en la de su enemigo: al punto cayó en tierra. Respira victorioso el Conde, y sacando de aquel malvado corazon el mortífero hierro salió envuelta en sangre negra el alma palpitante, que furiosa y desesperada fué á precipitarse en los abismos. El Conde lleno de vanidad dió al rededor una vuelta, semejante á la que da orgulloso el gallo (1) quan-

(1) Entre todos los vivientes no hay otro que cante la victoria con mas vanidad que el gallo. En Inglaterra se crian los mas valientes, y apostando cada dueño á favor del suyo se atraviesan grandes intereses: lo mas particular es que el gallo vencedor canta muy orgulloso sobre el cadáver del vencido, y aun sucede tambien morir el que ha vencido, en acabando de cantar.

do ha vencido á su enemigo, y ufano con la victoria canta sobre su cadáver.

5. Al volverse envaynando la espada teñida de la caliente sangre dió con los ojos en Miseno, que ya advertido del desafio venia volando á evitarle, y aun llegó á ver desde léjos dar el golpe mortal, y viendo caer al infeliz corria á darle socorro. Bien habia visto al Conde, mas no le quiso mirar. Estaba viendo al vencido luchar contra la tierra, y que salia á borbotones la sangre por la herida: sus ojos ya difuntos, abiertos y espantados parecia que estaban vivos, y que su boca trémula arrojando espuma amenazaba todavía á su contrario. En este estado le abrazó Miseno, y sentándose en una piedra le puso como pudo sobre sus rodillas para llamarle (si fuera posible) á la vida. Se le cayó el brazo ya exângüe, pero manteniendo aun la espada con tal tenacidad que no queria soltarla. Le llama Miseno repetidas veces, unas por su

nombre, otras con el dulce título de amigo; pero no responde Neucausis: ya los abismos tienen encarcelada su alma, el yerto cadáver ha perdido todo movimiento; y así pesado y pálido cayó resbalando de las rodillas. Con trabajo consiguió Miseno sacar de su mano la espada, y entónces sin saber qué hacerse, levantando ántes los ojos al Cielo para pedirle su auxîlio, se entró en un vecino bosque lamentando la desgracia de sus semejantes.

6. Miéntras el reyno subterráneo estaba alborozado con el nuevo huesped, salió furioso el espíritu de *Error* por aprovechar aquella ocasion de perder á Miseno: convoca la plebe, y concurre todo el pueblo á ver el campo del desafio, y el cadáver del infeliz: vieron muchos á Miseno inclinado sobre él, y que se retiraba con la espada ensangrentada en la mano, y con los vestidos llenos de la misma sengre. El *Error* les hizo creer sin exámen que habia sido el agre-

sor y pintó en la imaginacion de cada uno el motivo, dándole todo el color de la verdad. Pasa de boca en boca la mentira, acreditada con el testimonio universal del pueblo: nadie se atreve á dudar, solo porque los demas no dudan. *Muera, muera el asesino*, clamaba la gente; y siendo ya tumulto el concurso, paró en confuso motin. Estaba Miseno lleno de suspension junto á un árbol, y con la espada en la mano, hablando consigo mismo, y todo ocupado en la perdicion de Neucasis, la desgracia del Conde y los trabajos en que á cada paso le ponia: los comparaba con el sosiego que ántes de conocerle gozaba, y en esta confusion estaba discurriendo qué haria.

7. En esta postura le halláron, con la cabeza sobre el brazo y recostado en el tronco de un roble: absorto y pensativo le viéron y prendiéron, sin que hubiese sentido cosa alguna hasta que le derribáron en tierra. Esta suspension, decian, es efecto del horror

que le causa el haber cometido un delito tan abominable: á un juicio preocupado todo le parece prueba. No le diéron lugar para hablar una palabra quando le llevaban preso y maniatado: tanta era la griteria y las injurias que le decia el pueblo; pero él mudo y callado se iba diciendo á sí mismo: mas feliz es mi suerte que la del Conde y la de Neucasis. A tí, Uladislao, no te condena el Ser supremo, ¿qué importa pues que los hombres te acusen? Miéntras estés inocente en el pais de la verdad, ¿qué importa que parezcas criminoso en el de la mentira? ¿Qué mal te puede suceder? ¿que te quiten la vida? Así te ahorrarán los dolores de una larga enfermedad, y los tormentos de la medicina á que tus años naturalmente te conducen: te libras de los desórdenes de que es capaz tu libertad, y estos son los que pudieran hacerte infeliz y desgraciado. No puede suceder al hombre cosa alguna mas gloriosa que morir inocente. Por toda la eternidad habré de ser lo que sea en el úl-

timo instante de mi libertad. Es la muerte un clavo que fixa para siempre aquel estado en que cada uno muere. Si yo acabo mi vida trabajosa, siendo inocente á los ojos de Dios, sé cierto que seré eternamente dichoso: ¿qué cosa mejor me puede acontecer? Así se decia, y sonriéndose miraba con agrado á los que le llevaban á la cárcel; y esto era lo que notablemente admiraban. Entre tanto Miseno, aunque no confesaba el delito, no le negaba claramente, dando tiempo para que el Conde pudiese retirarse; porque no queria comprar su reputacion y su vida propia á costa de la muerte agena.

8. Sabe Efigenia el caso, y va corriendo al lugar del conflicto: ve á Neucasis muerto, oye decir que llevaban preso á Miseno, y que el Conde, único autor de tantos males, habia huido: rompe con ímpetu por entre la multitud, así como el Sol penetra por entre los estorbos que le ponen las nubes. No iba Efigenia con el adorno correspon-

diente á su sangre, ni con la pompa que á su estado convenia; y no obstante respetaban en ella un no sé qué de grande que brillaba en su persona. Deteneos, dixo, no culpeis al inocente, que no ha sido ese el homicida. ¿Cómo no, gritó la plebe, si todos le viéron cometer el homicidio? Tal vez le haria por vuestra órden. Quien quiera que seais, señora, ese proceder os condena á vos, y á él no le justifica; pues pareceis la autora del delito, retiraos no sea que os envuelvan en la misma sentencia y castigo. *Oigame el Dios de la verdad, á quien solo llamo por testigo*, dixo Efigenia levantando los ojos al cielo; y derramando por ellos el corazon, se retiró. Pero si su corazon se derretia con la fuerza de la afliccion, salia en lágrimas tan ardientes que abrasaban su encendido rostro.

9. No dexó de hacer alguna impresion en el pueblo este encuentro de Efigenia; mas estaban todos tan preocupados de que Mise-

no habia cometido el delito, que juraban que lo habian visto. Entre tanto Efigenia encerrada en su aposento, y postrada delante del Eterno, le dixo:

10. No tiene la que es tierra y lodo vil mérito alguno delante del Ser supremo é infinito: así lo confieso, señor, ¿pero á quién podrá recurrir un corazon afligido, sino á aquel que le formó? ¿Quién protegerá la inocencia sino aquel que la conoce? ¿Quién la favorecerá sino el que la estima y ama? En la vasta multitud de entendimientos solo el vuestro, Dios mio, conoce la pura verdad: solo Vos la amais con desinteres; y así estoy muy cierta de que habeis de salir á su defensa. Vos no necesitais que yo os apunte los medios; porque ni vuestra ciencia tiene término, ni vuestro poder tiene límites. Espero, Señor, aunque no sé cómo, que habeis de acudir á la inocencia: mas descanso en Vos, que descansaria en mí misma si estuviera en mi mano defender á Mi-

seno; porque Vos, Señor, sois infinitamente mas justo que yo, y conoceis y amais la verdad mucho mas que yo. Esto dixo bañada en las mas ardientes lágrimas; y levantándose alegre y llena de valor, luchaba con los pensamientos fúnebres que continuamente la venian.

11. De tres compañeros, decia, que ayer me servian uno está muerto, otro fugitivo, y el tercero va á ser ajusticiado: yo me hallo desconocida, delicada y sin amparo, en paises no conocidos y bárbaros. Mi religion es diferente, mis años tiernos, y la hermosura es infeliz: ¡ay de mí, qué fin tan desgraciado me espera! Pero no, Soberano Dios; porque Vos que me criásteis, sois mi padre, y me estais viendo: esto me basta. Oia el Cielo con agrado estos gemidos, y la tenia preparado el buen despacho.

12. Ya á este tiempo, confuso el Conde y avergonzado de sí mismo, habia tomado en posta el camino, y se retiraba con deseo de pasar á Europa; quando al segun-

do dia de jornada se encontró con el Obispo de San Juan de Acre, segundo Embaxador, que con Aymar habia ido á Francia para negociar el esposo que se habia de destinar para la Reyna de Jerusalen. Por la cruz que el Conde llevaba en el uniforme, conoció el Obispo que era caballero de la Cruzada, y se quiso informar de quién era, y por qué se retiraba de Palestina triste y pensativo, como se advertia en su semblante. La relacion que el Conde hizo del suceso arrancó lágrimas al Obispo; pero quando nombró á Efigenia al punto se le detuviéron. Reflexionó el Embaxador, preguntó, exâminó, informándose por menor de la persona de este hombre: todo se lo descubre el Conde, y le cuenta el maravilloso suceso de Iconio. Múdase de repente el semblante del buen anciano, segun se mudáron los afectos del corazon: á la compasion sucede el gozo, á la pena y afliccion el júbilo, y á las lágrimas de dolor las de consuelo y alegría.

13. Era Efigenia una sobrina del Obispo, y sus padres la habian llorado muchos años por muerta; y él, aunque no la tenia por difunta, se lamentaba de verla perdida en los brazos del Sultan, y al oir su feliz conversion no pudo contener el júbilo: hablaban en él los ojos enternecidos mas que la lengua; y así fue volando á buscar á su sobrina. El Conde se quedó indeciso; y luchaba dúdoso consigo mismo sin saber qué hacerse. De dia no podia aquietarse, de noche no sosegaba: llamaba al sueño, pero no podia cogerle; y no pudiendo cerrar los ojos, le parecia que estaba siempre viendo revolcarse en el campo la horrible figura de Neucasis moribundo.

14. Esta funesta imágen era el continuo verdugo que sin cesar le atormentaba. Aquel horrible rostro, espumando sangre negra y furiosa: aquellos movimientos de convulsion: aquella palidez, junta con los gestos horribles: aquel volver á todas partes los ojos espantosos:

el querer articular palabras, y acabar en ronquidos: en fin la viva imágen de la horrenda muerte, era el objeto que siempre estaba viendo, y quanto mas huye, mas le persigue la triste sombra. Corre vagando por los campos, sube como un loco á los montes, y baxa con el mismo frenesí á los valles: en un momento se vuelve al cielo, á la tierra, á los bosques y á sí mismo: acomete furioso los ayres con la espada desenvaynada, queriendo herir á los vientos, y da los golpes en sí mismo desesperado.

15. ¿Qué es lo que yo he hecho? (se decia sentado en la cumbre de un monte, afligido y pensativo) ¿qué he hecho yo? Quise disputar con la espada el corazon de Efigenia: ¡loca disputa! pues de qualquier modo siempre perdia yo. Muriendo, quedaba privado de sus gracias: matando, soy el objeto de su ódio. ¡Qué loco empeño es pretender agradar por los infalibles medios de ser justamente

detestado! Quando no tuviera Efigenia un corazon noble y generoso, aun así me debia perder el amor al ver que yo arruinaba su reputacion y su crédito. ¿Quien habrá que no hable de Efigenia, habiendo sido (aunque inocente) la ocasion de mi barbaridad? Su nombre será profanado, y yo he tenido la culpa. ¿Qué mérito podia ser mi desatino, para conseguir agradarla? No admite disculpa mi locura. ¿Acaso por ser mas diestro en los movimientos, mas fuerte de brazo, y mas venturoso en los golpes, la seria yo mas amable? ¿No poseia Miseno todo su corazon por medio de la virtud? ¿No se habia ya resfriado Efigenia, conociendo los horrores de mi alma depravada? Si yo queria agradar á quien ya tenia el alma pura, era preciso ser puro y virtuoso como ella. ¿Por ventura mi espada separaba de mí los delitos que me hacian feo á sus ojos, sin aumentar este nuevo, que me hará detestable para siempre? Si Efigenia fuera un tigre ce-

vado en sangre humana, pudiera yo agradarla con un homicidio; pero siendo una alma bella, locura ha sido proceder de este modo. ¡Ó ceguera infeliz de mis pasiones, quién hubiera oido á Miseno! Y al decir esto le hacia correr el furor como frenético por los montes y los valles, sin saber adonde ir.

16. Ya entonces se hallaba el Obispo en el lugar de la desgracia, en donde el pueblo amotinado se disponia para apedrear á Miseno. Sin la formalidad de los tribunales, el pueblo era el juez, el testigo y el executor de la sentencia, y Miseno no era oido, porque no era preguntado. *Muera el asesino*: esto decian todos, esto deseaban; y este era el pregon comun con que se animaban unos á otros. En vano habia intentado Efigenia justificar á Miseno, porque era su autoridad de poco peso para los que no conocian su persona. Llegó pues el Obispo; y el caracter de Embaxador de la Reyna de Jerusalen, el

séquito y acompañamiento correspondiente, suspenden á la plebe por un momento. Pregunta el caso, oye y condena con ellos al asesino; pero protesta y jura que le consta la inocencia de Miseno, porque sabia bien quien habia sido el delinqüente, pues lo habia oido de su propia boca. No querian darle crédito: tan ciego es el juicio de la plebe quando la domina la preocupacion: ademas de esto, Miseno conducido al patíbulo parecia que con su silencio confesaba el delito. Entonces le llamaron á la plaza pública, en donde estaba el Obispo, y le conjuraron que dixese la verdad por el sepulcro del Profeta; á lo que calló Miseno. El Obispo le conjuró por la cruz que tenia al pecho, y habló en esta substancia:

17. Mucho me agrada, amigos, el horror con que mirais al homicidio: la saña que me mostrais, pensando que soy el delinqüente, en vez de ofenderme me da gusto, porque no hay cosa mas horrible que destruir un hombre á su seme-

jante: creed que si yo fuera el homicida, no me podria sufrir á mí mismo; pero estoy del todo inocente, y seánme testigos los cielos y la cruz por la qual me habeis conjurado. Yo acudí al desafio para evitarle, pero ya no era tiempo: quise socorrer y aliviar al amigo moribundo, y aunque recibí en mis brazos su cuerpo palpitante, todo fue inútil; porque ya habia espirado: queria darle sepultura, y para esto le quité con trabajo la espada de la mano, y en esta postura me prendieron: esta es la pura verdad. No obstante, disponed de mi persona como quisiereis, que para mí la muerte y la vida tendrán el mismo valor, porque así una como otra será inocente.

18. Entónces una palomita blanca aparece en los ayres dando repetidos vuelos sobre el concurso: todos la siguen con los ojos, y ven que baxando rápidamente dexa caer una bellísima azucena sobre la cabeza de Miseno, y se retira con

velocidad á las nubes. Clamaron los Turcos á una voz que Miseno estaba inocente. A esta aclamacion se siguió suplicarle que declarase al homicida, pues habia asistido á la tragedia; mas el Obispo les interrumpió diciendo sin rebozo: que el homicida habia sido el Conde, y se hallaba ya fuera de sus dominios, y en donde no podia ser buscado. Pidió que le entregasen á Miseno, y así se hizo: quiso el Obispo que este le llevase adonde estaba Efigenia, la qual oculta y encerrada se hallaba en la alternativa de esperanzas y temores, levantando su corazon al Cielo á impulsos de su fe, y cayendo de quando en quando en el mayor desaliento por la flaqueza de su sexô.

19. Entró Miseno á visitarla acompañado del Obispo: miraba Efigenia, mas no veia, porque no daba crédito á sus ojos: la parecia ser Miseno; pero se persuadia á que la fantasía la estaba engañando con su imágen. La pareció ser su tio el que con él venia; pe-

ro tambien lo tuvo por engañosa representacion, y se quedó suspensa. No obstante, obrando la naturaleza segun el órden de sus movimientos, á un tiempo la asaltáron la alegría, la admiracion y el empacho. Como no estaba el alma preparada para estos movimientos no esperados, se quedó inmoble, y cortada como si pasase de un excesivo calor á un repentino yelo. El tio la habla con expresiones de amor: Miseno la llama por su nombre; y Efigenia asustada quiere hablar, y aun proferia algunas palabras sueltas que quedándose medio dentro y medio fuera de los labios, se perdian en los ayres: cae desmayada, pálida y fria, como si estuviera muerta. Despues empezando su alma como á volver á la vida, cree que un vano, aunque agradable sueño, la hacia aquella ilusion para ocultarla el dolor, y vuelven á su fuerza los movimientos de su corazon poseido de la pena; hasta que ya rompió en un llanto seguido, ó interrumpió con

sollozos, y con estas no bien articuladas palabras: *el inocente castigado, y yo perdida*; y vuelve á caer en el letargo.

20. Se comunicó la afliccion al Embaxador y á Miseno; pero éste con ánimo mas experimentado sosegó al Obispo. Poco á poco volvió Efigenia en sí; mas al ver los que tenia presentes no se atrevia á hablar, temiendo fuese ilusion de su celebro turbado. Entónces la dixo blandamente Miseno: Señora, no receleis engaño; todo lo que estais viendo es verdad. Dios lo ha hecho, y para su poder nada es mucho, porque cosas mayores ha executado por mí y por vos.

21. Como el crepúsculo de la mañana, quando el dia alegre va saliendo del seno de la noche y se van poco á poco disipando las tinieblas; así se fué restableciendo Efigenia insensiblemente miéntras Miseno habia instruido al Obispo de su conversion maravillosa; por lo que Efigenia, quando volvió en-

teramente del desmayo, no tuvo que pasar la vergüenza de oir hablar de sus anteriores flaquezas.

22. Siguióse referir el Embaxador lo que el Conde le habia empezado á contar sobre su embaxada, y aquí supo Miseno que el Rey de Ungría, á instancias del Obispo, y agitado por los remordimientos de su conciencia, se habia puesto en marcha á Constantinopla para venir desde allí á la Tierra Santa. Oido esto juzgó Miseno que el Conde se retiraria á Europa, pues solo habia ido á militar interinamente en nombre de su cuñado, miéntras éste no lo hacia en persona; y todos tres creyéron que seria muy acertado que Efigenia se retirase á su casa acompañada del Embaxador su tio, y Miseno volviese al sosiego de la Europa, pues habia cesado el fin de acompañar al Conde. Tomada esta resolucion instruyó Miseno á Efigenia con los mas oportunos consejos, y en pocos dias fué condu-

cido en el carruage del Embaxador á un lugar, en donde se veian las ruinas de la antigua Troya abrasada por los Griegos, que está situada algunas leguas ántes del estrecho de Constantinopla: en aquel mismo lugar halló al pérfido Conde, que tambien queria pasar á la Europa.

23. El se escondia, pero Miseno le buscó con la misma amistad que ántes; y cómo si nada hubiera pasado le dixo: no penseis, hijo mio, que Miseno ya no es Miseno; porque los principios que gobiernan mis acciones son siempre los mismos, y espero que observareis constante mi proceder para con vos. No quiero decir que para mí es tan amable lo bueno como lo malo, pues en esto haria yo injuria á mi corazon: el Conde de Moravia obrando bien, no es lo mismo que el Conde de Moravia obrando mal. Si así se diferencia vuestra persona de sí misma, es preciso que un corazon bien for-

mado os ame de diferente modo en un estado que en otro; pero siempre podrá amaros. Respiró el Conde con este preludio, y abrazando á Miseno tiernamente procuraba lavar con lágrimas sus pasados delitos; y entónces le dixo Miseno: no os canseis tanto en asegurarme vuestro arrepentimiento: yo le creo muy bien; porque lo malo es tan feo en sí mismo, que basta verlo despues que ha pasado la ceguera de la pasion, para conocer todo su horror. No obstante, quisiera por última despedida (pues supongo que os retirais con vuestra familia, y yo voy á otro destino) quisiera, digo, instruiros bien en el punto que mas os ha de servir. Veo que os perdeis por ser amado, y que este es el punto mas vivo de vuestra pasion y el que os ha precipitado á mil excesos: quiero pues comunicaros las máximas que con mi reflexion he recogido, en las quales se encierra un arte muy útil para haceros muy agradable.

24. ¿De qué arte me hablais, dixo el Conde? *Del arte*, respondió Miseno, *de hacerse amar de Dios y de los hombres*: advertid bien que os digo *de hacerse amar*; porque practicando sus dictámenes es forzoso que os amen. El primero que, por decirlo así, no podrá dexar de amaros es Dios; y las criaturas tambien sentirán la misma dulce violencia.

25. Se quedó el Conde suspenso, no atreviéndose á dudar de lo que Miseno decia, por estar muy acostumbrado á salir convencido en todas sus réplicas; pero todo su semblante, y en especial sus ojos, estaban mudamente diciendo lo que no se atrevia á proferir; y entónces le enseñó Miseno esta doctrina.

26. Tres modos de amar hay en un corazon bien formado: ama éste con amor de *Compasion*, con amor de *Benevolencia*, y con amor de *Amistad*. Con el primero amamos á qualquier miserable, sintiendo en parte sus mismos males, y con

este amor debemos amar aun á los malos; y quanto peores son, tanto mas viva debe ser nuestra compasion al ver su miseria. Los miembros de un mismo cuerpo se resienten del mal que alguno de ellos padece: siendo pues todos los hombres miembros que componen la humana naturaleza, por indispensable ley de la misma naturaleza debe cada hombre sentir el mal que otro padece; y esto aunque, por estar su alma gangrenada, no sienta él su mal, como muchas veces sucede. Con semejante amor nos ama Dios aun en los mayores desórdenes.

27. El segundo amor es de *Benevolencia*. Quando hacemos algun bien á otro no hay duda que en esto le amamos: este amor tambien se extiende en un corazon generoso á los indignos: á los buenos y á los malos cubre Dios con la hermosa bóveda del Cielo: por todos los paises del mundo lleva Dios la luz de este brillante plane-

ta, para que á todos alumbre: no hizo Dios menos fértil la tierra que pisan los ingratos que la que habitan sus verdaderos amigos; y quando reparte su lluvia por la superficie de la tierra á todos comprehende en sus favores: luego á todos nos ama.

28. Pero la tercera especie de amor, que es el de *Amistad*, solo es para el que la merece: este amor, que es el mas precioso y estimable, es el que podeis conseguir sin que ninguno os le pueda negar. Os pido que no confundais con este noble amor la pasion brutal, furiosa y ciega, de que se dexa llevar el toro, el caballo y qualquier bestia; porque el amor de que os hablo tiene sus raices en el entendimiento, su alma en el corazon, sus ojos en las perfecciones, y su atractivo en la sólida virtud. Sed bueno, hijo mio, con una bondad sincera, y vereis que todo el mundo corre á abrazaros: hasta los que por motivos particula-

res murmuren de vos serán vuestros panegiristas allá en el secreto de sus corazones. Ya habeis corrido el mundo, y yo le conozco mas que vos: ¿qué hombre habeis visto en él que no ame una virtud sincera? Es tan imposible que el corazon de un hombre no ame la virtud quando la llega á conocer, como que nuestro entendimiento conozca la verdad y no la crea. Aunque el Danubio corriera ácia arriba, y las flores huyèran del Sol, los peces del mar, ó la aguja del Norte, aun entónces no creeria yo que el corazon de los mortales pudiese huir de una virtud sincera. Violentad el vuestro, haciéndole que no ame la virtud, aun solo pintada en vuestra idea, y vereis que es imposible: ¿qué fuerza pues, para atraer el corazon del hombre, tendrá la virtud sólida, real y constante?

29. No lo puedo negar, dixo el Conde; ¿mas qué he de hacer mientras yo tenga este corazon?

Hijo (le respondió Miseno) hablais conmigo, y os podeis acordar de lo que os tengo dicho: no son vuestras pasiones mas furiosas que lo fuéron las mias, y no obstante conseguí domarlas, y he salido bien de la empresa que me propuse: ésta fué la de hacer amigos hasta mis propios enemigos. Es empresa mas noble que la de conquistar todo el mundo; porque esto es hacerse tantos enemigos como son los pueblos conquistados y sujetos; y el modo que yo os persuado es el de traer á vos todo el mundo como amigo.

30. Si Efigenia se os mostraba mas indiferente, no ignorais el motivo: habia tomado su corazon el gusto á la virtud, y no podia agradarla el vicio. Quando viereis que alguno no gusta de vos, guardaos de darle importunas quejas; porque eso en vez de atraer retira: no hay medio mas seguro para no alcanzar un favor libre, que armar sobre él un pleyto, ó dar á entender que se os debe de jus-

ticia. Nosotros, hijo mio, somos por extremo zelosos de los fueros de la libertad, que nuestro corazon goza; y el que se queja de nuestra indiferencia, como que nos cita al tribunal de la justicia para que le demos el corazon; pero lo mismo es oir esta demanda que indignarnos, y en vez de exâminar el derecho que alega para que le amemos, procuramos descubrir hasta las razones mas pequeñas para mostrar que no merece nuestro amor; y como el juez de esta causa ha de ser por último nuestro propio corazon, ved si sentenciará contra sí mismo.

31. Quando yo reynaba en Polonia se postró delante de mi trono un hombre de juicio, y hecha la reverencia acostumbrada dixo: vengo, Señor, á pediros una gracia, aunque no tengo que alegar razon alguna que os obligue á concederla: conmigo habeis cumplido en todo quanto dictan la razon y la justicia, y así ninguna ley ni

derecho me han sugerido esta peticion; no obstante si me la quisiereis conceder, ninguno podrá oponerse, pues será efecto de vuestra pura generosidad, y tanto mas pura quanto mas separada de todo lo que induce apariencias de obligacion. Este preludio me agradó notablemente, y le dixe que declarase quál era la gracia que me pedia: la dixo, y yo se la concedí; lo que de otro modo no haria sino me alegaba el mas sólido derecho. El corazon de cada uno, hijo mio, es Monarca soberano: no habeis de pedir con quejas, sino manifestar que nada se os debe, y lograreis mas de lo que pedis. Si filosofais sobre el mecanismo del corazon del hombre, conocereis que nada con mas fuerza le impide dar su amor que verse injuriado. Ahora bien: el que de vos se queja, el que os llama ingrato é injusto, no os hace á la verdad grandes elogios.

32. Si quereis, hijo mio, que

generalmente os amen, no mendigueis el amor; porque no hay cosa que mas fastidie: haceos amable, y dexad que cada uno haga lo que quisiere. No sabeis aun la mágica del corazon del hombre: aun sin tocarle de modo alguno podreis hacer de él quanto querais. En una cítara, y en qualquier instrumento músico teneis muchas y diferentes cuerdas: tocad una que esté en unisono ó en octava con la otra, y vereis que ésta retiembla y suena como si la tocasen (1), al

(1) Es experiencia constante que dos instrumentos músicos acordes, ó dos cuerdas unisonas en un mismo instrumento, tocada la una, retiembla la otra: si estan en octava, la tocada se divide en dos, de tal modo que por todas partes retiembla ménos en el punto del medio; y esto se conoce, porque puestos algunos papelitos sueltos y doblados en diferentes lugares de la cuerda, todos saltan sino el del medio.

Si las cuerdas estan en quinta, por estar sus vibraciones en proporcion de dos á tres, la cuerda que está baxa se divide por sí misma en tres iguales partes para acompañar en sus vibraciones á la alta; y

mismo tiempo que las otras que hay de por medio, si estan disonantes, se quedan inmobles. Poned pues vuestra alma en un mismo tono con el corazon de cada uno, y sin tocarle le hareis saltar. La semejanza es el mayor encanto del amor: pensad como Dios, obrad como él, y será preciso que os ame.

33. Pero el tono de los corozones, dixo el Conde, es muy opuesto y diferente, y si agrado á uno, por fuerza he de desagradar á los demas: ¿cómo pues podré generalmente agradar á los hombres, y cómo será posible agradar á estos y á Dios?

34. Aquí está el secreto de esta noble mágica, respondió Miseno. Aunque es mucha la variedad

así, herida ésta, retiembla. la mas baxa por todas partes, sino en los dos puntos en que se hace la division por tres: la verdad de esta experiencia se convence poniendo, como hemos dicho, los papelitos. *Recreac. filos. tom. 2. tard. 7.*

en los corazones de los hombres, y aun es mucho mayor si los comparamos con el del Ser supremo, hay un punto no obstante en que todos se parecen, y en ese punto se ha de tocar para hacer que todos salten. No hay corazon en el Cielo ni en la tierra que no ame la virtud sólida, limpia, sin afectacion ni fingimiento. Porque Dios quando formó nuestros corazones les dió una propension natural al bien, semejante á la de su divino corazon. Todo quanto nos disgusta, ó es vicio ó tiene apariencias de serlo: solamente la virtud sincera es la que agrada. En viéndola se nos escapa el corazon, y quando empezabamos á ponderar si el objeto era amable ó no, ya nuestro corazon se habia intimado mucho ántes, atraido por la simpatía de la virtud y sin esperar la decision del entendimiento.

35. Oia el Conde esta doctrina atento y suspenso, con los ojos fixos, el entendimiento absorto y

el corazon tocado; y dando un suspiro, que le salia de lo íntimo del alma, dixo: grande lástima es que no se enseñe públicamente esta filosofia; porque hay muchos, como yo, que en vez de tomar el camino de las pasiones para conseguir la felicidad de ser amados, tomariamos el de la virtud para alcanzarla verdaderamente.

36. Esta doctrina, dixo Miseno, no es para la multitud; porque yo la aprendí de la célebre Ubaldina en un desierto. Desde que conocí (me decia ella) el corazon humano y la ridícula variedad de sus caprichos, tomé otro norte en mis intentos, y puse el pensamiento en conquistar el corazon del supremo Ser, y para animarme á no desistir de esta noble empresa me digo mil veces á mí misma: *si yo logro la felicidad de agradar á un Dios, ¿qué me importa lo que digan quatro viles insectos que salen de un agujerito de la tierra para entrar en otro?* Esta sola sentencia me bastó; y reflexionando

mil veces en ella, he adquirido la filosofia que os enseño. Si tomais esta leccion sereis feliz, y ella sin disputas ni desafios os hará dueño de todos los corazones; porque ninguno resistirá á un atractivo tan poderoso, que ni el poder de Dios le resiste.

37. Estaba el Conde cada vez mas pasmado y confuso, cotejando la nobleza de estas ideas de Miseno con la indignidad de sus propios procederes. En esto ya habian llegado al estrecho; y aunque ambos debian embarcarse para pasar á Constantinopla, no lo tuvo Miseno por conveniente; porque habiendo de manifestarse el Conde, por causa de su cuñado el Rey de Ungría, con quien tenia que verse, no podia Miseno ocultarse si le acompañaba.

38. Instaba el Conde alegando sus razones; pero Miseno le dixo constante: hijo mio, para ganaros el corazon quando con vos vivia siempre he cedido de mi parte, á no ser quando el hacerlo podia per-

judicar á vuestra conducta, ó era contrario á mi obligacion: este es otro medio de ganar el corazon de los otros, no contradecirles sino quando es muy preciso. Mil veces callé aunque pensaba lo contrario de lo que vos deciais, pues no siempre se ha de disputar en obsequio de la *verdad*; porque tambien la *paz*, la *urbanidad* y la *política* nos piden sus obsequios. Nunca debemos mentir; pero no es mentir el callar y dexar que pase el engaño quando no se sigue perjuicio. El condescender yo con vos ahora seria causarme un grande daño, con muy poco provecho vuestro. Quiero ir viendo algunas antigüedades de estos lugares famosos en la historia: pasad pues á haceros encontradizo con vuestro cuñado, que ya no puede estar muy léjos. Acordaos de mí, tomando mis avisos y arrepintiendoos de vuestros yerros. Aquí se despidió el Conde con mil protestas, que Miseno no creia ni impugnaba; y abrazándose tiernamente se sepa-

SUMARIO

DEL LIBRO VIGESIMOQUARTO.

Parte el Conde á Buda á instancias del Rey de Ungria: se ve arrebatado de la pasion desordenada de amor. Aparece un cometa: se asusta el Emperador Lascaris, y salen las Furias á perseguir á Miseno: la de la Codicia *incita á los salteadores, la del* Miedo *á Lascaris: los soldados de éste le prenden y le llevan á Constantinopla. Al pasar el Rey de Ungria el estrecho se encuentra con el Héroe. Llega Brancmen, Regente del reyno, y dice que mató á la Reyna por su mano: se retira el Rey con Miseno, y éste le dá importantes máximas: llega despues á Belgrado, y le dan la funesta noticia del suicidio del Conde. Boleslao, abuelo del Héroe, se le aparece, y le dice que vaya á Polonia. Renuncia de nuevo la corona, y pasa como un particular el resto de sus dias.*

Se aparece Boleslao à Miseno su nieto en el descanso de la noche, y le llena de consuelo.

M. Navarro.

LIBRO XXIV.

1. Marchaban con lentitud las tropas del Rey de Ungría, y volaba ligero el Conde á encontrarse con él. Corre el bravo é indómito novillo que se ha escapado del yugo, y va por los montes y los valles dándose parabienes de la no esperada libertad: así caminaba el Conde hasta llegar á Adrianópoli; que fué en donde se encontró con su cuñado, y haciéndole una larga y equívoca relacion de los trabajos, ocultando siempre el motivo de haberlos padecido, realzaba con grande artificio sus propios méritos. El Rey le agradeció cortés quanto habia obrado por su respeto, y para que descansase de tantas fatigas le pidió que se retirase á su Corte, en donde la Reyna, triste y llena de pena, le esperaba con impaciencia. Fingia el Conde que queria absolutamente volver al Asia para ser-

vir baxo sus banderas en la expedicion de la Tierra Santa; pero el Rey le obligó á aceptar la primera oferta, creyendo que la grande amistad que habia entre los dos hermanos seria suficiente para premiar al Conde y consolar á la Reyna.

2. Apénas salió el Conde para Buda, partiéron tambien con él en forma invisible las Furias de los abismos, procurando cada una hacer presa en aquel jóven, á quien hasta allí habia defendido la compañía de Miseno. Todavía conservaba el Conde la memoria de sus máximas y la palabra que habia dado de observarlas, y así resistia á los pensamientos con que le asaltaban las Furias; pero semejante á la ligera liebre que se ve acometida en campo raso por todas partes, de los podencos por un lado, de los galgos por otro, y al mismo tiempo de los arcos y las flechas, y aturdida con los ladridos de los perros, las voces de los cazadores y el zumbido de las sae-

tas, va escapando como puede, hasta que se rinde del todo mortalmente herida; así le sucedió al Conde, el qual cedió por último á las flechas del amor; porque esta pasion infernal, en figura de un agraciado niño, supo penetrarle el pecho con una herida incurable.

3. Dudando sobre la eleccion entre dos caminos que se le presentáron, se habia detenido el Conde hasta preguntar. Entónces un hermoso niño le ofrecia sonriéndose un pequeño retrato que habia levando del suelo, sin saber del original ni de su valor. Le tomó el Conde en las manos, y reconoció que era de la bella Isabel, muger de Brancman, Palatino de Ungría, á quien Andres habia entregado la Regencia del reyno durante su ausencia; y como la ligera chispa que tocando en la fria pólvora levanta repentinamente una grande llama, así le sucedió al Conde. Este bello retrato se le presentaba á la imaginacion mil ve-

ces al dia, y otras tantas de noche. El olvido, que con el motivo de sus viages habia amortiguado su amor, le daba ahora el realce de la novedad. Se para á cada paso en el camino, y atendiendo al ídolo que su imaginacion le ofrece, se queda inmoble: jamas belleza alguna le habia hecho efecto semejante, tanto que de sí mismo se admiraba. Así prosiguió su camino pensativo, y con ardientes deseos de verla presto: ya su pena y sus ansias degeneran en furor; mas poco despues serena el paso, porque la imaginacion le representa que la ve, que la saluda y la habla, correspondiéndole la dama con agradable sonrisa; con lo qual enloquece y sale de sí. De este modo le entretiene el Amor con la mas agradable escena: de absorto no sabe gobernar el caballo que le lleva; pero el mismo *Amor* le conduce y encamina.

4. Los criados que le siguen van admirados de ver que de dia ya se pára enmedio del camino,

y ya corre á rienda suelta por precipicios, aun de noche, sin poder ellos descubrir el principio de aquellas locuras. De quando en quando oian femeniles risotadas y palmoteos de grande regocijo, con vivas clamorosos como de una grande victoria: mira al rededor, y se ve en un descampado: de este modo celebraban las infernales Furias el haberle vencido. Siente que lejos y cerca arranca un huracan violento los robustos árboles; que estallan los fuertes troncos; y que la polvareda, la tierra y los fragmentos de tantos vegetales, todo se revuelve en los ayres, y vá sin resistencia arrebatado con furia: solo el espacio por donde el Conde camina está sereno é intacto. Las nubes negras y espesas se confunden unas con otras como danzando en los ayres, arrojándose mutuamente lanzas de fuego como en las justas y torneos: en vez de bombas festivas resonaban truenos formidables; y el Conde embebecido en su amorosa contemplacion no al-

tera el paso, ni vuelve á ningun lado la cabeza; porque Isabel es la que lleva delante de los ojos: Isabel le ocupa el pensamiento y el alma: Isabel es la que dirige su corazon y sus pasos.

5. Entretanto el Angel protector de Polonia estaba preparando á las pasiones triunfantes mas cruel batalla; y dispone para Miseno una victoria mas gloriosa y completa. Por órden Suprema se escribe en el libro de las *Providencias* del Cielo, que Uladislao comunique á Lesko y á toda la Polonia las luces que habia recibido, para que por una presa abandonada á las violentas pasiones, sean otras mucho mas preciosas puestas en salvo; bien como el prudente pastor que dexando cerca del lazo una res macilenta y moribunda para atraer la voracidad del lobo, libra al mismo tiempo de sus famélicos dientes todo el numeroso rebaño.

6. Dexa pues el Angel las celestes esferas, y batiendo sus alas de nieve con sereno y ligero mo-

vimiento baxa atravesando los inmensos espacios del Cielo estrellado. Entra por donde los planetas y cometas en perpetuos é invariables giros hacen la corte al Sol que les preside; y valiéndose de uno de aquellos astros que solian temer los Reyes como anuncio de sucesos grandes (1), le envia sobre el emisferio terrestre á ser ministro de sus intentos.

7. Aparece el cometa en Bitinia, y perpendicular sobre Nicea; pero su cola magestuosa se extendia hasta Polonia, y pasando por encima de Constantinopla y Buda se dirige á Cracovia. Asústanse los pueblos; y aun mas se

(1) En aquellos tiempos se tenia por funesto anuncio la aparicion de los cometas, y es muy moderno el descubrimiento de que son unos astros regulares; mas por ser el periodo de su movimiento por órbitas muy grandes y en elipses muy oblongas, se nos ocultan por muchos años: unos por mas, y otros menos. Parecen pues los cometas quando les toca, como sucede al planeta Júpiter, y no anuncian muertes de Monarcas.

asustan los Soberanos, teniéndose por el verdadero objeto de sus presagios. Cada uno vela sobre sí y procura asegurar su corona, como si las fuerzas humanas pudieran resistir á las decisiones del Cielo. El mas temeroso era el Emperador de Nicea, porque creia ver su perdicion sobre su cabeza; y las Furias infernales continuaban en hacer esfuerzos por ver si arruinarian al héroe, valiéndose del terror pánico de Teodoro Lascaris, para acabar de una vez con su general enemigo. Ve el Ministro celestial con toda claridad sus designios, y burlándose de todas sus diligencias contra los decretos de la Providencia, las dexa que sin saberlo trabajen á rienda suelta, para que asi se executen las divinas intenciones; porque sabia bien que las refrenaria á su tiempo con el mas leve movimiento del celestial brazo. Se alegran los abismos con la no esperada libertad: salen todas las Furias en tropel, estor-

bándose unas á otras en la salida de las cavernas subterráneas, como sucede á las furiosas abispas quando las rompen el corcho. Toma cada una el camino que la sugiere su malicia; y sin órden ni armonía, sin consejo ni consulta, asaltan al corazon de Miseno, que andaba por la Bitinia buscando algun retiro en donde acabar en paz sus dias, viviendo de trabajar en el campo, como quando estaba en los montes de Akerman.

8. Se apodera la *Codicia* de los salteadores que andaban por toda aquella region, y procura que Miseno venga á dar en sus manos para ser víctima de su crueldad, ya que no lo podia ser del hambre de riquezas, porque no las hallarian en él. El *Temor* se vale de la disposicion en que estaba el corazon de Teodoro, y le hace saber por medio de un valido suyo, que pocos dias antes habian encontrado al Príncipe de Polonia, que disfrazado y pensativo iba vagante por aquellos campos, como observando

el pais; ya retirándose á la sombra de los bosques, como quien oculta sus intenciones; ya paseando por los cerros y las campiñas, como quien pretendia descubrir desde lejos á donde no llegaban sus pasos.

9. Esta pasion del *Temor* le hace formar á Teodoro mil funestos discursos, que le asustan é inquietan: cada noche iba á observar el cometa, y le parecia ver en su cola todas las formas y figuras que le asustan. Huye de sus ojos el sueño, de su corazon la paz, y de su rostro la natural alegría. De turbado no se entiende á sí mismo: ya condena á Miseno, ya le halla inculpable: unas veces creia sin la menor duda que era su mortal enemigo: otras le tenia por un Príncipe inocente y amigo de la paz: lucha consigo mismo, y consigo mismo se confunde: arde su corazon en un perpetuo laberinto, irresoluto é indeciso; y como si estuviese sobre encendidas parrillas da mil vueltas, multiplicando con

cada movimiento sus angustias, hasta que al fin resolvió que Miseno saliese luego de sus Estados: manda que sus tropas le busquen, y que sin atender á excusas verdaderas ó falsas, le lleven con buena guardia á Constantinopla.

10. Ignoraba la Furia, que inspira á los mortales la *Tristeza*, lo que sus compañeras habian dispuesto, y para acometer al héroe en persona, envió otras de sus subalternas á preparar el asalto. Unas obscurecen el dia, haciendo venir la noche con pasos acelerados: otras en engañosas figuras le representan grandes árboles enmedio del mismo camino real, para que no prosiguiese. Se condensan las tinieblas, cierra la noche: oye por una parte rugidos de leones, como si estuviera en Africa: por otra silvidos de serpientes: de aquí escucha los formidables ahullidos de los osos: de allí los de los lobos: todo formaba en los valles los mas tristes ecos que jamas habia oido. A esto se siguiéron horribles es-

pectros, que se le aparecian en el ayre: ve al alma de Neucasis despedazándose furiosa con los dientes, y amenazándole como á causa originaria de su infelicidad. Se le eriza el cabello, le palpita el corazon, y se le hielan todos sus miembros.

11. Hallándose Miseno en esta disposicion le embiste la *Tristeza*, trayéndole á la memoria los trabajos pasados, y figurándole otros mil posibles, no ya como futuros, sino como si los tuviera presentes: túrbase su entendimiento, y se le ofusca la razon: un negro pavor le obscurece las máximas en que se apoyaba para no temer nada; y ya los horrorosos monstruos de feos pensamientos contra la Providencia empezaban á salir de los abismos, quando su Angel protector, reprimiendo la violencia de esta Furia, le infundió un dulce y suave pensamiento, con el que vió el horror del precipicio, dió un paso atras, resistió valerosamente contra las pasiones que le embestian,

y se dixo á sí mismo:

12. ¿Qué interior tumulto es este que en mí veo? ¿por que temo yo perder la vida? Si la temiese perder, seria indigno de ella: no he conocido jamas este temor; ¿por qué pues le admito ahora? ¿Tengo por ventura algun derecho á vivir en este mundo? Y quando le tuviera, ¿podrá ser vivir en él para siempre? ¿quándo se ha hecho injuria al hombre mortal en pedirle el tributo de la muerte? ¿ignoro yo acaso que mi felicidad no pende de vivir ó de morir? La que únicamente deseo, solo consiste en obrar bien, de modo que consiga la aprobacion de la suprema Sabiduría, y la amistad de aquel Señor, que es sumamente feliz. Esto dixo; y qual fatigado caminante que da con todo su cuerpo en la blanda cama que le espera, así Miseno, arrojándose á los brazos de la eterna Providencia, prosiguió entre los peligros y horrores, cantando suavemente los motetes que con su filosofia habia compuesto.

13. A pocos pasos le encontraron los soldados del Emperador, que le buscaban. Se informan de él, y responde con el mayor candor, que segun las señas que traian, buscaban al Príncipe Uladislao, y que éste era él. Duda el xefe, extrañando la franqueza; y Miseno repite que él les decia la pura verdad: le intimaron entre mil perdones la órden de su Soberano, y él respondió con toda urbanidad: nada hay mas justo que obedecer los vasallos á su legítimo Príncipe: no os estimaria yo que no executaseis las órdenes del Emperador; y así en vez de ofenderme, me haceis un grande servicio: á la vuelta podeis asegurar á vuestro Soberano, que le agradezco la guardia real que envia para acompañarme, por ser escolta muy necesaria en tiempo en que los salteadores tienen infestados estos caminos. Así llevaron á Miseno á Constantinopla, quando ya estaba muy cerca Andres, Rey de Ungría, y todo se preparaba para recibirle.

14. Entretanto Lesko vivia fatigado con cuidados importunos sobre el gobierno de su pueblo, naturalmente orgulloso, inconstante, y descontento. Le molestaban mucho las riendas del gobierno, y deseaba que las manejase otro brazo mas fuerte con mano mas diestra: la viveza con que echaba menos á Uladislao despertaba en él esta pena, y al mismo tiempo, sin saber cómo, hallaba en su corazon cierta esperanza de que todavia habia de gozar de su asistencia, sino para encargarle el peso de la corona, á lo menos para que le ayudase en el manejo del cetro.

15. Un dia, en que mas afligido daba paseos en su quarto, meditando cómo podria hacer feliz á su pueblo y á sí mismo, se le representó en un espejo la figura de su padre Casimiro, adornado con las ropas reales, preciosas y refulgentes, coronado de laurel y de flores, amado de los vasallos, estimado de los vecinos, y envidiado de los extraños: sucedió no obstan-

te, que una saeta perdida le hirió en el corazon, y vió Lesko á Casimiro no solamente sin la hermosura de su rostro y alegría de su semblante, sino tambien despojado de la preciosa púrpura. Los bellos y cándidos armiños se convertian en pieles de osos y otros animales inmundos y viles, los vivos colores de los matices en feísimas manchas, y el cetro y la corona de oro en cadenas de hierro que le prendian y arrastraban; y en este estado le vió entrar por una magnífica sala, en la que despues de danzas y regocijos se servia una expléndida cena, igualmente preciosa por los manjares y adorno de las mesas que por la hermosura de las damas que asistian. Sobresalia entre todas la bella y casta Iria, á quien Casimiro distiguia en sus cariños: advirtió pues, que no reverberaban estos favores en el rostro de la dama, como suele suceder, ni se le ponian alegre y despejado, antes bien hacian efecto muy contrario, pues

daba á entender que la ofendia con su importunidad. Pero al levantarse Iria de la mesa vió que ofrecia ésta á Casimiro un ramillete de flores, afectando agradecimiento y amor, y que él absorto con favor tan no esperado le llegaba al olfato repetidas veces, y que poco despues se desmayó y cayó muerto. Reparó entónces que Iria habia quedado con cierto ayre de satisfaccion, como quien respiraba de alguna opresion importuna (1).

16. Afligióse Lesko con esta idea, que le traxo á la memoria la triste muerte con que su padre habia terminado los dias de su admirable vida, por haberse dexado llevar de la pasion del amor: bien que no tuvo Lesko mucho tiempo para ocuparse en las tristes memorias de su padre, viéndose él mismo en la escena que el espejo le ofrecia. Le parecia pues caminar con trabajo y fatiga por una senda derecha, la qual remataba en mil

(1) Anecdotas de Polonia.

enredos, despeñaderos y laberintos; pero quando estaba á punto de precipitarse le suspendia una voz del Cielo. Era ésta la voz de un Monarca venerable, que coronado de luces y resplandores llevaba á Uladislao de la mano, y le decia con tono amoroso y dulce imperio: amado nieto, no des un paso sin esta guia, sino quieres dar en precipicios: tú se la has pedido al Cielo, y el Cielo te la concede. Si le sigues fielmente, tú y tu pueblo gozareis de sólida felicidad. Esto dixo, y desapareció la vision del espejo, quedando Lesko igualmente confuso y consolado: confuso, porque no sabia cómo buscar á Miseno; y consolado por la promesa con que le aseguraba su abuelo Boleslao.

17. Todavía continuaba el cometa; y con su cola siempre dirigida á Polonia tenia persuadido al Rey á que á él se encaminaba el funesto ó agradable anuncio, segun la errada opinion de aquellos tiempos; pero cesando el susto con

la representacion misteriosa, y acercándose mas el cometa le observaba con alborozo. Consultaba á los astrólogos, reservando en su pecho el secreto importante: todos le decian, que pues el cometa aparecia sobre Constantinopla, seria sin duda aquella capital el teatro de los estragos que anunciaba.

18. Un impulso interior persuadia á Lesko que fuese á Constantinopla, pues le decia el corazon que allí estaria Uladislao; pero la situacion de su reyno no le permitia tan largo viage, principalmente teniendo que pasar por Ungría, cuyo Soberano ausente, pudiera interpretar en mal sentido que un vecino suyo viajase por sus Estados en una situacion tan crítica. Mas como la idea de que Uladislao se acercaba, se confirmaba cada vez mas en el pensamiento de Lesko, determinó seguir el camino de Constantinopla hasta los confines de su reyno, y hacer alto en los montes Carpa-

cios, que son sus límites.

19. Ya en este tiempo se preparaba el Rey de Ungría para ir á la Asia, atravesando el estrecho, que parte de sus tropas habia pasado, quando sin esperarlo se halló con las del Emperador de Nicea, que habia llegado con el fin de acompañar á Miseno. La desconfianza que suele reynar en los Monarcas que se hallan fuera de sus Estados, hizo que Andres se informase del destino de aquellas tropas extrangeras, y supo, á pesar del secreto que Miseno habia encargado, que se hallaba allí de paso un Príncipe de Polonia; por lo que le fue preciso al héroe visitar al Rey de Ungría, y decirle el terror pánico del Emperador de Nicea. Estimó Andres su visita para informarse del Asia, y de lo que hacia el Sultan de Iconio.

20. Quando mas divertidos estaban en esta conferencia llegó de improviso Brancman, Palatino de Ungría, á quien el Rey habia dexado el gobierno de sus Estados

durante su ausencia. Era el Palatino hombre de notoria probidad: le amaba el Rey como merecia, le respetaban los Grandes y le temia el pueblo: no temblaba en sus manos la balanza de la justicia, y la espada siempre recta, era al mismo tiempo su regla para premiar á los buenos, y su arma para castigar á los malos: el brazo constante que la empuñaba, no conocia furor en el castigo de los delitos, ni diferencia de personas en los delinqüentes. Las leyes eran su guia, el bien público su norte, y la prudencia y constancia sus pasos. Este hombre pues se presenta á su Soberano y á Miseno; y despues de las ceremonias, por una parte debidas al cetro, y por otra á la amistad, habló así:

21. Conviene, Señor, que os dé parte de la pronta y fiel execucion de vuestras órdenes. Quando saliendo de la Corte dexasteis en mis manos trémulas y cansadas vuestro cetro, me mandasteis que hiciese justicia igual y recta, sin ex-

cepcion de personas : lo contrario ni vos lo podriais mandar, ni yo executarlo. Como lo ordenasteis, así lo hice con una persona muy grande, á quien yo mismo acabo de quitar la vida, porque no merecia su delito menor pena. Ahora vengo á presentarme para que si como ella protegeis los delitos, tomeis en mí la venganza. ¿Y quién fué? preguntó el Rey alterado. La principal dama de palacio N. á quien vos estimabais, dixo el Palatino.

22. No causa mayor efecto el rayo quando hiende el alto cedro, que el que estas palabras hiciéron en el ánimo del Rey. Toda la sangre se le retiró al corazon, se quedó turbado y pálido el semblante, y el entendimiento confuso. Enmudeció Miseno, pero el Palatino estaba con ayre despejado, sosiego de sangre, constancia é intrepidez. Quando ya el primer asombro dió lugar á las palabras, sujetando el Rey su corazon con toda la fuerza de su ánimo, dixo

con voz trémula : continuad, y decid el motivo, porque yo no protejo delitos, ni conozco otra venganza que la del crímen verdadero, y vos debeis ser oido. Entónces prosiguió el Palatino de este modo :

23. Isabel, mi esposa, servia á la vuestra con la fidelidad y amor que debia á su Soberana. Tuvo el Conde de Moravia la osadía de mirar á mi esposa con ojos que no debiera ; pero halló en ella una resistencia digna de su virtud, y de mi honra. Prudente y virtuosa dexa el palacio, pretextando una larga enfermedad, creyendo que con el tiempo se apagaria el fuego, y con la separacion se olvidarian las primeras ideas ; pero nada ménos. La virtud le sirvió para irritar mas su empeño, como el furioso toro que emplea con mas rabia su armada frente contra los troncos que mas resisten á su ferocidad. No pudiendo el Conde rendir la sólida virtud de Isabel, se valió del empeño y la traicion : delitos de po-

ca monta para quien tenia el corazon tan dañado. Yo no sé como lo pudo enredar ; pero sé que convidáron á mi esposa para comunicarla unas cartas de vuestra Magestad para mí (que hasta el nombre sagrado y augusto sirvió para crímen tan horrible). Con este pretexto se vió llevada á un gabinete secreto en donde la dexáron ; y sin saber cómo se halló encerrada. He aquí que ve al infame Conde dentro : se asusta , se horroriza , y se arroja por una ventana que caia á los jardines ; y en los brazos de un árbol , que la hirió y rasgó , pudo salvar la vida , que ya habia sacrificado á la honra.

24. No obstante la viéron , y en este estado se retiró á su casa: entro en mi quarto , la veo demudado el semblante , los ojos llorosos , el rostro herido , y sobre todo estaba su alma en la mayor afliccion : veo , me admiro , y pregunto. La temblaban los labios , y prorumpiendo en lágrimas se la sofocan las palabras en el pecho.

Pregunto otra vez, y al querer darla testimonio de mi tierna amistad y compasion, la oigo que me dice llena de amoroso furor: retiraos de mí, querido infeliz esposo, que ya no merezco vuestro amor; y si quereis darme una prueba del grande que me habeis tenido, quitadme con ese puñal la vida, porque no puedo sufrir el horror que contra mí misma he concebido. Sabed que una dama N. acaba de querer sacrificarme con la traicion mas horrible á la ceguedad del Conde: yo debo la honra á una ventana, y á un árbol la vida; pero me han visto, y ya no puede ocultarse que vuestra esposa fue objeto de impuros ojos, y estuvo á riesgo de serlo de manos violentas. Yo muero de horror al delito, aunque solo fué intentado: el empacho, la cólera, la honra y el amor que os tengo, todo confunde mi entendimiento, y yo rebiento de dolor. Huyan de mí los Cielos que me viéron, huya la tierra que me sustenta, huyan los horribles abismos,

que se escandalizan de mí: huid, esposo infeliz; mas ántes que os retireis, os pido por vuestra honra y por mi amor; pero ya no diré amor.... Mas sea amor, ó sea castigo, haced que mi alma salga de este cuerpo infeliz; y en aquel momento cayó á mis pies desmayada con este puñal en la mano: juzgad, Señor, mi dolor. Aquí se turbó el Palatino algun tanto, y se le arrasáron los ojos; pero recobrando con nuevo esfuerzo el tono en que habia empezado, añadió: mas no, no mireis á mi dolor, mirad únicamente á las leyes y al delito.

25. Yo encargado de vuestra obligacion dexo á mi esposa en el suelo, tomo el puñal que me habia ofrecido, y corro á buscar el delinqüente; mas la fuga, que es la que le condena, le habia ya puesto en salvo: encuentro á la dama, que viéndome ayrado se turbó; y fuese que se la mudase el semblante, ó se mudasen mis ojos, me pareció que en su mismo rostro veia

el delito: me cegó la pasion, no atendí á la prudencia para exâminar la terrible coyuntura, ni el decoro del palacio: yo no ví allí Señora, sino una cómplice de un delito, del qual yo por mi infelicidad era la parte, y por vuestras órdenes el juez: la ví, y con este puñal hice la justicia que me pareció por entónces ser debida. Aquí le teneis, Señor, haced de él el uso que os parezca justo, pues para mí en este estado, ni la muerte es castigo, ni la vida merced. Nada detesto sino los delitos, y nada deseo sino la justicia y la virtud. Así habló Brancman, quedando el Rey suspenso, Miseno mudo, y el Palatino de rodillas con el puñal ensangrentado en la mano ofreciéndole á su Rey, en accion de pedir la muerte (1).

(1) Así lo refiere Bofinio, Dec. 2. Otros dicen que esta muerte sucedió por conjuracion de los Ungaros, que estaban descontentos por ver que todos los empleos honoríficos se daban á los Alemanes, dexando á los nacionales. Algunos

26. Apénas podia el Rey sostener el ímpetu con que todas las pasiones á un tiempo combatian á su corazon. El semblante inmoble afectaba la paz ; pero la lengua trémula no podia pronunciar con serenidad la respuesta que le dictaba el entendimiento. Fué ésta concisa, justa y adecuada. Volved, le dixo el Monarca, retiraos á la Corte, y continuad administrando justicia hasta que yo vuelva, que será con la mayor brevedad, para juzgar allá este caso con la prudencia que pide : entretanto entrego el asesino á la guardia de su propio honor, y el de la difunta le confio á vuestro fidelísimo secreto. Entónces, tomando por la mano á Miseno se retiró á su gabinete para desahogar con él su afligido corazon.

27. Esperó Miseno á que el Rey se desahogase de su angustia,

ponen esta muerte ántes de la partida del Rey : yo sigo la primera opinion como mas acomodada al intento de esta obra.

miéntras medio loco no podia gobernar sus palabras, ni moderar sus movimientos: así como el que dexa que se evapore el humo de algun incendio sofocado, para ver cómo se ha de apagar el orígen de que procede; ó como el prudente cirujano que hasta que sale toda la sangre extravasada no aplica á la llaga el remedio. Quando despues de largo tiempo ya el Rey estaba capaz de oir á Miseno, empezó éste á hablar con mucha prudencia de los excesos de otros, pretendiendo precaver con política y con industria los que el Rey podria cometer en el caso en que se hallaba, y habló así:

28. Aquí, amigo, se ve quán peligroso es dexarse llevar de una pasion aunque sea justa é inocente; porque su mismo ímpetu nos hace propasarnos á algun exceso. ¿Qué movimiento hay mas justo para el humano corazon que el amor entre hermanos, ó el que se tiene á la justicia? Con todo vemos que éste amor, por no gobernarle, lle-

vó á esta dama al mas abominable exceso, y precipitó al Palatino á la accion mas inaudita y violenta. Todo tiene sus limites, y para no traspasarlos es preciso consultar á la razon. La larga experiencia me ha enseñado que todo exceso es nocivo, y si en el mal es mas feo, en lo bueno suele ser mas peligroso: el primero, él por sí mismo nos retira con su horror: el segundo nos engaña y atrae con su aparente hermosura; y siempre es mas de temer el enemigo disimulado, que el que nos acomete á las claras.

29. ¿Quántas guerras no ha causado el excesivo amor á la justicia, ya por recuperar lo que es nuestro, ya por castigar la injuria? ¿Qué rios de sangre no hemos hecho correr? ¿Qué ciudades no hemos reducido á cenizas? ¿A quántas familias hemos dexado sin padre, y á quántos miserables sin pan, solo por reducir á lo justo á nuestros enemigos en un punto que en la balanza de la razon no pesaba la milésima parte del mal que hemos hecho por el

excesivo deseo de hacer justicia? Yo despues de mil discursos y reflexiones que he hecho en el retiro de los campos, ó en los sucesos que he visto en el poblado, he resuelto firmemente observar dos máximas. La primera, *exâminarlo todo con peso justo, y no admitir cosa alguna sin verla por todas partes.* ¡Ay de aquel que se dexe llevar del primer aspecto de los asuntos, porque se verá casi siempre engañado! La segunda es, *no llevar cosa alguna hasta el exceso, porque con éste, aun lo que seria virtud degenera en vicio.* La cuerda salta á fuerza de afinarla: el hierro se gasta por limarle demasiado; y el que quiere subir mucho, al fin se precipita. Con estas dos máximas me he gobernado, y nunca me arrepentí de mi moderacion, aun en lo bueno.

30. Aprobó el Rey los consejos de Miseno, y le consultó sobre las circunstancias que mas le detenian en este caso. Miseno respondia, callando siempre las quejas que te-

nia contra el Conde, por no dar este desahogo á la pasion de la venganza, la que siempre se disfraza en nosotros, aunque con pretextos inocentes. El Rey, viendo en Miseno tanta prudencia en los consejos, y tanta experiencia en los negocios delicados, quisiera, mas no se atrevia á pedirle, que pues se habia de retirar á Polonia, fuese acompañando al Palatino, para contener su severidad, y sosegar los pueblos, que tal vez con este suceso estarian en grande fermentacion. No necesitó mucho Miseno para percibir los deseos del Rey, ni quiso negarle este gusto, y así partió con Bracman á Ungría.

31. Grande cuidado le daba al Palatino la Regencia del reyno en un caso tan delicado, y toda diligencia y priesa le parecia perezosa. Habia dexado sus órdenes interinas; pero ignoraba lo que en su ausencia habrian hecho los descontentos. Estimaba mucho la autoridad y consejo de Uladislao, y consultaba con

él el modo de gobernar con suavidad y justicia. Corrian los caballos de su carruage por el camino mas veloces que las nubes en las alas de los vientos: apénas avistaban las ciudades y villas quando éstas pasaban á su lado; pero aun volaba mas ligero el espíritu invisible de la *Tristeza*, que temia la entrada de Miseno en Polonia, y se adelantó esta Furia á prepararle nuevos estorbos. Ya estaban muy distantes de la Romanía, habian atravesado la Bulgaria, pisaban la Servia, y atravesaban el Danubio, por donde luchando con el rio Sava, le sujeta, le lleva y arrebata sus aguas, hasta que desemboca en el mar Negro: en fin llegáron á Belgrado.

32. He aquí que encuentran un postillon, que venia de Moravia, diciendo que corria la voz de que el Conde se habia muerto á sí mismo: que habia vuelto de la corte de Ungría sumamente melancólico, furioso y desesperado, y se habia quitado la vida con veneno. Esta no esperada noticia hizo bien

contrarios efectos en Miseno, y en el Ungaro: éste rebosaba de gozo, y Miseno quedó por algun tiempo absorto con la compasion de semejante desgracia. ¡Ay, hijo mio! decia, sofocándose sus voces con las lágrimas. ¡Triste Princesa Sofía, qué amargos dias son los de tu vida! Extrañaba el Palatino tan vivo sentimiento, y no podia concordar aquel grande amor al Conde, con la oposicion que advertia en sus máximas y costumbres; porque él no tenia expresiones suficientes para afear el horror de aquel monstruo de la humanidad. Entónces Miseno le declaró todo el cuidado que habia tenido para hacerle dichoso, y repasando los trabajos que con este fin habia padecido en los once meses en que le habia acompañado, no podia consolarse de su pérdida. El Palatino, cuyo inflexible corazon no se compadecia de las flaquezas agenas, exâgeraba la grande ingratitud del Conde, y se lamentaba de que un Príncipe como Uladislao hubiese tomado sin

fruto una empresa tan ardua, y tan penosa.

33. Este discurso del Palatino hacia grande impresion en el ánimo de Miseno; y miéntras iban desde Belgrado á Buda, Corte de Ungría, continuaba Brancman en la misma persuasion: la Furia infernal de la *Tristeza* suministraba tantas ideas, y componia de tal modo las palabras del Regente, que inspiraban á Miseno el desaliento, y una especie de horror á sacrificar el propio sosiego á la felicidad agena. No es prudencia, le decia, preferir el bien ageno al propio, ni la felicidad de otros, que no está en nuestra mano, á nuestra felicidad; la que segun vuestros principios no nos puede faltar. ¿Quién en el mundo, sabiendo que la completa satisfaccion de sus deseos está en seguir las máximas de la virtud y de la obligacion, los llevará mas adelante para emprender lo que casi es imposible? Esto es lo que yo hallo en querer domar las pasio-

nes agenas, ó en enseñar las máximas de la razon á los que tienen un caracter brutal. Si yo admitiera que el hado tenia dominio en las acciones de los mortales, creyera sin duda (permitid, Señor, que os hable con esta franqueza y libertad) creeria que él era el que os habia infundido la idea infeliz de hacer felices á otros en un mundo tan desgraciado. ¡Dexasteis una corona, en la que os servian los pueblos con amor, y emprendisteis servir á un loco que ha sido vuestro perpetuo tormento, y hasta despues de muerto os tiraniza! Ahí teneis un desengaño que os da la misma experiencia; pero si quereis honrar la Ungría con vuestra presencia, será infinito el gusto del Rey mi amo si aceptais una casa de campo en las cercanías de Hermanstad, en donde podeis vivir como quisiereis, y seguir vuestros dictámenes. En todo el mundo hay pais mas adequado que la Transilvania para una vida retirada y fi-

losófica : junto á esta capital teneis en el sitio que os ofrezco la soledad voluntaria, y al mismo tiempo la compañía de los caballeros de aquella ciudad siempre que admitais sus obsequios, y los honreis con vuestra asistencia. Si yo tuviera, como vos, la filosofia de ser feliz, sin depender del mundo ni de la fortuna, solo pensaria en separarme de todo, pues los hombres no pueden servir sino para estorbar nuestra felicidad, ó disminuirla.

34. Escuchaba Miseno ; pero advirtió que con este discurso habia degenerado su compasion en tristeza, y la tristeza en un desaliento que le causaba perturbacion en el alma. Hallaba su corazon fuera de los exes en que solia hacer pacíficamente todos sus movimientos ; en lo qual conoció que la pasion dominaba en él, y arrastraba tras de sí á la razon. No quiso pues responder al Palatino hasta tener su alma en paz, y á así lo

dexó para quando llegasen á la Corte: semejante en esto al cazador que no quiere apuntar á la fiera hasta haber primero detenido al bruto que va corriendo; ó al caminante que sintiendo algun vaido se sienta á esperar que pase, para dirigir sus pasos sin peligro. Llegáron en fin á Buda, y todo lo hallaron sosegado.

35. En el mayor silencio de la noche se presenta una figura celestial á los ojos de Miseno: la abundancia de su luz los ofende; pero al mismo tiempo se apodera de su alma un consuelo tan suave que pudo serenar su corazon con suma paz, no solo de los movimientos que le inquietaban, sino del ruido que con objeto tan desusado advertia en sus sentidos. Yo, le dixo, soy Boleslao tu abuelo, que habito en las esferas celestiales, mas no me olvido de mis amados vasallos, ni de mis descendientes. Las lágrimas de Lesko, tu primo, me han movido, y tu heroyca empresa de

aprender á triunfar en repetidos y crueles combates de tus pasiones, me ha sido muy agradable ; pero lo que mas realza tu mérito , es sacrificar tu sosiego á la felicidad de los otros. Sabe que nada has perdido aunque se han frustrado tus deseos en el Conde , pues por un infeliz rebelde á tus avisos te concede el Altísimo muchos que te serán dóciles y obedientes. Serás en Polonia el instrumento de la pública felicidad , lo que tambien aumentará la tuya : no temas, porque el que te elige para derramar sobre los mortales sus tesoros, no te dexará sin ellos ; pues la luz que ha de pasar por tí para alumbrar á los ciegos , primero tendrá que ilustrar tu alma ; y la fuerza superior , que por tu medio confortará á los otros para subyugar sus pasiones , no te dexará rendirte á las tuyas , ni serás vencido de tus enemigos. Atiende á la señal que te doy , para que no dudes que soy yo el que te habla. Hallarás á tu pri-

mo, que te espera en las montañas, y una águila te guiará hasta encontrarte con él. Dicho esto desapareció Boleslao, y Miseno quedó resuelto á obedecer á las órdenes del Cielo.

36. Esperaba el Palatino el dia para saber qué respuesta daba Miseno sobre la oferta que le habia hecho; la que Miseno agradeció sin admitirla, diciéndole: nada pierde una oferta de su mérito quando la sabe apreciar el que por justas razones no la acepta. Sabed que dexo la vida solitaria y escondida, y voy á buscar mi patria en la que podré ser feliz y hacer felices á otros: mis consejos fuéron inútiles en el Conde, quizá fructificarán en mis compatriotas: no se extrañe que el labrador que salió mal de una sementera mude de terreno, esperando en la segunda la compensacion de su trabajo. Pequeño corazon tiene el que todo se ocupa en su propio interes. Si cada hombre hubiera nacido en

diferente planeta sin tener comercio ni dependencia con los demas hombres, seria laudable que solo atendiese á sí propio, pues todo el cuidado ageno seria inútil y ridículo; mas como los hombres ahora son miembros de un mismo cuerpo civil, Dios los ha hecho dependientes entre sí para que se sirvan unos á otros. Yo creo que en nada se asemeja mas á Dios un hombre, que en ser instrumento de la felicidad de los demas: el que por atender á su reposo sacrifica la pública felicidad á su inaccion, es un bárbaro tirano, que permite que perezcan todos en el hambre universal del bien, por no extender un dedo á mostrarles el camino de hallar el sustento. A esto se añade que mi patria es mi madre; y si ésta necesita en su decadencia de mi socorro, ¿cómo podré yo negársele sin impiedad? Esto no lo sufre la razon, y si me precio de racional, no debo hacerlo. Quedaos pues en Buda, ya que vues-

tra obligacion así lo pide ; que yo me retiro á Cracovia , porque la mia lo exige de mí : hagamos cada uno lo que debemos , y ambos seremos felices. Dicho esto , y despidiéndose del Palatino , que todo en la Corte lo halló en paz , partió á Polonia.

37. Apenas se puso Miseno en camino , quando se le presentó una águila extraordinaria delante de sus ojos para servirle de guia ; y viendo la prometida señal , se confirmó en la celeste vision. Volaba ligera el ave ; y sin que Miseno se esforzase se le desaparecia el camino , y como que se le abrian nuevas sendas en línea recta : los montes humillando sus altivas cumbres se abatian y postraban obedeciendo á las órdenes Supremas : los valles llenos de la gloria de darle paso , se levantaban á igualarse con los cerros : ni el Sol le ofendia , ni le molestaban los vientos , ni se cansaban los caballos , y así en menos de un dia se halló Miseno en las fronteras

que dividen la Ungría de Polonia. Son aquellas montañas, que se levantan hasta las nubes; una trinchera que recíprocamente defiende al un pueblo de la invasion del otro, y la nieve que perpetuamente las corona, las hace asimismo impenetrables: sin saber cómo, se encontraron Miseno y Lesko en lo mas alto de estos montes, acercándose entre sí, sin haberse avistado desde lejos.

38. No podia Lesko creer á sus mismos ojos: aunque la fisonomía de Miseno se habia mudado, el corazon á ciegas le conocia; y la repentina alegría que le causó su figura, le anunciaba ser Uladislao. Miseno no podia desconocer la figura del Rey, porque el semblante y el tren manifestaban que era Lesko; y viendo que luchaba su corazon con sus pensamientos en las tinieblas de la incertidumbre, se adelantó á abrazarle, y darse á conocer.

39. Enmudeció Lesko, porque

la rápida corriente de la alegría que le inundó el corazon, le suspendió el habla; pero con los ojos y los abrazos declaraba su júbilo. Miseno enternecido y lleno de respeto, ya queria corresponder á las demostraciones de amistad, y ya se acobardaba al executarlo, porque la magestad y el parentesco, el respeto y el amor, se disputaban la preferencia; y dando á estos afectos el lugar y desahogo que debia, dixo:

40. No me confundais, Señor, con las excesivas demostraciones de vuestra amistad y cariño, porque en el corazon de un vasallo no cabe la correspondencia á tanta honra: estoy bien seguro de vuestro amor, mas no lo estoy de mi mérito; porque no sé si mi peregrinacion y la resistencia á los deseos de mi patria os fuéron ó no desagradables.

41. Tanto mas fuéron de mi aprobacion, respondió el Rey, quanto mas las habia sentido: vuestra

razon fue prudente, pero mi sentimiento de no veros fue justo; mas ni éste me cegó el discurso, ni los motivos de sentir curaban la llaga de mi corazon. Es verdad que vuestra ausencia ha hecho increible falta á este mi pueblo y vuestro; pero como se dirigia á vuestro bien no podia mi amor prescindir de él, ni condenaros. Ahora ya conozco que todo ha sido trazas de la Providencia encaminadas á la pública utilidad, porque los pueplos aprenderán á estimaros por la falta que les habeis hecho; y los continuos votos que han dirigido al Cielo por vuestra restitucion, los tienen dispuestos para seguir vuestros consejos, y el primero de todos seré yo. Vos sin duda, en tan larga peregrinacion y ausencia habreis añadido á las luces que teníais las de la profunda meditacion que os ha inspirado el retiro, y las que os ha conseguido la experiencia en diferentes encuentros. Ahora mejor que nunca nos po-

dreis gúiar á la felicidad, pues para este fin os ha traido la Providencia á mis brazos. Venid, amado primo, que no puede mi cabeza ya con una corona tan pesada: la vuestra la merece mas: el pueblo será feliz, y yo sin comparacion mas dichoso.

42. Se asustó Miseno, y retrocedió repentinamente como si hubiera caido á sus pies un rayo al oir esta palabra; y en tono respetuoso dixo con resolucion al Rey: nada, Señor, me puede impedir la entrada en vuestros Estados, sino la horrible memoria de verme obligado á su gobierno. Vasallo me tendreis en Polonia; pero ni ésta ni vos me verán segunda vez Soberano. Podré vivir en ella como un simple particular, y en esta situacion no negaré mis consejos ni al menor de la plebe; porque la avaricia de las luces del entendimiento tiene menos disculpa que la de los tesoros; y es la razon, porque esta especie de rique-

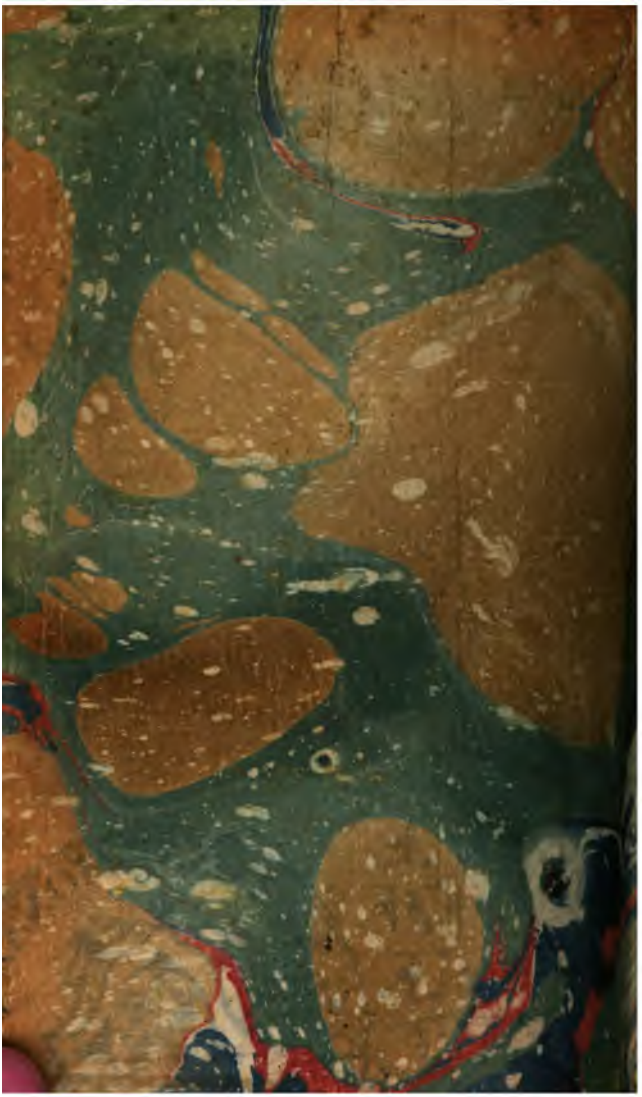
zas no se disminuye quando se comunica. Amé á vuestros vasallos como á hijos, y aun los amo; y si algun dia los encaminaba á la felicidad con leyes de Monarca, ahora solamente lo haré con los consejos de amigo. Dexadme, Señor, vivir en mi retiro sosegado, sin el tumulto del gobierno, ni la ocupacion de los cargos, pues así seré mas útil á todos: como la fuente liberal que en el retiro del campo pronta y patente para el que la busca, es útil á todos, y á ninguno es gravosa; así puedo vivir yo, si me concedeis esta gracia.

43. Vivid (le dixo el Rey) vivid á vuestra entera satisfaccion; pero en donde yo os pueda hablar. Vuestra felicidad redunda en la mia, y de la de ambos pende la de los pueblos que por vos suspiran. Vos sereis dueño de mi corazon: yo seguiré vuestras máximas; y siendo éstas, como lo son, aconsejadas del Cielo, serémos uno y otro felices. Segun la promesa

del Rey, así vivió Uladislao en Polonia una vida retirada, amado de todos, imitado de algunos; pero de ninguno igualado.

FIN.

NOTA.

El traductor de esta obra, ha traducido tambien otra no menos apreciable del mismo Padre Almeyda, la que ha sido recibida del público con singular aceptacion, y se intitula: Armonía de la razon y la religion, ó respuestas filosóficas á los argumentos de los incrédulos: *obra de suma importancia en los tiempos presentes, por ser una de las mejores apologías de nuestra santa religion, contra los falsos filósofos del dia, y estar escrita con una gracia inimitable. Con ella dió fin este piadoso y célebre escritor, honor de nuestro siglo, á sus importantes y gloriosas tareas, habiendo fallecido poco despues de publicada en Portugues, con ge-*

neral sentimiento de la república literaria. Se vende en dos tomos en octavo mayor, y adornada con una lámina fina, en la Librería de Castillo.